

DM

Déjàme

ENAMORARTE

DYLAN MARTINS

Déjame
ENAMORARTE

Déjame enamorarte.

©Dylan Martins

©Abril, 2020

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

[Capítulo 1. Carolina.](#)
[Capítulo 2. Hugo.](#)
[Capítulo 3. Carolina.](#)
[Capítulo 4. Hugo.](#)
[Capítulo 5: Carolina.](#)
[Capítulo 6: Hugo](#)
[Capítulo 7: Carolina](#)
[Capítulo 8: Hugo](#)
[Capítulo 9: Carolina](#)
[Capítulo 10: Hugo](#)
[Capítulo 11: Carolina](#)
[Capítulo 12: Hugo](#)
[Capítulo 13: Carolina](#)
[Capítulo 14: Carolina](#)
[Capítulo 15: Hugo](#)
[Capítulo 16: Carolina](#)
[Capítulo 17: Hugo](#)
[Capítulo 18: Carolina](#)
[Capítulo 19: Hugo](#)
[Capítulo 20: Carolina](#)
[Capítulo 21: Hugo](#)
[Capítulo 22: Carolina](#)
[Capítulo 23: Hugo](#)
[Capítulo 24: Carolina](#)
[Capítulo 25: Hugo](#)
[Capítulo 26: Carolina](#)
[Capítulo 27: Hugo](#)
[Capítulo 28: Carolina](#)
[Capítulo 29: Hugo](#)
[Capítulo 30: Carolina](#)
[Epílogo: Hugo](#)

Capítulo 1. Carolina.



Miré hacia la puerta y vi de nuevo entrar a Rosario, la vecina más pesada de toda la avenida donde estaba la sucursal del banco donde yo trabajaba.

Llevaba un año por ahí viviendo en el pueblo, cuando quedó viuda se compró un piso en este y se vino de la ciudad.

Me quise meter debajo de la mesa para que eligiera a la otra compañera, pero ya me había visto y venía hacia mí como una flecha.

—Buenos días, Rosario —sonreí con amplitud.

—Buenos días, Carolina. Tengo un problema— dijo sentándose con cuidado. No es que fuera muy mayor, pero ya tenía su edad.

—Dígame, intentaré ayudarle.

—Verás, mi hijo Hugo que estaba destinado afuera por un curso de ascenso, ya que es militar...

—No sabía que tuviera un hijo militar.

—Si, es muy buen chiquillo. Pues ahora se vino ya con su destino aquí fijo y se compró una unifamiliar de las de la entrada del pueblo, le prometí regalarle todos los muebles de la casa. Como tú sabes puse todo mi dinerito en el plazo fijo del banco y creo que no lo puedo sacar hasta diciembre, pero me haría falta ya ¿Se puede solucionar de alguna manera? Si mi hijo se entera me mata, no quiere que le regale nada, pero yo quiero tener ese detalle.

—Claro, puede rescatar una parte, perderá algunos intereses, pero se puede hacer.

—Pues quiero doce mil euros, es lo que le voy a regalar para que ponga su casita como quiera.

—Ahora mismo lo miro —entré en su plazo fijo y vi que no había problema, así que se lo traspasé a su cuenta.

—Listo, firme aquí.

—Y otra cosa... ¿Cómo lo puedo pasar a la cuenta que tenemos los dos en común y que él tiene la tarjeta?

—Ahora mismo se lo traspaso.

La volví a hacer firmar y listo, operación arreglada y Rosario ya saliendo de las oficinas. Ese día no había dado mucho por saco.

Un poquito más y la hora de la salida...

Miré a mi compañera Adara, que ya estaba en el momento de recoger las cosas y coger la puerta. Demasiado tenía la pobre, con dos mellizas de cinco años, Elsa y Adara, aunque tenía quién las recogía del cole y una chica que le limpiaba, cocinaba y se encargaba de las niñas, ella intentaba estar pendiente a todo, pero vamos, lo tenía fácil.

Adara tenía cuarenta años, cinco más que yo, se casó cuando tenía treinta, pero a los treinta y tres viendo que no se quedaba embarazada se puso en tratamiento para hacerlo por inseminación artificial y de ahí vinieron las mellizas.

Su marido Jorge, tenía más o menos su edad y era dentista, poseía una buena clínica cerca de la sucursal, aunque yo siempre pensé desde que entré en el banco tres años atrás, que ella estaba liada con Federico, el director, un hombre de unos cuarenta y cinco años que estaba para chuparle hasta las uñas de los pies.

Federico también estaba casado y tenía un niño de diez años que se llamaba como él. Su mujer era Lola y no hacía más que fundirse lo que él marido ganaba, no trabajaba y vivía como una reina.

Luego estaba Martina, la chica de caja, veintiocho años y con un cuajo que no podía con ella, no se enteraba de nada, le

pasaba un tren por encima y ni se inmutaba, esa tenía que estar allí por enchufe, eso por descontado...

Y por último en otra mesa Martín, un seductor nato, el terror de las niñas, con unos cuarenta años, soltero y tenía babeando a todas las féminas del pueblo.

Luego estaba yo, un caso aparte, sin más. Con treinta y cinco años, vivía sola en un pisito que me compré muy humilde, sin novio, sin ganas de ello y soportando diariamente las llamadas de mi madre que volvía loco al mismísimo demonio.

Por eso me independicé, me estaba volviendo majara, estaba como una cabra, sin más, así era mi madre. Trabajó toda la vida de limpiadora en el hospital del pueblo, me crio sola, ya que mi padre la dejó a la nada de tenerme, ella dice que se fue con otra, yo pienso que se fue por no aguantarla y nunca supimos nada de él.

Yo la quería con locura y sabía el esfuerzo que había tenido que hacer para sacarme hacia adelante, pero es que era demasiado, era un control obsesivo el que tenía sobre mí y encima con menos lógica que una niña de quince años, así que por eso me independicé, cosa que me costó que no me hablara en un mes, que ya podrían haber sido dos o tres, pues poco duró la paz.

Salí del trabajo y me fui hacia casa, tenía para comer unas lentejas que me había llevado mi madre el día anterior.

Me puse a comer y me llegaron mensajes de mi mejor amiga Inés, era viernes y esa noche salíamos, me dijo que sobre las nueve pasaría por mi casa.

Inés vivía con sus padres, Luis y Noelia, él profesor y ella ama de casa, adorables como la vida misma y a mí me querían como si fuera una sobrina.

Después de comerme las lentejas me eché en el sofá un rato, estaba reventada de la semana, eso de levantarse a las

siete para ir a currar era lo que peor llevaba, me costaba la vida y no había manera de acostumbrarme.

Capítulo 2. Hugo.



Observaba la unifamiliar que me habían acabado de entregar, preciosa, como yo la quería, amplia y con mucha luz, ahora solo quedaba amueblarla.

En ese momento recibí una llamada de mi madre.

—Hijo, ¿sobre qué hora vendrás a comer?

—Ya voy de seguida, están terminando de medir la cocina para hacerla, ya elegí cual quería.

—En la cuenta de los dos te puse un regalo, doce mil euros para la cocina y que amuebles la casa.

—Mamá, ya sabes que tengo dinero reunido, no hacía falta...

—Eres mi único hijo, no hay nada de lo que hablar y no me tardes.

—Tranquila, ahora voy.

Mi madre era una mujer muy buena, pero era muy pesada, desde que murió mi padre años atrás de un infarto se volvió seca, grosera y era casi imposible sacarle una sonrisa.

Estuve una temporada fuera para ascender, ya era oficial de Marina, Alférez de Fragata.

Ahora con mi vuelta compré la unifamiliar y me iba a independizar pese al dolor que eso le producía a mi madre, pero necesitaba volar, sentir mi casa como mía y desconectar un poco del nido familiar.

Mi vida había sido muy feliz hasta que murió mi padre, entonces fue cuando mi madre se volvió de aquella manera y tuve que aguantar todos sus arrebatos, malestares, cambios de

forma de ser, muchas cosas que pudo haber gestionado de alguna manera, pero que ella lo hizo de esa sin pensar el daño que sin querer me estaba haciendo.

Ahora tenía ganas de vivir mi vida en la unifamiliar, independizarme, ir a verla, pero con mi espacio más marcado, sin tener que levantarme escuchando mil y un consejos que daba de corazón, pero que no tenían ni pies ni cabeza.

Esa noche había quedado con mi amigo Lorenzo, también era militar, suboficial, sargento, pero de Infantería de Marina. Desde que me marché al curso no lo había visto y estaba loco por tomar unas copas con él y volver a salir como antes hacíamos cada fin de semana.

Lorenzo era soltero, vivía solo, él sí se independizó hacía mucho y la verdad es que el tío vivía como quería, no había fémina que fuera capaz de cazarlo y hacerlo vivir una vida en pareja, eso para él no existía.

Llegué a casa de mi madre que ya estaba con la comida puesta sobre la mesa.

—Hijo, te veo más delgado.

—Mamá estoy más definido, hago mucho deporte.

—No me gusta verte así...

—Bueno, no empecemos, estoy bien y sano ¿No es eso lo que importa?

—Claro, pero te veo demasiado delgado. ¿Cuándo te montan la cocina?

—El martes, además ya escogí el resto de muebles y me lo llevan el lunes, así que pronto tendré la casa montada.

—Y, ¿cuándo te piensas ir a vivir allí?

—La semana que viene, en cuanto lo tenga todo organizado.

—¿No es muy pronto?

—¿Y a que tengo que esperar?

—Aquí lo tienes todo conmigo, te lavo la ropa, te pongo la comida sobre la mesa...

—Lo sé mamá, pero necesito vivir mi vida y hacer esas cosas, no eres criada de nadie.

—Pero soy tu madre...

—Ya lo sé, no es necesario que me lo recuerdes —sonreí negando.

—Espero que vengas a menudo a comer...

—Algún que otro día, no te preocupes por eso, no te dejaré en el olvido, aunque seas un poco quisquillosa, sabes que te amo.

—Lo sé, pero soy quisquillosa porque quiero lo mejor para ti.

—¿Y no estás orgullosa de mi ascenso?

—Mucho, hijo, mucho, pero eso no quita que te quiera seguir cuidando.

—Mamá, ya tengo edad para saber cuidarme solo —la miré sonriente y ella ni media sonrisa, eso no lo entendía, pensaba que aún era un niño.

Le ayudé a recoger la cocina y me fui hacia mi dormitorio, necesitaba descansar para coger fuerzas para esa noche, sabía que con Lorenzo nos daría el amanecer en la calle y terminaríamos desayunando churros con chocolate en cualquier rincón del pueblo.

Capítulo 3. Carolina.



Y dale con el timbre... ¡La iba a matar!

—Imagino que se te quedó el dedo pegado —dije al descolgar el telefonillo.

—Venga baja, protestona, que la noche nos espera.

—Voy...

Bajé por el ascensor donde me encontré a mi vecino Juan Diego, era joven, unos cincuenta años y se quedó viudo hacía pocos meses, el pobre daba pena verle la tristeza que reflejaba en su rostro.

—Buenas noches, Carolina.

—Buenas noches, Juan Diego. ¿Qué tal?

—Pues ahí voy, me llamó mi hermano Paco y vamos a salir a cenar, ya sabes que no he salido de mi casa desde que murió Rosalía.

—Pues me parece genial, tienes que salir, eres muy joven para quedarte encerrado en casa.

—Ya, pero me está costando un poco tirar hacia adelante...

—Lo sé, pero ya es hora de coger algo de impulso.

—Claro que sí. Y tú, ¿bien?

—Bueno, no me puedo quejar, tengo salud y trabajo, en los tiempos que corren esas dos cosas son un premio.

—Por supuesto. Pásalo bien.

—Igualmente —sonreí despidiéndolo y me acerqué a mi amiga que estaba en una llamada de móvil.

Le hice señas para que colgara la llamada y me sacó la lengua, comenzamos a caminar hacia el centro, saludando a todo Dios, que nos íbamos cruzando. Aquello era un pueblo y allí te sabías hasta los nombres de los perros que, por cierto, uno comenzó a seguirnos y tuvimos que irnos a la puerta de su dueño y llamar para que entrara, de lo contrario el canino se habría hasta de marcha con nosotras.

—Por cierto, tengo que hablar contigo —me echó el brazo por el hombro.

—Eso es que me vas a pedir algo —reí.

—Verás, ya he decidido comprarme el coche.

—¿En serio?

—Sí, de verdad, ahora llega el verano y necesitamos uno para movernos.

—Pues sí y no seré yo quien lo compré —reí.

—Por eso ¿Crees que en tu banco me lo financiarán?

—Claro, estás trabajando fija y tienes la nómina allí.

—En la aplicación me sale que tengo un préstamo pre-concedido de hasta veinte mil euros, yo con diez mil me vale, ya que tengo ahorros y el coche me sale por dieciséis mil. ¿Qué papeles hay que llevar?

—Ninguno. Si te sale en la aplicación, pincha, pones la cantidad que quieres, te saldrá el tiempo a elegir y las cuotas, le das a aceptar la que mejor te venga y al instante tienes el dinero en la cuenta.

—¿En serio...?

—Así es.

—Ahora lo vamos a hacer y como sea verdad, me voy el mismo lunes a comprar el que quiero al concesionario.

—Menos mal que me lo estás diciendo sin estar borracha, de lo contrario, te hubiese quitado el móvil pensando que estabas haciendo una tontería.

—En serio, lo digo en serio, quiero el coche.

—Yo me niego a comprar uno y eso que me saqué el carné, pero es que no salgo del pueblo, aquí me compro la ropa, hago la compra del supermercado, la playa la tenemos aquí — señalé, pues estaba por todas partes —y salimos aquí de marcha.

—Lo tuyo será comprarte un patinete eléctrico —rio.

—Pues te juro que lo había pensado.

Nos sentamos en la terraza de una plazoleta llena de bares y restaurantes, aquello estaba abarrotado. Como cada noche y día, allí se concentraba todo el pueblo y parte de los alrededores.

Un poco de picoteo para cenar y unas copas de vino mientras Inés iba haciendo lo de la aplicación y...

—¡Bingo! —gritó al ver el dinero del préstamo en su cuenta —Voy a tener coche ¡No me lo creo!

—Y letras del banco —reí.

—Se me puso muy buena la cuota, ni me enteraré.

—Pues felicidades, espero que lo estrenemos rápido — sonreí negando.

Brindamos con las copas de vino y empezamos a comer esas tortillas de camarones que tanto nos gustaba, además de unos rollos de mariscos que ponían a modo de tapas que estaban para bailarles un fandango ¡Qué ricas!

—Joder no podía aparecer por aquí otro que Raúl —se le dibujo el asco en la cara.

—Pues lo mismo que todo el pueblo que sale por la noche y pasa por aquí —resoplé riendo y levantando la mano para saludarlo, conmigo se llevaba bien.

—Ya podía hacer turnos con su taxi por las noches.

—Si claro, el pobre, que lo hayáis dejado no significa que tenga que pagar por todo lo que os hicisteis los dos.

—Yo aguanté mucho —dijo con una seguridad que no se creía ni ella.

—Fue mutuo, tú una celosa de diez pares y él un huevón de cojones.

—Tonteaba con muchas chicas...

—Era amable, Inés —volteé los ojos desesperada, pues no había manera de hacerla bajar del burro.

—Paso ¡Qué asquito le cogí!

Inés era de lo más graciosa, pero tenía la capacidad de que cuando se cerraba en algo y creía tener la razón, no había Dios que le hiciera ver lo contrario.

Era preciosa, el pelo liso hasta los hombros, con el flequillo recto sobre la frente, rubia con algunas pequitas que la hacía de lo más sensual, era una muñequita.

Yo todo lo contrario, morena con la melena hasta media espalda o más, con volumen y la cara redonda, pero las dos éramos delgadas, no mucho, pero lo suficiente para darnos por satisfecha con nuestros cuerpos.

Capítulo 4. Hugo.



Ahí estaba mi amigo Lorenzo, tan guapetón y sonriente como siempre, nos fundimos en un gran abrazo lleno de palmadas en la espalda.

—Hombre, mi querido amigo Hugo, pensé que ya te quedarías de por vida por el norte.

—Que va, como mi sur no hay nada —le hice un guiño y le apreté por la nuca, estaba muy feliz de verlo.

Lorenzo era mi amigo de años, a pesar de yo ser de la ciudad, pero sus padres estaban desde muy pequeño separados, así que su padre coincidentemente vivía en la ciudad en mi bloque y Hugo pasaba allí largas temporadas, siempre jugaba conmigo.

Cuando crecimos hasta antes de irme al curso salíamos en la ciudad cada fin de semana, luego mi madre se compró la casa aquí, pero yo me fui al ascenso, así que nunca habíamos salido por el pueblo, yo no conocía a nadie.

Llegamos a la plaza del pueblo, yo había estado el día anterior, se ponía de lo más animada, así que decidimos coger una mesa alta para picar algo, pero claro como él conocía a todo el mundo.

—Buenas noches, preciosas —saludó Lorenzo a dos chicas simpatiquísimas que lo saludaban con mucho cariño —Él es nuevo aquí, es el hijo de Rosario la que se mudó hace un año de la ciudad.

—Claro, precisamente esta mañana estuvo tu madre por mi sucursal.

—¿Eres la del banco? —le pregunté.

—Esa misma que sabe que dinero tenéis en las cuentas — soltó una carcajada causándome otra a mí.

—Es bueno saberlo —apreté los dientes.

Carolina era muy graciosa, también Inés, pero la del banco tenía una chispa especial, era como que cuando sonreía iluminaba la noche.

Nos pusimos con ellas así que la noche comenzaba bastante bien y sobre todo en buena compañía, eso sí que era tener suerte.

Carolina comenzó a hablarme de lo simpática que era mi madre, pero algo me decía que eso era una ironía como un templo, yo la observaba aguantando la risa, dejando entrever una leve sonrisa, pero ella cada vez ponía en mejor lugar a su clienta Rosario, o sea, a mi madre...

—Pues se lo diré, la pondrá muy contenta que tengas ese concepto de ella...

—Díselo, es un amor, fíjate que te regaló doce mil euros para amueblar la casa, mi madre no me regaló ni un paño de cocina.

—Vaya, veo que sí, estás al tanto de todo —arqueé la ceja.

—Ya te digo que sé hasta cuanto tiene el alcalde —sonrió con amplitud.

—Contigo lo de los secretos... —reí.

—Ah no, eso sí, yo todo en secreto, totalmente todo, que lo sepa yo no tiene que significar que lo vaya largando —se señaló a la lengua con un gesto de lo más simpático.

Ya le estaba pillando el punto a Carolina, era de lo más irónica, el colmo es que no te decía cuando se estaba quedando contigo o no, pero eso me encantaba, dejaba duda a todo, menos a lo de mi madre, que aunque lo fuera y la quería con todo mi alma, no podía haber una persona en el mundo que dijera que actualmente era simpática, eso era imposible, antes de lo de mi padre sí que lo era, pero ahora, rotundamente no.

Inés sin embargo era una descarada, de esas que te tenías que tronchar a tirarte por los suelos, no había una frase que no llevara una de las suyas, era de lo más carismática, bueno, carisma tenían los dos.

Lorenzo e Inés estaban de lo más charlatanes entre ellos, se veía una chispa, un algo, hasta me daba a mí que estos dos habían estado liados más de una vez, demasiada complicidad por ambas partes.

Carolina se metió debajo de la mesa en un intento de esconderse de alguien y al reaccionar Inés comenzó a reírse.

—Hombre Paca —dijo sonriente Inés.

—Hola, mamá —sonrió falsamente Carolina saliendo de la mesa —se me había caído el mechero —enseñó uno que tenía en su mano.

—Esta niña siempre por los suelos, si es que no te puedo dejar sola —le señalaba con la mano como para pegarle.

—Bueno mamá, ¿ya te ibas no?

—Eso, primero te independizas y luego me echas, pasar dolores de parto para esto. Portaros bien y no fiaros de estos —señaló a Lorenzo y seguidamente a mí.

—¡Mamá! —gritó Carolina señalando la calle de enfrente para que se fuera.

—Desde luego, esta semana te quedas sin lentejas, ni croquetas —se fue refunfuñando.

—Hija, pobrecita, la deberíamos de haber invitado a una cerveza —dijo Inés mirándola con enojo.

—Calla que igual cobras —le respondió resoplando Carolina mientras Lorenzo y yo nos mirábamos sonriendo.

De ahí nos fuimos a un pub que estaba cerca y nos pusimos fuera a tomar unas copas, la verdad que la noche estaba para disfrutarla, nada de frío, en mangas cortas y el ambiente de lo más animado, me estaba gustando mucho este lugar.

Y Carolina... Tenía algo en sus gestos, en su cara, que me hacían sacar más de una sonrisa robada, además sus ironías eran continuas y a mí no me quedó otra que seguirle la corriente en todo.

Mi suerte era que en el pueblo había una Base Naval y era donde me habían dado destino, ahí también lo tenía Lorenzo, me incorporaba el lunes, así que esta semana estaría liado entre el trabajo por las mañanas y amueblar por las tardes que era como había quedado con la tienda de muebles.

Esa noche fue de lo más divertida, terminamos comiendo chocolates con churros en una cafetería frente a la playa, no podía terminar mejor la noche.

Capítulo 5: Carolina.



El timbre de la puerta sonaba de manera desmesurada y a mí la cabeza me iba a estallar.

Me levanté a abrir y me dieron ganas de coger por el cuello a mi madre.

—Mamá, ¿qué hora es? —resoplé dejándola entrar y metiéndome en la cocina.

—Las tres de la tarde. Ya sabía yo que tú no habías comido... —Puso unos tápers sobre la encimera de la cocina.

—Es sábado, salí anoche y tengo todo el día para comer.

—Pues listo, aquí tienes un poco de caldo de esos que curan a los borrachos y unas empanadillas de atún.

—Mamá, no soy una borracha.

—Sí, claro y el alcohol que se puede oler a distancia es un perfume de *Dior*.

—Mamá... —resoplé mientras me hacía el café.

—Bueno, me voy con mi amiga que hemos quedado para ir a tomar un helado, que esta noche no salgas.

—No, me voy a quedar aquí... —dije con ironía, volteando los ojos.

—Sigue cuidándote poco y verás cómo terminas —cogió el bolso para irse.

—Pásalo bien, mamá...

—Sigue con el retintín que me vuelvo y te pongo la cara a juego con la camiseta.

—Y serás capaz —solté una carcajada mientras ella soltaba otra y se iba negando.

Madre mía como estaba esta mujer de pesadita, que sí, que me había traído la comida y todo, pero es que no paraba.

Miré el móvil y tenía un mensaje de mi amiga...

Inés: Del uno al diez. ¿Cuánto de resaca tienes?

Yo: Once, tengo once ¡Jajaja!

Inés: Ayer me volví a tirar a Lorenzo.

Yo: Joder hija, no te pierdes ni una.

Inés: Y tú, ¿te tiraste al Hugo?

Yo: Para nada, me acompañó hasta la puerta, educado, simpático, pero muy prudente, ese chico me gusta.

Inés: Es un “bombonazo”.

Yo: Lo es, el único fallo que le veo es la madre.

Inés: Como te pasaste ayer diciéndole que era muy simpática, ¡jajaja!

Yo: ¿Crees que se dio cuenta?

Inés: No, que va... Se dio cuenta hasta el camarero hija, no se puede ser más cínica.

Yo: Fui amable, concepto que no conoces en su totalidad.

Inés: ¡Viva la amabilidad! Anda, Anda... Por cierto, esta noche he quedado con Lorenzo para cenar.

Yo: Pues yo no pienso entonces moverme del sofá, estoy agotada.

Inés: Hija, acércate a la plaza y te unes a las de las clases de salsa.

Yo: Quitaa, quita, no hablan de otra cosa que no sea de bailes, paso, no, me quedo en casa que no tengo cuerpo para nada.

Inés: Bueno, mañana te llamo y te cuento.

Yo: Perfecto, pásalo bien.

Inés: No lo dudes, te quiero.

Inés de siempre estuvo pillada por Lorenzo y él por ella, pero había algo que les fallaba, era quedar varias veces seguidas y luego se aburrían el uno del otro, pasaba un tiempo y vuelta a empezar, pero siempre pensé que acabarían juntos.

Me metí en la ducha para luego tomar ese caldo de mi madre, seguro que algún milagro me hacía junto a una pastilla de esas que yo les llamaba, las milagrosas.

Volví a dejarme caer un rato, pero me llegó un mensaje que hizo que se me quitara todo lo que tenía encima. Era de mi militar...

Hugo: Hola, me preguntaba si te gustaría venir al desfile de las ocho en la base y luego te invito a cenar. Mi madre estará durante el desfile y como sé que te cae muy bien...

¿Al desfile? ¿Iba a desfilas? ¿Y yo me quedaba mirando y aplaudiendo como si fuera su mujer? ¿Con la simpática de su madre? ¿Verlo vestido de militar? ¡A la mierda todo!

Yo: Pues claro, por favor, con Rosario, a esa mujer la acompaño donde haga falta ¡Faltaría más!

Hala, para que no dudara de mi amor hacia su madre, encima me iba luego a cenar con él ¡Bingo!

Me quedé mirando el móvil esperando la notificación que me dijera algo en concreto...

Hugo: Los pases lo tiene mi madre, dice que a las ocho menos veinte en la puerta del restaurante “Caimán” de allí os vais para la base.

Hombre, no, me iba a meter a tomar una cervecita con la Rosario ¡No te jode! Ese restaurante estaba en una de las calles que desembocaba a la entrada de la base, pero, ¡joder!, con lo grande que era... ¿Íbamos a entrar andando?

Le respondí que, perfecto y empecé a prepararme, solo faltaba una hora y estaba de los nervios. Una: por encontrarme con la mujer más simpática del mundo y la otra: por verlo de nuevo de uniforme, con lo que me gustaba un hombre así, es

más, recuerdo con mi amiga Inés, de más jóvenes, ir a la puerta de la base, sentarnos enfrente y ver como salían todos tan guapetones y uniformados ¡Qué tiempos...!

A la hora indicada me planté toda de negro, con unos pantalones ajustadísimos, unos taconazos, una camiseta de tirantes muy mona y una coleta estirada bien alta.

—¡Hombre, Rosario!, está muy elegante.

—Gracias, hija, por un hijo se hace lo que se puede —me dio un beso casi al aire.

—Claro —sonreí.

—Cuando me dijo que venía la del banco me quedé en shock, precisamente me dijiste que no sabías que tenía un hijo y mira...

—Lo conocí anoche y me llevé la gran sorpresa.

—Pues le caerías muy bien para que te invitara a esto —se agarró a mi codo y comenzamos a caminar.

—Ya sabes que yo soy muy buena niña —le dejé caer, por si se le ocurría decir lo contrario.

—Mi niño también, mi niño también —tocaba con su otra mano mi brazo a modo de toquecitos.

—Se le ve buen chico, sí. Eso es que tuvo una buena educación en su casa —intenté ser amable y regalarle un poco los oídos, había que ganarse a la bruja como fuera.

—Su papá era muy exigente con la educación, siempre le andaba reprimiendo para que hablara bien, que utilizara un buen vocablo, fuera buena persona, tratara a todos con cariño y que siempre sonriera.

—Eso es lo que todos debemos de hacer, no dejar de sonreír —dije en un intento de que reaccionara.

—Cuando se va lo que más quieres en el mundo, se te lleva la sonrisa, bueno, me refiero a lo que más se quiere después de un hijo —rectificó—, pero como hombre fue el amor de mi vida y esta, se la llevó con la suya.

Nos identificamos en la entrada de la base y se quedó la conversación ahí, pero me quedé con las ganas de decirle que la entendía, pero por su hijo debía intentar sonreír, hacerle la vida más feliz y no sé cuántas cosas más le hubiera dicho, así que creo que el llegar en ese momento a la puerta nos vino bien para no echarle un sermón de los míos.

Comenzó el desfile y la madre lo vio enseguida, me lo señaló y casi me caigo de culo al verlo con ese traje militar que le quedaba de muerte, me sentí la prota de “Oficial y Caballero”, me estaba entrando un calor de imaginar...

Me pasé todo el desfile tirándole fotos, creo que pasé de las cincuenta, pero es que parecía mi marido ¡Qué emocionada estaba!

Cuando terminó nos fuimos a la puerta y el apareció al momento, me saludó dándole un pellizco cariñoso a mi mejilla y yo me sonrojé por completo. A la madre le hizo un guiño y besó su mejilla.

Fuimos hasta el piso de la madre que, por cierto, era una pasada de grande, bueno era una preciosidad. Jamás imaginé que Rosario tuviera tanto gusto, aunque la verdad ella vestía muy bien, clásica pero bien.

Capítulo 6: Hugo



Me estaba quitando felizmente el uniforme, sabía que a ella le había gustado verme así y eso me complacía, me gustaba demasiado esa irónica que me hacía perder la cabeza.

Tenía reservada una mesa en un restaurante precioso a pie de playa, quería sorprenderla y ganármela con cada detalle, hacía mucho que no me sentía así de bien con alguien. Mi anterior relación duró tres años, con muchos altibajos, a Lorenzo nunca le cayó bien fue abriéndome los ojos para que me diera cuenta de que Martina me utilizaba, me costó, pero al final me tuve que quitar la venda y mis ilusiones se fueron a la mierda.

¿Correría mejor suerte con Carolina? Yo creía en el amor a primera vista y con ella me había pasado, hoy lo ratifiqué al verla tan guapa y sexy de negro, con esa coleta bien alta y esos labios rojos que pedían que los besara con solo mirarlos.

Salí afuera, ya que estaba en la cocina con mi madre tomando un refresco, me miró sonriente y a mí se me caía todo, era preciosa...

Nos despedimos de mi madre que, como siempre, dijo aquello de “a cuidarse”. En el fondo las madres siempre nos verían como niños e iban a sufrir con cada salida y con cada cosa que hiciéramos.

Bajamos en el ascensor y Carolina con toda su espontaneidad se retocó los labios frente al espejo, yo sonreía mirándola y ella me devolvía a través del cristal una sacada de lengua en plan graciosa, me la iba a comer, no sabía cuándo, pero me la iba a comer a besos.

Me miraba sin titubear, aunque veía que le sacaba los colores y es que cuando yo quería con mi seriedad y mi

sonrisa que dejaba entrever, la ponía de lo más nerviosa.

Le abrí la puerta del coche y subió, no tardó en encender la radio y poner un canal, sin previo aviso, eso es lo que me gustaba de ella.

—Para no conocer el coche, que bien sabes manejarte con el navegador —hice un leve carraspeo.

—Yo nací para toquetearlo todo —sonrió con amplitud.

—¿Todo...? —le pregunté aguantando la risa y con doble sentido.

—Todo lo que me dé la gana —se apoyó contra el cristal volteando los ojos, sonreí mientras arrancaba el coche y me repetía a mí mismo interiormente, como me ponía esa mujer.

—Está bien saberlo... —Tragué saliva.

Me miró negando y sonriendo, sabía que estaba bromeando, aunque yo no tenía el desparpajo de ella, pero me gustaba bromearle y buscarle la lengua.

Llegamos al restaurante de una zona hotelera, frente al mar, estaba precioso y no había mucha afluencia de gente ya que era un lugar muy exclusivo.

Nos pasaron a la mesa que teníamos reservada.

—A mí con que me hubieses llevado a la plaza del pueblo, ya estaba bien. Esto te va a costar un ojo de la cara.

—Bueno, pienso que te merecías algo especial.

—No sé, pero esto parece un lugar en el que traes a alguien para pedir matrimonio, un hijo, una convivencia —soltó una carcajada.

—Si quieres te pido algo...

—Según como esté el vino —levantó la copa que nos habían servido y yo ya había probado, le dio un trago—. Venga pide, veré si te lo concedo.

—¿Segura?

—Tú suelta, ya veremos qué pasa.

—¿Y si te pido que comencemos a conocernos...? —dijo en tono pausado, mirándola fijamente y con media sonrisa.

—¿No estamos haciendo eso? —ladeó sus labios.

—Tú me entiendes...

—No me entiendo ni yo... Explicáte —me hizo un guiño, estaba buscándome.

—Bueno, luego te lo explico —sonreí.

—Ah no, a mí me explicas ahora, para andarme con intrigas estoy yo...

—Te estoy pidiendo que me dejes intentar enamorarte.

—¡La de Dios! A ver... ¿Conocerme o enamorarme? —Se bebió la copa de un trago haciendo como si estuviese impactada y estiró el brazo con la copa, para que se la volviera a rellenar.

—¿Lo ves? ¡Eres muy preguntona! Comencé bien con lo de conocernos, pero querías más detalles —me encogí de hombros mientras le servía el vino.

—¿Cuándo nos vamos a vivir a tu unifamiliar? —preguntó bromeando.

—Pues, me la amueblan esta semana. ¿El fin de semana que viene...?

—No, eso no me da tiempo, el año que viene si te portas bien —me hizo una mueca y yo no podía dejar de observar lo bonita que era, esos labios que... Tentación, eran tentación.

—Vale, tendré que tener paciencia —arqueé un poco la ceja.

—Paciencia, la madre de todas las ciencias... —sonrió con ironía.

La cena fue de lo más amena y más tarde la llevé a un lugar que no se esperaba ni conocía, le sorprendió mucho.

Había una zona natural donde tenían un bar ecológico en una playa que casi nadie accedía por las noches y donde se

veían las estrellas en todo su resplandor.

Se sorprendió al verlo, pedí dos copas y nos sentamos en una de las mesas de picnic de madera, con sus banquetas alargadas. Ella reía mirando el lugar ahí en medio de la nada, le estaba gustando lo podía ver en su sonrisa y forma de mirarme.

Ese lugar se encontraba en un acceso antes de entrar o salir del pueblo, el problema es que había muchas rocas en el mar y casi nadie quería ir a esa zona, así que montaron ese bar para los que iban de día, pero de noche se llenaba de un ambiente muy hippy. Por decirlo de alguna manera, se estaba de maravilla.

Le estuve contando sobre mi relación anterior con Martina, bueno me sometió a un tercer grado, me preguntó hasta mi grupo sanguíneo, pero a mí me encantaba abrirme y sincerarme. Ella tenía algo que me llenaba de sonrisas bajo esa noche estrellada que parecía de lo más romántica.

Ella se veía que me hablaba en plan picara, coqueta, soltándome dobleces que hacían volar mi imaginación, pero ante todo yo tenía tacto, no me gustaba ser un baboso que aparentara que solo buscaba conseguir un objetivo, yo quería todo, cupido había irrumpido en mi corazón sin ton ni son, directo a que cayese rendido ante la belleza y la forma de ser de Carolina.

Estuvimos allí hasta altas horas, el problema era mi coche, cualquiera conducía con todo lo que habíamos ingerido, así que lo dejé en el descampado del lugar y llamamos a un taxi, al día siguiente iría a por él.

Me invitó a la última copa en su casa, por supuesto acepté, con tal de estar con ella más tiempo, me bebería hasta el agua de los floreros.

Entró a su cuarto y salió con unos pantaloncitos cortos de algodón y una camiseta de tirantes, estaba de lo más apetecible y yo, bueno, yo aguantando mis ganas de besarla para no parecer un descarado, aunque me moría por hacerlo.

No sé en qué momento acabamos uno en cada sofá, charlando, tomando más de una copa de nuevo, pero me lo estaba pasando pipa con ella, me dijo que ahí dormiríamos, uno frente al otro, separados por esa mesa, pero me encantaba la idea...

Capítulo 7: Carolina



¡Ay, Dios mío!, otra resaca más y ese hombre en el otro sofá mirándome sonriente mientras mis mejillas se ponen a presión como una olla exprés ¿Cómo podía ser tan sexy?

—Buenos días, preciosidad.

—Buenos días, mi general —sonreí.

—No soy general —rio.

—Bueno, pues lo que quieras que sea, en la cocina está la cafetera que anuncia el George Clooney y una tostadora rosita, el pan en una bolsita detrás de la puerta ¡Ya estás tardando! — solté una carcajada.

—¿Puedo pasar por el baño antes? —Arqueó la ceja.

—Por supuesto, pero ligerito que sin mi cafeína en vena no me aguanto ni yo —reí mientras se iba al baño y salí corriendo hacia la cocina, tenía morro, pero no tanto.

Era guapísimo, demasiado sexy y en mi pisito, con tan pocos metros alrededor ¡Me ponía encendida!

Me puse a preparar el desayuno y volvió sonriente, se cruzó de brazos y se apoyó en el quicio de la puerta mirándome sonriente.

—¡Joder! Me has asustado —me puse la mano en el pecho.

—¿Tan feo soy?

—No, un poquito nada más... —bromeé riendo y señalando a la silla para que se sentara.

—Pero, ¿no tenía que preparar el desayuno yo?

—Me has pillado de buenas —le ofrecí una pastilla.

—Genial, la cabeza me bombea —sonrió.

Charlamos un rato y me propuso salir a comer, así que se marchó a su casa para ducharse y cambiarse, luego vendría a por mí.

Mi madre me llamó en ese momento y me dijo que venía a traerme una tortilla de patatas que me había preparado, bueno, me llamó cuando ya estaba relativamente cerca, en ese momento y a la vez estaba presionado el telefonillo de la calle y en un santiamén ya estaba en mi puerta.

—Esto para que comas bien —me dio un beso y entró.

—La dejaré para la cena, ahora salgo a comer a la calle.

—¿Te vas con Inés?

—No, me voy con el chico de las otras noches, Hugo —sonreí con amplitud.

—¿Te has enamorado? —Me miró con cara de asombro.

—No sé qué decirte, pero si no lo estoy, voy de camino, cuesta abajo y sin frenos.

—Lo estás ¿No ves que me lo estás reconociendo a mí, que nunca me cuentas nada?

—¡Mamá! ¿Cómo puedes decir eso?

—Bueno y dirás que no es así.

—Una cosa es que seas un poco “jartible” —le pellizqué la mejilla mientras sonreía —y otra, que mis cosas importantes no te las cuente.

—Me deberías de querer más —negó volteando los ojos.

—¡Obi, oba, cada día te quiero más...! —comencé a cantarle y se fue hacia la puerta negando.

—Me voy, te cuidas que los hombres ya sabes... —Me advirtió con el dedo y luego cerró la puerta.

Se fue dejando en mi casa su olor peculiar, a un perfume que hacía muchos años que usaba, uno que siempre recordaría al ir ligado a ella, la amaba, aunque me tenía hasta la coronilla.

Me duché rápidamente, me puse un vestidito blanco de gasa con unas sandalias del mismo color, una trenza sobre el hombro, mis grandes gafas de sol y lista, ahí estaba frente al espejo mirando lo monísima que estaba y lo feliz que me hacía salir a comer con él de nuevo.

Que guapísimo estaba, con aquella camiseta blanca ajustada, esos vaqueros cortos y unas chanclas de cuero marrón de lo más bonitas, el tío tenía gusto.

—Estás preciosa —me abrió la puerta del coche.

—¿Me estás tirando los tejos? —pregunté arqueando la ceja cuando se montó en su asiento.

—Desde antes de ayer —me hizo un guiño y comenzó a conducir.

—Joder, no lo había notado —me hice la inocente sonriendo con ironía.

—¿Sabes adónde vamos?

—Ni idea...

—Espérate aquí —dejó el coche en doble fila y entró a un freidor de pescado y salió con varios papelones, además de cervezas frescas.

—¿A dónde nos vamos a comer esto?

—A mi unifamiliar...

—Pero, ¿no está sin amueblar?

—¿Nunca has comido en el suelo?

—Joder que romántico, comer en una casa vacía —solté una carcajada.

—Verás que tiene su punto —me hizo un guiño.

Llegamos a una urbanización a las afuera del pueblo llena de unifamiliares nuevas, entre ellas la de él. Accedió a un garaje que daba directamente a su casa, con jardín, una monería de casa, me enamoré a simple vista.

—Si esto fuera mío, le ponía la cocina en color rosa —dije emocionada viendo la amplitud de esta y encima con una terracita trasera, moría por ese pedazo de cocina.

—Yo la elegí en gris y roja —hizo un carraspeo—. Ve mirando la casa, voy a preparar una cosa— me hizo un guiño.

—Tranquilo, claro, no pienso robar nada —reí, allí no había ni una estampa para llevarse.

—Róbame el alma —dijo marchándose y riendo.

—Eso ya lo hice el viernes —le saqué la lengua.

Yo miraba las habitaciones, todo, me podía imaginar cómo lo pondría si fuese mía, vaya, me moría de la emoción, aquello era la cucada más grande que había visto ¿Me podía casar con él y que fuera para mí? Mira, sería una opción, pensé mientras me reía sola.

Salí al jardín y ahí estaba él, me tuve que echar a reír, madre mía que ingenio había tenido. Había puesto una mesa de playa que claro, traería en el maletero, además de dos sillas, me indicó sonriente que me sentara, ya estaba los papelones abiertos y la cerveza servida.

—Me has sorprendido y mucho...

—¿Pensabas que te iba a tirar al suelo para comer? —rio.

—Lo habría hecho.

—Bueno, lo sé, pero te mereces mucho más que eso, además en este rincón irá una mesa que encargué con cuatro sillas muy cómodas.

—Este pedazo de jardín te dará mucha vida.

—Si quieres te la puede dar también a ti —levantó su cerveza a modo de brindis.

—Ah, ¿me puedo venir a vivir contigo? —reí.

—Pues claro, ¿lo dudabas?

—Por supuesto que no ¿Cuándo la tenemos amueblada al cien por cien? —pregunté bromeando.

—Yo tenía pensado mudarme el viernes, para entonces ya estará lista —me hizo un guiño —¿Te viene bien venirte ese día?

—Claro, si quieres me quedo ya aquí y vigilo que nadie entre —dije provocándole una carcajada.

—No hace falta, nos venimos los dos a la vez —sonreía clavando sus ojos en mí y eso me sacaba los colores.

—Joder mañana a currar —cogí un choco y me lo llevé a la boca.

—Yo también, mañana a la base y cuando salga hacia acá, empiezan a traerme muebles.

—¿Y dónde comes?

—En la base, en un bar, vendré ya con la barriga llena.

—Si necesitas que te ayude en algo, no lo dudes.

—Bueno, puedes pasarte a hacerme compañía, oye, eso se agradece.

—Pues te traeré la merienda —lo señalé sonriendo y feliz, pues iba a volver, de este no me separaba yo ni, aunque me echaran hielo, me lo tenía que llevar al huerto.

Me había encantado el detalle de que me hubiera llevado a su casa a comer, todo para que la viera y eso me hacía sentir especial, es más, había algo en su mirada y su sonrisa que me decían que algo yo le causaba.

Me encantaba la calma que transmitía, el control, esa serenidad para soltarme algo que sabía que me pondría roja como un tomate, además, era un hombre atento, cuidadoso, de esos que quedaban pocos, a no ser que me estuviera engañando como a una idiota... Pero, ¿qué necesidad tendría? Si hubiera sido para acostarse conmigo ya había tenido más que oportunidades, por ejemplo: la noche anterior en mi casa.

Nos quedamos ahí charlando hasta las cinco de la tarde, cuando decidimos irnos a tomar un helado. La verdad que el

día era para estar en la playa y no encerrados en una casa, bueno en el jardín de la casa, que no es que se estuviera mal, pero un helado era algo muy succulento en esos momentos, eso y comerme a Hugo, pero este parecía que le había afectado la canción de “Despacito” pues se estaba tomando esto al pie de la letra.

Me estuvo contando mucho sobre su vida, su padre, sin dejar de perder la sonrisa, esa que a mí me estaba enamorando por momentos, parecía una niña pequeña ante algo que quería conseguir, no se me podía quitar de la cabeza el imaginar que me plantara un beso.

Pasamos toda la tarde juntos y me dejó en casa después de comernos unas hamburguesas en un local del centro.

No quedamos en nada, simplemente en hablar. Y mi beso...
¿Para cuándo?

Capítulo 8: Hugo



Esa mañana me levanté con mucha más energía que nunca, sentía algo especial que me invadía en una profunda sonrisa, motivo; mi Carolina.

¿Cómo puede una persona entrar en nuestra vida sin previo aviso, provocando un estado de felicidad constante? Cupido era un jodido y me había disparado el viernes por la noche, así sin más.

Llegué a la base y fui directo a mi destino, me estaba gustando mucho este lugar en el que ahora estaba, no había estrés y era muy fácil de llevar, eso sí, mientras no nos tocara navegación o alguna misión. Era lo que tenía ser militar.

Me había quedado con las ganas el día anterior de besarla, bueno, llevaba con las ganas desde que mi mirada se cruzó con la suya y es que por momentos surgían más esos deseos incontrolables, pero no me gustaba parecer un depredador, uno de esos hombres sin tacto y sin escrúpulos. Yo era chapado a la antigua y me gustaba conquistar poco a poco.

Miré varias veces el móvil para ver si me había escrito, pero nada. ¿No se atrevía a hacerlo o es que no se había acordado de mí en ningún momento?

—Buenos días, mi alférez —dijo una voz conocida detrás de mí, además con, “retintín”.

Me giré y no me lo podía creer ¿Qué carajo hacía ahí mi ex? Martina estaba destinada en otro cuartel...

—Buenos días, mi sargento —sonreí con ironía, a pesar de que lo era y ahí estaba vestida de militar —¿Cómo tú por aquí?

—Me han destinado a esta base —sonrió.

—Vaya... —Mierda de suerte la mía.

—Tranquilo, estoy al otro lado, en las naves de control.

—Estoy muy tranquilo —le hice un guiño—. Bueno te dejo, tengo que poner a mis chicos a hacer deporte.

—Ya nos veremos.... —sonrió con esa amplia sonrisa maliciosa.

—Claro, no nos queda otra... —Volteé los ojos cagándome en todo el karma.

No la aguantaba, era lo peor que en estos momentos me podía pasar, encontrarme con ella ¿Podía ser más desgraciado? Lo que me faltaba era enterarme que vivía en el pueblo también, entonces es cuando me daría dos “chocazos” bien grandes.

Conté hasta veinte, solté el aire de golpe y terminé mi día de trabajo, ya había sido suficiente por hoy, esperaba no encontrarme a la salida a mi exsuegra si no... ¡Me pegaba dos tiros!

Me fui hasta sin comer, aquello me había dejado muy cabreado, que suerte la mía. Desde luego, todo me pasaba a mí...

Llegaron los muebles del salón, al menos ya se me iba dibujando una sonrisa al ver el gran sofá blanco de rinconera, allí se podían tumbar cuatro personas, era una pasada y la mesa del centro le quedaba genial, así como al otro lado la mesa de comedor con sus seis sillas.

Cuando salían los chicos apareció Carolina, sorprendentemente traía una bandeja de dulces, una bolsa y una caja envuelta en papel de regalo.

—Todo esto es para ti —dijo sonriente—. Primero abre este regalo.

—¿Y porque debo recibir un regalo? —Levanté la ceja sonriendo.

—Abre, anda... —Lo puso en mis manos.

Nos apoyamos en la mesa del salón que, por cierto, le encantaron los muebles y el sofá, estaba emocionada con ellos.

Abrí aquella inmensa caja y mi sorpresa fue mayúsculas al ver la cafetera de las capsulas, era como la que ella usaba en su casa y yo en la de mi madre, el último modelo blanco y cuadrado.

—No debiste...

—Invítame a un café, en esa bolsa del súper están las capsulas, el azúcar y las mini dosis de leche —dijo abriendo los dulces.

Había tenido un precioso detalle conmigo, a cambio de nada y es que como decía, era una monería de niña, se le veía con un gran corazón a pesar de lo payasa que era.

Preparé dos cafés y nos sentamos a merendar, en ese momento llegaron los televisores, había pedido tres, uno para el salón, otro para mi dormitorio y otro para la cocina, algo que me gustaba era ver las noticias mientras comía o cenaba.

Quise invitar a los chicos a un café, pero no quisieron, se pusieron a instalarlos en cada sitio y un rato después se marcharon.

Al día siguiente me pondrían la cocina, los electrodomésticos y también mi dormitorio, los otros dos el miércoles o jueves, uno de invitados y el otro un despacho, siempre quise tener uno.

Carolina estaba de lo más emocionada con la casa, salimos de allí a las nueve y la invité a cenar a una pizzería, pero me hizo trampas, se levantó diciendo que iba al servicio, pero lo que hizo fue pagar, después de regalarme la cafetera, me invitaba a la cena. Le reñí, pero para mí también fue todo un detalle, aunque por norma general y aunque pareciera antiguo, me gustaba ser yo quien pagara.

No me atreví a contarle lo de Martina, no por nada, no tenía culpa de que estuviese en la base, pero no quería que pensara nada raro que le pudiera hacer creer que había una posibilidad de que yo volviera con ella.

Esa noche me acosté extraño, la echaba de menos a mi lado, era como si la pudiese oler, pero no la podía sentir, hasta dolía esa sensación.

Capítulo 9: Carolina



Casi que apago la alarma y me quedo dormida, estaba como si me hubiese pasado un tren por encima o era que ese sentimiento que estaba teniendo por Hugo, era el que me estaba dejando agotada perdida.

Hugo... Ese precioso hombre que había irrumpido en mi relajada vida y ahora mi mundo se centraba en él.

Llegué al banco y Martina, la cajera, me sonrió con esa poca gracia que tenía, la cajera para colmo se llamaba como la ex de Hugo, había pocas y se acumulaban en mi vida.

Adara estaba dentro del despacho del director, los amantes a escondidas, aunque era un secreto a voces, vamos que no éramos tontos y allí lo sabía todo Dios.

Miré a Martín que me guiñó un ojo a modo de saludo, más tonto y se cae de la silla, madre mía, que hombre... Tenía a todo el pueblo suspirando por él, menos a mí, aunque me caía muy bien, pero cuando se ponía con esos aires me daban ganas partirle su ordenador en la cabeza.

No tardó en salir Adara, que ya se vino a contarme el estrés que tenía con las mellizas y su marido todo el día trabajando, ni que se estuviera rascando el ombligo el pobre hombre, demasiado tenía con aguantar a la sueltecita de su mujer, vamos, que había salido del despacho sin el carmín de sus labios, es más, tal como volvió a su mesa se puso a retocárselo. Si es que ni disimular sabía esa mujer...

Me pasé toda la mañana pensando en Hugo, me encantó ver su cara cuando aparecí con la cafetera, la verdad es que se me había ocurrido durante la mañana y a medio día no tardé en ir a un supermercado que las tenía.

A la hora de la salida estaba entre, ir a casa de mi madre a comer o irme directamente a la mía, no sabía qué hacer, incluso estaba pensando que, ya que Hugo no me ponía un mensaje, ponérselo yo para ver si le apetecía que fuera a su casa a ayudarlo en algo, pero no hizo falta...

—Hombre, Hugo —sonreí. Dios, como me ponía con ese uniforme. Joder, ese pantalón de pinza azul, esa camisa blanca de manga corta con sus galones... ¡Estaba a punto de tener un orgasmo visual!

—Me preguntaba si te apetecería venir a comer y luego ir a mi casa, me están montando la cocina...

—Pues claro, estaba pensando en eso, en comer ¡Qué coincidencia! —Volteé los ojos mientras sonreí con mi ironía.

—Estás muy guapa —me abrió la puerta del coche sonriente.

—Ay, mi alférez, usted sí que estás guapo —solté con gracia y descaro.

—¿Cómo dijiste? —preguntó haciendo un carraspeo mientras arrancaba.

—Yo qué sé, ahora me voy a acordar yo de lo que dije... —reí.

Nos fuimos a comer a un bar del paseo que había frente a la playa, me encantaba verlo así vestido, era irresistible.

Estaba muy coqueto durante la comida y yo, que me faltaba el canto de un duro para tirarme sobre esos carnosos labios, le seguía la corriente, se notaba que hoy el tonto era mucho, eso me iba gustando, tanto como él cada día.

Se le notaba muy feliz, contento, el tema de que el viernes se iba a independizar lo hacía brillar, algo me decía que, aunque no hablaba mal de la madre, estaba de ella hasta los mismísimos, lo que me pasó a mí con la mía.

De allí nos fuimos a su casa, ya la cocina estaba casi montada, era una preciosidad, había tenido muy buen gusto, además le habían dado una sorpresa y el resto de los muebles

que llegaría los dos siguientes días, se lo iban a llevar en un rato.

Así que esa tarde estuvimos merendando y viendo lo bonito que se lo estaban dejando todo. Él, ya había traído cajas con parte de sus ropas y objetos personales, quería ir trayendo todo para estar instalado el viernes definitivamente.

Por la noche ya lo tenía todo en su sitio, a falta de la decoración, algo en lo que me ofrecí para acompañarlo el sábado por la mañana a la ciudad y ayudarlo a elegir cosas, me lo agradeció y aceptó. Estaba claro que quería estar conmigo y eso me ponía muy contenta.

Esa noche cenamos unas pizzas que pedimos que nos trajeran, mientras charlábamos, así que me dejó en casa flotando en una nube.

A la mañana siguiente me levanté de lo más feliz y risueña, algo me decía que iba a pasar el fin de semana con él en la unifamiliar, yo era medio bruja para esas cosas y esperaba no equivocarme.

Estaba trabajando cuando su madre apareció por el banco, directa a mi mesa con cara de pocos amigos ¿Qué le pasaba?

—Buenos días, Rosario —le señalé la silla para que se sentara, pero lo hizo antes que me diera tiempo, vamos, que cuando lo hice ya estaba con el culo en el sillón y los brazos cruzados sobre la mesa mirándome fijamente.

—Te voy a hablar bien claro... —dijo en tono amenazante —Está bien que te pasees con mi hijo un día, dos, pero, ya, para ya. Mi hijo está enamorado de su ex Martina y a ella, la han destinado a la base junto a él, lo pidió para estar a su lado, así que como te metas te las vas a ver conmigo —puso las dos palmas de las manos sobre la mesa para levantarse—. No me toques las narices que tú no tienes la suficiente clase para estar con él ¿Entendido? —Me señaló con el dedo.

—Rosario, le voy a decir algo con toda la tranquilidad del mundo... Lo que yo haga con mi vida, a usted no le importa y lo que tiene que hacer es hablar con su hijo, a mí no tiene que

advertir de nada, más que nada porque me entra por este oído y me sale por este ¿Entendido?

—Haré lo que sea, pero tú con él no estarás, eso sería por encima de mi cadáver —se fue como alma que lleva el diablo.

¿Y esta mujer qué se había fumado? Madre mía, madre mía, que hostia le metía si no tuviera esa edad y no fuese quién es ¿Y qué era aquello de que su ex estaba en la base? ¿Me lo habría ocultado Hugo? ¿A cuenta de qué? ¡Ay, Dios! Hasta dolor de cabeza me había entrado.

A la salida me fui a casa de mi madre a comer, ya me había puesto al día de todo, todo lo que a ella le pasaba limpiando en el hospital, pues anécdotas traía todos los días.

Esa tarde me quedé en casa, no tenía ganas de nada, por la noche recibí un mensaje de Hugo.

Hugo: Pensé que hoy me darías una sorpresa...

¿Sorpresa? Sorpresa la que me dio su puñetera madre, la “cara oxidada” Desde luego que...

Yo: ¿Cómo le va a tu ex en la base?

Pues eso, que yo no me andaba con rodeos, ni que fuera vaquera, eso sí, el pobre lo leyó al momento, pero los cojones de contestar le faltaron un buen rato.

Hugo: Ni lo sé, ni me importa. No es agradable encontrármela de vez en cuando por la base, pero con ignorarla tengo suficiente.

Muy bien contestado, sí señor, eso era torear la liebre y lo demás eran tonterías.

Ni le contesté, pasé, lo dejé en visto, como hizo él. Para cojones Hugo, ovarios los de Carolina.

Justo cuando me metí en la cama me llegó otro mensaje, pero como lo pude leer sin necesidad de abrirlo y solo era unas buenas noches, lo ignoré, a ni visto, ya pasando olímpicamente...

Capítulo 10: Hugo



Había dormido poco con el mensaje de Carolina, sabiendo lo de Martina ¿Cómo se había enterado?

Estaba agobiado, aunque no tenía nada formal con Carolina, para mí ya era alguien importante que esperaba cuidar y enamorar, me había quedado muy pillado por ella.

Me encontré al llegar a la base a Martina, como el día anterior, me saludo e intentó hablar conmigo, pero pasé de largo, no la quería ni ver y menos hoy que algo me decía que me iba a causar un problema con Carolina.

Esa mañana tenía como una sensación de ansiedad que me oprimía el pecho, ganas de llorar, de estar solo o, mejor dicho, a solas con ella, abrazados, necesitaba un contacto más carnal, necesitaba apretarla en mi pecho con todas mis fuerzas y sentir el calor de su piel.

A la hora de salir fui para su banco a buscarla.

—Buenas tardes, Carolina —dije acercándome a ella, sigilosamente —¿Te vienes a mi casa a comer?

—Hola —dijo con desganas—. No, la verdad es que prefiero ir a la mía y descansar un rato.

—Me gustaría hablar contigo...

—¿No crees que lo debiste hacer antes?

—Sube al coche por favor, vamos a hablar tranquilos en mi casa y te explicaré lo que quieras.

—No, de verdad, no me apetece...

—Por favor, aunque sea por última vez, pero necesito hablar contigo —casi se lo rogué, pero esta vez se montó.

Paré por el camino a coger unos sándwiches de pan de campo que hacían buenísimos, de serranitos, con jamón, pimiento frito y filetes de cerdo.

Llegamos a mi casa y me cambié, el día anterior ya había llevado todo y había decidido quedarme, aproveché hasta para hacer una compra de comida y dejar ya la casa medio en condiciones para vivir.

Carolina estaba seria, se reflejaba un ligero enfado en su rostro y eso era lo que más me preocupaba.

Nos sentamos en la cocina a comer y fue cuando ya pude hablar con ella tranquilo.

—¿Quién te contó lo de Martina? —pregunté con voz temblorosa, no sabía ni como entrarle a la conversación.

—Ayer recibí una visita muy poco agradable en el banco, me contó lo de ella y lo de vuestra posible vuelta, así como que ella pidió el traslado por ti...

—¿Quién te dijo eso? —mi pregunta iba con un grado de enfado monumental.

—La simpática de tu madre, la misma que me advirtió que me alejara de ti.

—No me lo puedo creer... —solté el aire con fuerza y aguanté mi puño para no estamparlo contra la pared ¿Cómo podía haber hecho eso?

—Eso lo arreglaré con ella, no irá más al banco, créeme que no lo hará, es más, lo que yo decida con mi vida, es cosa mía y ten muy claro que, aunque Martina fuese la última mujer del planeta, jamás volvería con ella.

—Mira Hugo, en lo que hagas con tu vida no soy nadie para meterme, pero algo que no entiendo es por qué me hablaste de tu ex y ahora entra en la base y no me lo dices ¿Crees que así te puedo creer?

—No te pido que me creas, pero si te pido que tengas la capacidad de cuando algo así pase me lo digas, yo sé cómo arreglar las cosas y si estoy aquí, contigo, ahora, es porque me

importas y te lo llevo demostrando todos estos días, lo que no es justo es que yo pague por lo que diga mi madre, mi vida es mía y con ella hago lo que quiera. Por supuesto que tendré una charla y bien grande con ella, por supuesto que también debí decírtelo, pero no quise que te sintieras mal por alguien que no debe de preocuparnos, ella ya es pasado, esté aquí o en Pekín. Lamento mucho la conducta reprochable de mi madre.

—Tranquilo, yo me despaché a gusto, de todas maneras, creo que esto nos traería muchos dolores de cabeza.

—Ninguno, somos nosotros, el mundo que viva su vida, nosotros viviremos la nuestra —dije agarrando su mano y mirándola fijamente.

—Hoy estoy muy rallada, en serio —retiró su mano, eso me dolió en el alma, como si me clavaran un cuchillo en el pecho.

—¿Puedo pedirte un último favor?

—Dime —su rostro era de enfado y desgana.

—Vente mañana cuando salgas de trabajar y pasa conmigo el fin de semana, por favor te lo pido, júzgame por como sea contigo, no por lo que te cuenten los demás.

—No me apetece, de verdad, estoy con la cabeza como un bombo, solo tengo ganas de estar a solas.

—Carolina, íbamos muy bien, te estaba demostrando que no soy un hombre que va a lo que va, estaba tocando tu corazón, ganándote poco a poco y demostrándote que para mí no eras una más.

—¿Tapándome las cosas?

—La cagué, lo siento, pero eso no puede quitar todo lo bueno que intento ser, puede que no sea el mejor hombre del mundo, pero intento dar lo mejor de mí.

—Dime una cosa... ¿Por qué se toma tu madre la libertad de intentar decidir por ti? ¿Crees que no es humillante recibir en mi trabajo a alguien hablándome en ese tono amenazador como si yo fuera una cualquiera? ¿Crees que ella tiene derecho a hablarme de niveles?

—Se me cae la cara de vergüenza, no esperaba eso de ella, por supuesto luego hablaré y esto no sucederá más. Te pido perdón, pero es algo que no sabía y no he podido evitar, de lo contrario, la habría atado si hubiese hecho falta, pero a ti no va a ir a faltarte el respeto y menos a decir que tenemos que hacer con nuestras vidas. Es verdad que ella adoraba a Martina, es cierto, pero también es lamentable que sabiendo lo que hizo conmigo vaya y la ponga en primera línea como si fuera la idónea.

—A mí sí que se me cayó, si no llega a ser tu madre y tener la edad que tiene, le habría dicho de todo y hubiese salido a patadas del banco —dijo con rabia.

—Pasa conmigo el fin de semana, mañana te recojo. Hazlo por mí, por favor...

—No lo sé, ya te mandaré algún mensaje, pero ahora no quiero pensar en nada.

Estuvimos comiendo en silencio después de esa conversación, luego tomamos un café y me pidió que la llevara a su casa, lo hice con el alma en mil pedazos, me dolía mucho ver que esa mala decisión de mi madre, hubiera terminado en esto, me partía en dos.

La dejé en su casa y la vi entrar al portal mientras se me estaban a punto de caer los lagrimones, de rabia, de dolor.

Me fui directo a casa de mi madre, no iba a perder ni un segundo más en hablar con ella.

Nada más entrar y verme la cara, supo que algo me pasaba y no tardé en hacerle todos los reproches y decirle que no se volviera a meter en mi vida y menos, a nombrar a la susodicha de Martina.

Era para volverse loco, decía que solo había pasado por allí para sacar dinero del cajero y entró a saludarla, que le había dicho que le ocasionaba malestar que mi ex apareciera ahora en la base pidiendo guerra, que le había hablado desde el cariño y el apoyo y no entendía como esa mujer podía cambiar las cosas y decir eso tan feo de ella.

¿Para llorar? ¿No era para llorar? Ahora le echaba la culpa a Carolina y se la daba de indignada y sufridora por verse en una situación así que no había provocado.

Me fui muy enfadado diciéndole que por favor no se acercara más a ella y mucho menos, le diera información que no era de su incumbencia.

No sabía ni que pensar, pero se lo hubiera dicho como se lo hubiera soltado, no estaba bien, no debió hablar de ella y por lo demás, no creía que Carolina se lo hubiese inventado, no la veía tan retorcida, en fin... La que me había caído encima sin comerlo, ni beberlo.

Capítulo 11: Carolina



Sentía rabia, ese viernes la mañana en el trabajo era de rabia total. Hugo me había puesto varios mensajes diciendo que a la hora de la salir me recogería, me acercaría a casa para coger la bolsa con mis cosas y luego nos iríamos a la suya a pasar el fin de semana, yo ni le había contestado, dejé todos los mensajes en visto.

Luego me llamó Inés toda emocionada, ya le habían entregado el coche y estaba feliz de la vida, además que se estaba viendo con Lorenzo cada día y decía que ahora iba muy en serio con él.

Estuve toda la mañana amargada, no paraba de retumbar en mi cabeza las palabras de Rosario, que ya se podía haber llamado Martirio, le habría pegado más.

Quería irme con él y que se jodiera el mundo, pero por otro lado me parecía humillante lo que había tenido que vivir, aunque sabía que no era la culpa de Hugo, pero, ¡joder!, que amarrara a la madre en las distancias cortas y encima lo de la otra, la reaparición de la “Martina de los cojones”, sí es que mejor no pensar pues me encerraba en mi pisito todo el fin de semana y no me veía ni Dios.

A la hora de la salida Hugo estaba en la puerta como imaginé, mirándome apenado, con ese uniforme que me ponía a mil por hora, casi se me escapa la sonrisa, pero no, no la iba a soltar, esto me había causado mucho daño.

—No me has contestado a los mensajes —me abrió la puerta del copiloto dando por hecho que me subiría.

—He intentado hacer feliz a tu madre —sonreí con ironía.

—Bueno, por favor, el que está aquí soy yo, no ella, no pienses en eso y no lo pagues conmigo, por favor —señaló al

asiento para que me montara.

—Mira me voy a montar porque hace mucho calor y me ahorro ir andando, pero no voy a ir contigo a tu casa, tenlo claro.

—Te vas a venir conmigo y luego decides si merezco la pena o no —dijo mientras arrancaba el coche.

—Eso te lo puedo decir ya sin necesidad de pasar contigo el fin de semana —dije con ironía y sonriendo, mientras me apoyaba sobre el cristal de la puerta del coche.

—No, mejor no me lo digas, pues no hace falta ser muy vidente para saber el disparate que me podrías soltar.

—Ah no, no soy como tu madre —le di en la yugular, no quería ser así, pero estaba enrabiada y no era por mi culpa, precisamente.

—Bueno, veo que me la tienes sentenciada, ni que yo hubiera sido el culpable. Ya hablé con ella, solo te pido, por favor, que vengas, no me hagas rogártelo más, que seas tú quién compruebe como soy yo, con la que quiero pasar el fin de semana es contigo, con nadie más.

—Estaría bueno que llamaras a la Martina y montáramos un trío...

—Vaya, no quiero montar tríos con nadie, solo quiero estar contigo y creo que, si mi madre no hubiera aparecido por el banco, nosotros hubiéramos avanzado mucho más —paró en la puerta de mi casa.

—Sí será por lo rápido que vas, madre mía, pues sí que deben de estar cotizados tus besos —abrí la puerta del coche para bajarme, pero vi cómo se le escapaba una sonrisa mientras negaba.

—Luego si quieres...

—No pienso bajar —advertí desde la ventanilla.

—No lo hagas y te traigo hasta a los mariachis del pueblo, se va a enterar todo el bloque de vecinos y los colindantes de

lo que es una declaración de amor.

—Atrévete... —sonreí diciéndole adiós con la mano.

Subí al piso y me asomé por la ventana sin que me viera, seguía abajo, pero yo le había dejado bien claro que no iba a ir, de todas maneras, preparé la bolsa, a masoquista no me ganaba nadie.

Diez minutos y me puso un mensaje diciendo que me estaba esperando, le respondí que no iba a ir y que estaba acostada, entonces pasó lo más grande.

La música a toda voz desde su coche con la banda sonora de Oficial y Caballero, no podía creer que tuviera ese descaro. Me asomé a la ventana y ahí estaba con la mano en el pecho mirando hacia mi ventana, con su uniforme y sonriente.

Solté una carcajada ¿Qué podía hacer si no? Negué mientras lo miraba, se me estaba cayendo todo, de repente unos vecinos de al lado de unos pisos de estudiantes que estaban viéndolo todo comenzaron a aplaudir. Para cagarse, la que había montado el “Huguito”.

Juntó sus manos a modo de súplica y recordé los de los mariachis, este era capaz de llamarlos y con la de poco trabajo que tenían los pobres, seguro que se colaban aquí en diez minutos vestidos de mexicanos con sus guitarras en mano ¡Para abajo que iba!

Bajé y aún no había terminado la maldita canción, los vecinos en los balcones aplaudían mientras yo me montaba y el sujetaba sonriente la puerta haciendo una especie de reverencia.

—Te has pasado tres pueblos —reí mientras el arrancaba.

—Pero ha merecido la pena por doble partida, te hice sonreír y ahora estás aquí, a mi lado para venirte conmigo.

—Obligada por esta vergonzosa situación que me estabas haciendo pasar —reí—. El otro día tu madre en el banco y ahora tú ante mis vecinos ¿Se puede ser más desgraciada? —reí.

—Por supuesto, pero la sonrisa que te saqué y que mis ojos vieron no eran de sentirte mal, en el fondo te gustó lo que viste y oíste.

—Tonta he sido, debería de haber dejado que llamaras a los mariachis —solté una carcajada, la verdad es que ya estaba empezando a tener mejor rollo, eso que había hecho Hugo era algo increíble, algo que solo te hacen una vez en la vida.

—Tranquila, seguro que necesito echar mano de ellos en otra ocasión —sonreía mientras íbamos entrando en el garaje de su unifamiliar.

La noche anterior Hugo había dejado guisada unas costillas en salsa con patatas que le habían salido fenomenal, estaban deliciosas, la verdad es que cocinaba muy bien y lo mejor de todo era ese vino que me tenía que hacer efecto para que me relajara ese fin de semana, aunque una gran parte ya lo había conseguido el momento canción...

En la casa se estaba de lujo, con el aire acondicionado hacía una temperatura perfecta, así que aquello en esos días de calor era toda una alegría.

Se había cambiado y se había puesto unos pantalones cortos de deporte con una camiseta, vaya cuerpo, a mí se me olvidaron las penas en ese momento entre el vino y lo que tenía ante mí.

Tras la comida nos fuimos al sofá, me senté junto a él, mientras tomábamos un café, algo me decía que después del café, llegaría el primer beso. A bruja no me ganaba ni su madre.

Puso el vaso sobre la mesa del centro y me agarró las manos.

—No te puedo pedir que confíes en mí como si me conocieras de toda la vida, pero sí que intentes conocerme, sobre todo, como soy cuando estoy contigo —decía acariciando mis manos con sus dedos mientras no dejaba de mirarme.

—No es eso, pero te juro que no me hace gracia aguantar esas advertencias, no sé, pero tenía dos jalones de pelo por lo menos —solté una carcajada intentando hacer broma de aquello que no me hacía ni puta gracia.

—De verdad, déjame que me ocupe yo de eso, creo que no te volverá a decir nada, eso espero, no quiero vérmelas de nuevo con ella, ya le hablé muy claro.

—Crees... —reí —Más le vale que no.

Y no me dio tiempo a decir nada más, cuando ya lo tenía dándome unos cortos y seguidos besos, a modo de mordisqueo. Caí, ahí caí rendida ante él ¡Madre mía, como besaba!

Me quedé inmóvil, dejándome llevar por lo que sus labios hacían sobre los míos, mientras sus manos rodeaban mis caderas y me miraba con ojos de felicidad mientras volvía a mirar mi boca para luego besarla.

Ya me tenía rendida a sus pies, ya ni disimular podía, si antes me ruborizaba, ahora tenía una cara de tonta que no podía con ella.

—¿Me has...? —pregunté señalándome los labios cuando se apartó sonriente.

—Ajá, te he besado, sí —decía con seguridad y con esa media sonrisa.

—Ok, está bien —hice un ligero movimiento de cabeza y eché los labios para abajo, él me miraba sonriente, yo estaba en shock aún con su manera de besar.

—Y creo que luego te volveré a besar —decía en tono gracioso y arqueando la ceja mientras volvía a coger su café.

—Pues me avisas, ¿vales? —respondí y pregunté en tono inocente, aguantando la risa.

—Ya veré —hizo un carraspeo que hizo removerse todas las mariposas de mi estómago.

No pude responderle, tenía un revuelo increíble en mi interior, en ese momento si me decía que me quitara el vestido, me bajaba hasta las bragas, estaba a su merced, acababa de caer rendida a sus pies.

Tras terminar el café me agarró y me echó sobre sus piernas, me apoyó la cabeza y comenzó a acariciar mi barriga mientras me miraba sonriente, pero claro, a ver como lo explico, en ese justo momento sonó el timbre de la puerta del jardín y claro, por ahí apareció Doña Rosario para joder ese pedazo de momento.

Hugo le abrió desde dentro y ella entró flechada pensando que su hijo estaba solo, mala suerte para la señora que no era así.

—Hola, no sabía que estabas acompañado —le besó la mejilla —Hola, hija —se acercó y me la besó a mí la muy falsa y encima llamándome hija. ¡sería cabrona?

Y claro, como era una bruja sin escoba, porque lo era, fingió ser la mejor mujer del mundo. Había traído un pastel de verduras que por lo visto le gustaba al hijo.

Estuvo charlando un poco con nosotros en un amago de amabilidad disfrazada de maldad, pero ahí estaba, delante del hijo fingiendo ser una buena persona ¡La mataba! Conté hasta mil para aguantar con mi sonrisa, obvio que, de lo más irónica, si ella quería jugar, yo iba a ganarle.

Cuando se fue me dijo que se alegraba de haberme visto ¿Podía ser más hipócrita? Cuando se giró me echó una mirada de asco cuando no miraba el hijo, que me di cuenta de lo lejos que podía llegar la malvada esa, pero ahora sí, ahora iba a saber quién era yo, si no me quería para el hijo ahora me iba a aguantar en misa y replicando, a cabrona no me ganaba nadie y menos esa falsa ¡Qué asco le tenía!

—Se ve que le valió la charla que tuve con ella —dijo orgulloso cuando la madre se hubo marchado ¡Pobre iluso! Me daba a mí que Hugo era de los que se la pegaba con un muro y seguía en su mundo.

—Muy amable la señora... —solté con retintín.

—Uy, no te veo muy convencida —me abrazó por detrás y besó mi cuello.

—Nada, no me hagas caso —dije intentando pasar del tema, pero me había dejado por los suelos con esa mirada y esa falsedad la hija de la gran... ¡Me había encendido!

—¿No te alegras de verla así de relajada? —preguntó mordisqueándome la oreja, lo dicho, este se chocaba con un muro...

—Un montón, lo que me dio pena es que no la invitaras a cenar con nosotros —si la bruja iba a jugar, yo más, lo dicho, si este no espabilaba, yo fingiría, pero esa conmigo no iba a poder.

—No te preocupes, ya iré uno de estos días a comer por su casa.

—Bueno, está bien...

Me giró y esta vez pegándome a él me propino un buen beso, de esos que te sacuden y te quitan todos los malos rollos, ese que ahora no era corto ni seguido, era de esos que permanecían en el tiempo.

Pues nada, beso de línea y a esperar el polvo del bingo, ese sería el siguiente paso, pensé mientras lo miraba sonriente cuando separamos nuestros labios.

Me encantaba, eso era lo que me pasaba, que estaba rendida ante él, que había caído cuesta abajo y sin frenos, que ya mi mundo se centraba en Hugo y solo deseaba estar a su lado, entre sus brazos, a pesar de las vicisitudes que me pusiera la vida, era a él a quien quería.

—Había pensado que podíamos salir a cenar a un restaurante que hay aquí en la otra cuadra, podemos ir caminando...

—Claro —sonreí mientras él rodeaba mi cintura.

—Entonces nos duchamos y nos vamos —besó mis labios.

—Vale, yo me ducho en el de abajo.

—¿No te vas a duchar conmigo? —carraspeó.

—Ah no, hoy al menos no —reí nerviosa.

—Bueno, que sea por hoy —me dio un beso en la punta de la nariz y se fue al de arriba.

Cogí mi bolsa que estaba en la entrada y me metí en la ducha, estaba pletórica, pero oye, lo de la madre muy fuerte, ¿eh? Terrorífico lo de la Rosario de los cojones, que asquito de mujer...

Una faldita corta y holgada con una camiseta de hombro caído y listo, yo estaba mona ese día con cualquier cosa, tenía una cara de felicidad que no podía con ella, anda que no, igualita que la bruja que era para ponerle una careta y no permitir que se la quitara.

Hugo estaba en la cocina con dos copas de vino para tomarlas ante de salir, estaba guapísimo todo de blanco, joder como le quedaban esos pantalones y esa camisa, encima con unas zapatillas de suela de esparto en color azul marino, a juego con la correa trenzada que llevaba, a mí me ponía cachonda, para que voy a mentir.

Me dijo mil veces lo guapa que estaba, además en ese tono bajo, mirándome fijamente y poniéndome de lo más nerviosa.

De camino hacia el restaurante me sorprendió que me llevaba del hombro mientras me contaba cosas, no sé, pero parecíamos toda una pareja consolidada ¿Y si tenía novio y no lo sabía? Aguantaba a cada momento de soltar una carcajada por todo lo que se me pasaba por la cabeza.

El restaurante estaba precioso, yo había ido alguna que otra vez, pero nunca cené en su patio interior y aquello era una maravilla.

Pidió un vino y cosas de la carta para compartir, el jodido era sensual hasta para escoger los platos, eso, o que yo tenía un calentón de diez pares de cojones.

—Está preciosa la noche... —dije mientras sujetaba la copa de vino entre mis dedos.

—Como tú...

—Bueno, tampoco te pases —reí—. Hablo de la noche, las estrellas... —Volteé los ojos.

—¿Nunca has dormido bajo las estrellas?

—Cuando he ido de camping.

—Pues me parece que esta noche no vas a ir de camping y dormirás bajo ellas...

—A ver, defíneme eso de que voy a dormir debajo de ellas, en cierto modo siempre dormimos debajo, ellas están arriba.

—Literal, te hablo de literal.

—¿No estás hablando con dobleces? —Lo miré con cara amenazante.

—Eres muy impaciente —sonrió.

—No, pero que me das un poco de miedo, sí —reí.

Pasamos toda la cena bromeando, bebiendo vino, cosa que volvimos achispados, pero yo me lo estaba pasando bomba con él.

Al llegar a la casa me dijo que me metiera en el baño a ponerme el pijama o lo que usara para dormir y no saliera hasta que no me avisara.

Joder, estaba de lo más nerviosa hasta que llamó a la puerta, salí y ahí estaba él con sus pantalones cortos de deporte, una camiseta y señalando hacia el jardín.

—No me lo puedo creer... —Puse mis manos sobre mi cara.

Había sacado su colchón con las sábanas y todo bien puesto en medio del jardín, incluso una fina colcha, con dos grandes faroles con una vela dentro alumbrando.

—Hoy vamos a dormir bajo las estrellas.

—¡Qué fuerte...! —reí emocionada, aquello era lo más bonito que me habían hecho en la vida.

Señaló la cama para que me metiera y obvio que no tardé en hacerlo, él se puso a mi lado, tapados por aquellas sabanas, mirando los dos hacia el cielo mientras el agarraba mi mano y la acariciaba ¿Podía ser más idílico aquello?

Nos giramos y nos comimos a besos, sonriendo, negando, disfrutando y como no... Deshaciéndonos de aquellas prendas que impedían que nuestros cuerpos se encontraran en total libertad.

Y sí, comenzó a besar cada parte de mi cuerpo, a acariciarlo, a conseguir que los gemidos se me escaparan sin razón por la boca, disfrutando de ese momento en el que su lengua y manos jugaban con mi zona más íntima para luego de un brutal orgasmo fundirnos cuerpo con cuerpo, mientras él se movía sigilosamente llevándome de nuevo a ese placer incontrolable. Ahora sí que podía decir que había tocado el cielo con las manos.

Nos abrazamos, ahuecada en su cuello para quedar dormidos bajo ese cielo que era un manto de estrellas.

Capítulo 12: Hugo



¿Había algo mejor en la vida que despertar con una preciosidad al lado?

Pues no, ahora mismo estaba en uno de esos momentos que no se podían pagar ni con todo el dinero del mundo, mientras ella dormía pegada a mí, donde yo contenía esas ganas de volver a hacerla mía.

Me levanté con cuidado para no despertarla y me fui a la cocina a prepararle un espectacular desayuno, que le pondría en la recién estrenada mesa del jardín.

Zumo, café, tostadas y todo preparado con mucho cariño, listo para que cuando se despertara lo viera todo perfectamente preparado. Parecía que me olió al salir, pues rápidamente se despertó con esa preciosa sonrisa que se dibujaba en su cara.

—Buenos días, me podrías haber despertado para ayudarte —su sonrisa acercándose a la mía, era el motivo de mi felicidad.

—No, lo hice yo con mucho gusto —me acerqué a ella para rodearla con mis manos y darle ese primer beso del día.

Nos sentamos a desayunar y en ese momento la llamó su madre, la cara de Carolina era todo un espectáculo de muecas, sabía esa mujer sacarla de quicio y yo no dejaba de sonreír al verla.

Tras el desayuno nos fuimos a la ciudad en mi coche, esa mañana habíamos quedado en que iríamos a comprar decoración para la casa así que nos metimos en la famosa tienda donde todos se pierden y comenzamos a coger cosas.

Me hacía gracia las caras que me ponía cuando yo señalaba algo, sobre todo cuando no le gustaba lo más mínimo y ella sí

que tenía acierto, iba eligiendo con mucho gusto y yo aceptando todo esos cuadros y adornos modernos que harían que la casa cogiera forma.

Al final llevábamos muchas bolsas de cosas para poner por todos lados incluso en la cocina, así que ella iba más feliz que yo, cosa que me encantaba, además cogimos un montón de preciosas velas de varios colores.

—Va a quedar la casa preciosa —dijo feliz al montarse en el coche.

—Estoy seguro, tienes muy buen gusto —sonreí.

—Bueno, tú al escoger los muebles lo tuviste, pero en la decoración vi que estabas un poco perdido —sonreía recordando la de cosas que quise coger y ella me frenó volteando los ojos y haciendo como la que se iba a dar dos chocazos.

De allí nos fuimos a comer al paseo marítimo de la ciudad, a un sitio que yo nunca había estado, pero que ponían unas tapas para matarse de buenas. Pedimos unas croquetas especialidad de la casa que estaban para comerlas como si fueran pipas, eran las mejores que había probado en mi vida, así como unas tortillas de camarones. Ese sitio era de lo mejor para tapear.

Estaba de lo más emocionado con tenerla a mi lado ese fin de semana, con ella estaba volviendo a sentir felicidad, es lo que me ocasionaba con solo mirarla, con saber que estaba aquí, conmigo y que otra noche más dormiríamos juntos.

Por la tarde nos quedamos en la unifamiliar para poner todo lo que habíamos comprado: velas, marcos de fotos, alguna que otra bandeja con unas bolas de colores muy chulas, se le veía de lo más emocionada colocando todo como si fuera su casa y eso me encantaba.

Había comprado todos los ingredientes para cocinarle un plato mejicano, era una especialidad que me gustaba mucho, lo había hablado con ella y también le apetecía así que me puse

manos a la obra mientras ella seguía cambiando la decoración de un lado a otro.

Puse música y llené dos copas de vino, ella venía por la cocina a dar un trago y saludar, se volvía a ir emocionada con eso de decorar, me volvía loco, simplemente me hacía feliz que ella me ayudara a decorar mi nueva casa.

A la hora de la cena estaba de lo más emocionada con el resultado, no paraba de decirme que más podía comprar y que cosas debía poner en el jardín, a mí se me caía la baba a lo grande, me daban unas ganas enormes de secuestrarla y tenerla viviendo conmigo.

La cena le encantó y además el vino la puso de lo más achispada y graciosa, hasta brindó por Rosario, o sea, mi madre ¿Comenzaría una buena relación entre las dos, dando por zanjado lo que quizás fue un malentendido entre ambas partes?

Tras la cena nos duchamos juntos entre caricias, besos y como no, un poco de sexo bajo el agua que nos caía, ella se dejaba llevar, pero siempre con ese sonrojo en sus mejillas, era lo que más me gustaba, esa inocencia que no llegaba a romper, esa que le causaban ese rubor y aquella piel erizada.

Nos acostamos en la cama abrazados, yo le bromeaba y ella se ahuecaba en mí, escondiéndose. Me tenía loco, esa mujer me estaba volviendo loco...

Capítulo 13: Carolina



La verdad es que había pasado el sábado fuera de lo común y lo recordaría siempre. Esta nueva situación, los momentos vividos y sentimientos encontrados, eran un cúmulo de sensaciones a lo cóctel molotov.

Nos levantamos con la sonrisa en la cara, la pena es que ya era domingo, no podíamos evitarlo. Hoy hacía un día maravilloso y nos permitimos desayunar bajo el calor del sol en la terraza. Era un día perfecto para ir a la playa, pasear, broncearse y darse un chapuzón.

Miro a Hugo, que parece estar disfrutando de una tostada con mantequilla y bebiendo sorbos de su zumo de naranja. Le sonrío y entonces me fijo en que se ha manchado la punta de la nariz con la mantequilla de la tostada. Parece un dulce payaso.

—Payasito, ¿te apetecería ir a la playa?

—La verdad es que me encantaría. Es un buen plan de domingo. Incluso podríamos ir a comer una paella después, mientras nos relajamos escuchando las olas del mar. ¿Qué me dices?

—Que estás tardando en limpiarte esa nariz blanquecina y ponerte el bañador.

—Estaré aquí en un periquete.

El periquete es el que tiene en donde yo me sé. Lo veo desaparecer para arreglarse y yo, tras recoger un poco la mesa y meterlo todo dentro del lavavajillas, hago lo mismo.

Como sabía cuáles iban a ser los planes estos días, me metí en la maleta un trikini blanco y un vestido pareo de encaje la mar de mono y la guinda del pastel, una pamelita blanca elegante y bonita a partes iguales.

Preparo la bolsa con la crema para no acabar como una gamba al ajillo, un par de toallas, un libro, aunque creo que con Hugo no me voy a aburrir, como tampoco me aburrí anoche. Pensé que me encontraría un percebe y me encontré con una buena langosta, la madre de todas las langostas.

Cuando se presenta en la entrada, donde lo espero más que lista y con un maquillaje bastante natural, se queda petrificado por un momento. Él está perfecto y elegante, aunque con un aire algo desenfadado.

Llevaba la sombrilla en una mano y las llaves del coche en la otra. Me mira con admiración, tal y como yo lo estoy mirando a él. Cuando lo hace, de esa manera tan intensa, siento como cada uno de los pelos de mi cuerpo se erizan inevitablemente.

Nos subimos en el coche tras cargar las cosas en el maletero y Hugo conduce hasta la playa, donde nos clavan dieciséis euros por aparcar todo el día en la zona verde. Malditos ladrones, así va el país...

No hay mucha gente y me sorprende con el espléndido día que hace, pero, a fin de cuentas, nos viene bien, así estamos más tranquilo, es más íntimo y nos evitamos que los niños correteen a nuestro alrededor y echándonos arena a la cara cuando estemos tomando el sol.

Extendemos las toallas y nos tumbamos. Dejo a un lado el libro por si me apetece leer y saco la crema mientras que Hugo, va colocando la sombrilla.

La clava en la arena y es entonces cuando me viene un olor nauseabundo.

Parece que Hugo no se ha dado cuenta y la verdad es que huele a estiércol entremezclado con pedo matutino, que se ha condensado ahí durante horas y hasta se ha florecido esperando salir a primera hora.

—Hugo, ¿hueles eso?

—Huele a mar, Carolina.

—A ver, que no me refiero a las gambas de Antonio Recio, desde aquí abajo huele a mierda pura —lo veo agacharse y oler el aire antes de mirarme y asentir con la cabeza.

—Creo que sé lo que ha pasado. Me da que he pinchado una mierda enterrada con la sombrilla.

Lo veo limpiar con el agua del mar el pincho de la sombrilla, porque como no sé cómo se llama, he decidido llamarlo así, mientras yo me dedico a trasladarnos algo más lejos, paso de estar oliendo a mierda todo el día, que una vez que se abre la caja de Pandora, a ver quién tiene narices a aguantar ahí con ese aroma.

Nos tumbamos a disfrutar del sol, ahora sin olores y bajo el amparo de la sombrilla. Hugo a cerrado los ojos mientras escucha música por sus auriculares inalámbricos y yo me he puesto a leer con mis gafas de Gucci, imitación que compré a un negrito de top manta en Italia.

—¿Te apetece darte un baño? —me sugiere y cuando lo miro, lo veo más rojo que una gamba. Se me olvidó echarle la crema o dársela para que se la pusiera, solo me la puse yo.

—Joder Hugo, me parece que te has quemado —alargo el dedo y lo presiono contra su brazo —¿No te duele?

—Un poco, no te preocupes, ahora me pondré crema. Vayamos a darnos un baño, que estoy seguro de que el agua salada del mar, me vendrá bien.

Nos metemos en el agua. La verdad es que está un poco fría, demasiado para mi gusto, así que entro poco a poco. Una vez dentro, completamente cubierta por encima del pecho, noto como Hugo rodea mi cuerpo con sus manos y yo hago lo mismo con el suyo, rodeando su cintura con mis piernas.

Y es en ese momento, cuando abro las piernas para rodearlo, siento el agua salada entrar en mí y un escozor que me hace saltar una lágrima. Tengo la zona sensible tras lo ocurrido anoche, irritada, y el contacto con el agua salada es

muy molesto. Ese escozor que me hace ir todo el día abierta de piernas, como si estuvieras montada en un caballo.

Aprieto los dientes y cuando me pregunta qué me pasa, me hago la tonta. Le digo que estoy emocionada por estar aquí con él, viviendo esto tan bonito que estoy sintiendo. La verdad es que se me da bastante bien disimular, aunque a veces es más fácil creer en los palurdos de la tele que creen ver tu futuro, que en mis trolas para salir del paso.

Hugo me hunde en el agua, la típica ahogadilla de toda la vida, y me besa bajo el agua de una manera que debería estar prohibida. Disfruto del beso con una sensación extraña, ya que el beso es dulce y delicioso, pero se cuelan hilos de agua salada entre nuestros labios.

Mantengo cerrados los ojos para que mis corneas no acaben como las de un vampiro y Hugo salga huyendo. Siento entonces algo que me roza la pierna. Abro un momento los ojos bajo el agua mientras siento que ya me estoy quedando sin oxígeno y entonces la veo...

Una medusa frotándose la pierna, como un perro en celo, que se enreda en mi piel y me pica la muy hija de perra, o más bien, la muy hija de medusa.

Nunca me ha picado una, así que realmente no sé si pican, muerden o bailan la jota en mi piel, pero el resultado es un dolor insoportable. Salgo de manera abrupta del agua, tomando una bocanada de aire y rompiendo el beso.

—Carol, ¿qué te pasa?

—Me ha picado una maldita medusa. Me duele, Hugo, me duele.

—Vayamos a la toalla, tengo una idea —me saca en brazo y corriendo me lleva a la toalla para tumbarme.

Lo tengo rojo, como si un pulpo con sus tentáculos hubiese hecho un pulso en mi pierna y me la hubiese marcado a fuego lento. Me arde y pica de igual manera y miro a Hugo con cara de cordero degollado.

—Solo hay una manera de aliviar el dolor, lo leí en internet hace un tiempo. Tengo que orinarte en la zona.

¿Perdona? Este se cree que me va a mear como un perro que quiere marcar lo que es suyo. No me va eso de que me meen encima. Sé que hay gente que le pone e incluso se hacen vídeos caseros para lucrarse con ello, pero yo no, me parece asqueroso, no, lo siguiente.

—Por encima de mi cadáver chato. No voy a dejar que nadie me mee encima, ni siquiera una paloma.

—La otra opción es ir a la caseta de emergencias y que te pongan una crema calmante y te lo envuelvan, aunque no es tan efectivo como la orina.

—Aguantaré el dolor, pero lo del meado sigo sin verlo, así que, a la caseta.

Me apoyo en sus hombros y voy a la pata coja hasta la caseta prefabricada. Aquí en vez de curarte, te infectan más. Aquí hay hasta la peste negra. No se ha limpiado en mil años. Si hasta hay moho y telarañas...

Me tumbo en la hamaca que hay montada como si fuera una cama de hospital, pero a lo cutre. El enfermero se dedica a limpiar la zona, desinfectarla y colocar una especie de moco verde, que supongo que será la crema de la que hablaba Hugo, para después vendarme la pierna.

—Ahora, debes curar la zona con esta crema cada doce horas y evitar el agua caliente directa sobre la zona cuando te duches. ¿Vale?

—Vale. Así lo haré.

—Bien, son veinte euros, incluida la crema.

Joder con el mohoso, encima carero. Le doy los veinte euros y salimos de ese cuchitril para recoger las cosas de la playa y llevarlas al coche. Queremos ir ya al restaurante. Estamos famélicos y esta nueva aventura en la playa no nos ha ido muy bien. El resultado de todo ha sido un chico gamba y una chica medusa.

Hemos visto un restaurante que tiene muy buena pinta. Entramos y nos sentamos en una de las mesas. Pronto el camarero se acerca y pedimos una paella y un buen vino. Mientras tanto, nos dejan unas olivas para que vayamos picando.

Cojo el tenedor para pinchar una oliva, mientras miro a Hugo. Hasta quemado está guapo. Sonríe y él me guiña el ojo. Intento pinchar la oliva, pero es escurridiza. Pruebo con otra, pero no hay manera. Y entonces una sale volando a gran velocidad y le da a una anciana “guiri” que hay detrás de Hugo.

Se da cuenta y se gira, pero disimulamos. Es algo bochornoso y yo me echo un poco el pelo en la cara para pasar inadvertida. Decido dejar a la finolis que llevo dentro y coger las olivas con la mano, que es más seguro.

Poco después llega el pan y el vino, a lo ceremonia de Cristo, y un cuarto de hora después, un pedazo de paella que más que para dos personas, parece que es para doscientos.

Nos la repartimos, al menos la primera tanda. La verdad es que está deliciosa y al final tengo la sensación de que nos la vamos a acabar toda. Es negra de marisco y está impresionante. Ya verás esta noche, muñeco de barro negrito, si lo sabré yo...

Nos la acabamos toda y es la hora de pedirle el postre al camarero, que espera impaciente, casi frotándose las manos, porque ya llevamos entre los dos más de cien euros de factura y espera una succulenta propina. <<No esperes mucho chato, que soy pobre>>.

Nos pedimos un Brownie para compartir y este asiente con la cabeza antes de marchar para prepararlo. Dicen que el chocolate es afrodisíaco. La verdad es que no sé si me conviene otro meneo. Tengo la almeja en carne viva con tanta sal.

Noto el pie de Hugo acariciar mi pierna despacio, mientras me mira con esos ojos de deseo que me vuelven loca. Le sonrío, pero cuando su pie me roza la herida “medusera”, mi cara se descompone y se pone serio pidiéndome perdón.

Niego con la cabeza quitándole importancia.

—No pasa nada Hugo, de verdad.

—No me acordaba. Lo siento mucho.

—Hugo, no-pa-sa-na-da. ¿Vale? —Lo veo asentir.

El camarero nos trae el postre y cuando vamos a hincarle el diente, una sombra se cierne sobre nosotros como un jarro de agua fría, aguándonos la fiesta.

—Vaya, vaya... Hugo, no esperaba verte aquí. Ya veo que tienes una nueva amiga. ¿Haces una colección como con los cromos de Panini?

—Hola Martina, no esperaba verte por aquí.

—Sí, no solo me puedes encontrar en tu día a día. El mundo es un pañuelo —me aclaro la garganta falsamente para que Hugo me presente. Quiero saber de qué va esa perra que le habla como si fuese alguien importante.

—Ah, perdona, Martina, ella es Carolina.

—¿Ahora te van las tullidas? —dice mirando mi pierna.

—Martina no vayas por ahí o la vamos a tener y no quiero montar un espectáculo en el restaurante.

—No te preocupes por eso, soy demasiado mujer como para rebajarme montando una escena en un lugar público.

—Tienes razón, eso lo dejas para la intimidad. Se te da de maravilla las escenas y la falsedad impregnada de victimismo.

—Seguramente no tan bien como a tu acompañante. ¿Cuánto le pagas? Porque no creo que sea muy cara, parece de saldo. ¿Estaba de rebajas?

—¿De qué coño vas, zorra? Si quieres te enseño las hostias de saldo. Las tengo muy rebajadas y veo en tus ojos que las

necesitas desesperadamente. ¿Estás demasiado tiesa para permitirte algo mejor, o es que tienes una vida tan patética que no la llena nada más que el veneno que escupes?

—Hablando de escupir, ten cuidado hija, pareces Rajoy — hace como si se limpiara el ojo, ni que mis lapos llegaran tan lejos.

—Martina, última oportunidad, si no te vas, la vamos a tener. ¿No tienes a ningún tonto al que timar ni aprovecharte de él? Parece que es lo único que se te da bien en la vida.

—¡Cabrón...!

—Ese es el marido de la cabra, esperpento. Si no quieres que te suelte un comentario que no te guste, más vale que te apartes de mi vista. Me arden las córneas cuando tengo que ver tu amorfa jeta.

—Me voy, me están entrando arcadas de veros. Nos vemos muy pronto Hugo, ante de lo que te esperas... —Le guiña un ojo antes de marcharse y yo suelto el mango del cuchillo, que no sabía que tenía en la mano. Qué agresiva me he vuelto con lo que quiero, ¿no?

Intentamos disfrutar del postre cuando la mosquita muerta se marcha y comernos el Brownie entre los dos. La verdad es que está delicioso y la dulzura que desprende hace que se evapore una parte de la mala leche que nos ha dejado esa rata con patas de jirafa.

Tampoco quería envenenar el resto del día por la gilipollas esa.

Damos un paseo por la playa. La verdad es que el dolor de la pierna se ha calmado un poco, lo que me permite caminar con un poco más de fluidez. No es que sea Flash, pero algo se podía hacer.

Toca volver a la realidad y cuando el parquímetro se va acabando y el sol nos va abandonando, decidimos volver a su casa a buscar mi ropa para volver a la mía. Mañana toca volver al mundo real y que esta burbuja cristalina de felicidad se rompa.

Recogemos mi bolsa con las cosas y nos encaminamos a mi piso. La verdad es que el fin de semana se me había hecho demasiado corto. No quería que acabara nunca.

No tardamos mucho en llegar y nos bajamos del coche. Hugo me ayuda con la maleta y subimos por las escaleras hasta mi pequeño nidito. Espero haberlo dejado recogido, ya ni me acuerdo, no vaya a ser que tenga las bragas por ahí y el sujetador en la lámpara de mesa tirado.

Por suerte cuando abro está todo perfecto. Entramos y una vez hemos dejado las maletas en mi habitación, Hugo me tumba en la cama. Me besa como si le fuera la vida en ello y yo me enredo en su cuerpo, en su piel, en su alma.

Sus manos recorren mi cuerpo, ahora vigilando de no rozarme la herida. Es tan atento... Muerdo su labio inferior y él gruñe de placer, pegándose más a su cuerpo.

Empieza a quitarme la ropa, pero no puedo permitir que acabemos como ayer, no porque no me apetezca, sino porque tengo el chichi bastante irritado y creo que más fregamientos no me vendrían bien.

—Hugo, deberíamos parar. Yo no puedo hacer esto.

—¿No te gusto? ¿No quieres que te haga el amor como anoche? ¿Ya no te apetezco? —Se separa un poco de mí.

—No es eso, me... duele la cabeza —excusa barata de revista Cosmopolitan.

—Ok, ahora la verdad, por favor.

—Está bien. Tenía la parte interior de mi sexo sensible y la sal del mar lo ha puesto en carne viva. Creo que, si hacemos algo hoy voy a sentir el dolor de un parto. No quería que pensaras que no te deseaba, pero me avergonzaba contarte la verdad.

—No te preocupes, lo entiendo —besa mi frente como si fuera una abuela y se aparta—. Te llamaré mañana, ¿vale?

—Vale. Descansa Hugo.

—Tú también, princesa.

Nos despedimos con la mano y le tiro un beso al aire antes de que salga por la puerta y me deje con un vacío enorme que solo él sabe llenar.

Debo tener paciencia. Mañana será otro día y cuanto más tiempo pase sin verlo, con más ganas lo cogeré cuando volvamos a estar juntos, ¿no? Me doy una ducha y cepillo mis dientes antes de meterme en la cama.

Ha sido un día de locos, de altos y bajos, pero lo he disfrutado la mayor parte del tiempo y la verdad es que no me importaría tener así todos los días del resto de mi vida si es al lado de Hugo. Él es un sueño hecho realidad.

¡Maldita Martina! ¿Qué coño le hiciste?

Capítulo 14: Carolina



Salgo de lo más feliz hacia mi trabajo, ahora estaba en ese momento que mi madre llamaba la edad del pavo, estaba en una nube y sabía que permanecería así por mucho tiempo.

No habían pasado ni cinco minutos de que las puertas de la sucursal se abrieran, cuando ahí venía Rosario con su cara de bruja directa a mi mesa. Si ya sabía yo que a esta le gustaba la fiesta...

Ni le di los buenos días, levanté mi cabeza y esperé a que me soltara una de las suyas por esa boca.

—¿Te crees que te vas a quedar con mi hijo? —Me señaló con el dedo, de pie frente a mí, que estaba sentada relajadamente, hasta me eché hacia atrás.

—Ajá... —dije con seguridad y chulería, moviendo un poco mi silla hacia los lados.

—No te lo crees ni tú. Escúchame. Ni en tus mejores sueños pasará eso, él será para Martina.

—Ya lo veremos... —Le hice un guiño.

—Eres una maleducada.

—¡Vaya por Dios! —Junté mis manos —La reina de la educación.

—Nosotros somos una familia de bien.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Acaso la mía no lo es? —Me levanté y me crucé de brazos.

—Ya me enteré de que tu madre es limpiadora en el hospital, ni siquiera celadora, una limpiadora.

—Mira Rosario, coge la puerta o hago que te echen, no tienes ni puta idea de lo que es una familia y créeme, no nos

separará ni tú, ni esa. Por cierto...Espero que su hijo le haya contado que estamos esperando un bebé, así que, si no quieres perder al nieto y al hijo, calladita y andando —mentí como una bellaca, pero es que lo tenía preparado por si esto sucedía y vamos que sucedió, esa era bruja y reincidente.

—Esa cosa no es de mi hijo —dijo la bruja que casi me provoca una risa con lo de esa cosa, ¡era para verle la cara!

—Claro que lo es, vaya que sí. Por favor... —Le señalé de nuevo a la puerta.

—Ahora mismo me voy a la base a buscarlo. ¡Hombre!, eso te lo tienes que quitar —dijo como si un bebé se tratara de una mierda que te puedes deshacer de ella como si nada.

—Venga ve a la base. A partir de ahora, te vas a dar por culo a tu hijo, si vuelves aquí y no es meramente para un trámite, llamaré a la policía.

—No te saldrás con la tuya —me señaló y se marchó.

Me fui a tomar un café frente a la sucursal, no dejaba de reír. A mí la bruja esa no me iba a volver loca, porque ante la volvía yo. ¿Mira que descalificar a mi madre por ser limpiadora? Qué asquito le había cogido a la Rosario.

No, no iba a dejar que me afectara, ahora seguro que iría al hijo mintiendo, pero yo estaba preparada, su palabra contra la mía, además de restarle importancia para que viera que era ella.

Antes de salir del trabajo me puso un mensaje diciendo que me recogía para comer en su casa, estaba claro que quería verme, pero también quería hablar conmigo y estaba deseosa de saber cómo me lo diría.

Estaba guapísimo, abriéndome la puerta de su coche y dándome un beso en los labios, por su sonrisa podía ver que muy enfadado no venía.

Llegamos a su casa y se puso a calentar pasta que había hecho la noche anterior, además de freír unas empanadillas.

—Me dijo mi madre que os visteis —me miró con media sonrisa y como queriendo decir algo que yo ya sabía.

—Sí, tan linda ella, fue a la oficina a saludarme.

—Me dijo que te encontró en la calle —arqueó la ceja.

—No, en la sucursal, fue a verme, puedes ver las cámaras de seguridad, que no estoy loca —dije bromeando, riendo como la que le quitaba importancia.

—¿Le dijiste algo que yo deba saber?

—Nada, solo la saludé, le pregunté cómo estaba y poco más. ¿Por?

—Me dijo algo que me dejó descuadrado, que estabas embarazada.

—¿¿¿Embarazada??? ¿¿¿Estoy más gorda??? ¿¿¿Cree eso en serio??? —pregunté cómo ofendida.

—No —sonrió—. Dijo que tú se lo habías comentado.

—¿¿¿Yo??? —reí —¿Te estás quedando conmigo?

—No, pero creo que mi madre está un poco rara y dice cosas que no son normales.

—Y tanto, pero bueno, no le des importancia, eso es una tontería porque seguro me vio más rellenita o algo.

—Bueno, me alegra saber que son cosas tuyas —sonrió poniendo los platos sobre la mesa.

Bien, la primera en la frente, que viniera de nuevo Rosario, que la iba a hacer aparentar que estaba loca. Por mi vida que esa, no podría conmigo.

Pasé la tarde con él, por supuesto de lo más melosos, teníamos aquello que queríamos y era el uno al otro, además de otro momento de esos fogosos. Ya el escozor se había ido.

Por la noche fuimos a mi casa y preparé unos sándwiches que quería que probara, se quedó encantado. Quedamos en que al día siguiente no nos veríamos, ya que él tenía guardia.

Me acosté pensando en lo horrible que era la madre y con lo que me había dicho de la mía no iba a tener piedad con ella, ni el más mínimo respeto. Había cruzado una línea demasiado fuerte y aquello no se lo iba a perdonar tan fácilmente.

El martes por la mañana no pudo ser mejor que el anterior, eso era imposible, con esa bruja ya me esperaba de todo.

Entró por las puertas y esta vez no venía sola, venía con la ex de Hugo. ¿Se podía ser más malvada? Además, Martina venía de uniforme, agarrada al codo de Rosario ¡Qué asco!

Como no había más mesas (véase la ironía), se vinieron flechadas hacia la mía...

—Vengo a abrirle una cuenta a mi nuera, que se vino al pueblo a vivir —dijo la bruja, sentándose en una silla y la guarra en la otra

—¿Es menor de edad? —pregunté sonriente en plan irónico.

—Es ella —la señaló como si no supiera a quién se refería.

—Pregunto de nuevo ¿Es menor de edad?

—¿No ves qué es suboficial?

—Por mí como si es folclórica, pregunto si es menor de edad —repetí por tropecientas veces.

—¿No ves qué no?

—¿Tiene alguna discapacidad mental?

—¿Cómo osas decir eso?

—Necesito saber por qué una señora como usted viene a abrirle una cuenta a ella.

—Porque es mi nuera.

—Pues permítale decirle que eso no le da derecho a abrirle nada, más siendo una nuera ficticia. Para empezar, la que le voy a abrir la cuenta soy yo y, para terminar, usted no pinta nada por lo que le pido que me deje tratar directamente con ella, más que nada por la política de privacidad.

—Yo quiero que ella sea mi representante —dijo Martina, en plan borde.

—Pues te vas a notaria, le das un poder notarial, pagas allí y luego la mandas sola, porque si vienes tú serás la que tendrás que tratar conmigo y no daré por valido ante tu presencia ese poder, así que iros a tomar un café, os ponéis de acuerdo y luego ya me contáis.

—Nos estás haciendo perder mucho tiempo —dijo la bruja—. Ella tiene guardia como mi hijo, así que no nos hagas dar muchas vueltas que mi nuera tiene que volver al trabajo y junto a él, que la debe de estar echando de menos.

—Pues hala, que se vaya a lamer el culo, que esto lleva mucho tiempo, así que, o lo hago con calma o ahí tenéis la puerta.

—No, le abres la cuenta que es para el dinero que le darán por la boda, ya que se van a casar, así que ábresela.

—Felicidades —miré a Martina—. Tiene que ser de puta madre casarse con un amigo imaginario —sonreí con ironía mientras se lo decía.

—¿Imaginario? Ya lo verás... —contestó la estúpida.

—Tú sí que eres imaginaria, que dices que estás embarazada —soltó la bruja.

—Ya lo verás cuando llegué el momento —le hice un guiño.

—Mi hijo me ha dicho que es mentira —hizo una mueca.

—Tú hijo me dijo que a ti no te contaba nada, que te aguantaba porque eres la madre y que no te diría nada hasta que diera a luz y eso sin contar que a mi hijo no te acercarás, así que ya veremos lo de imaginario —seguí sonriendo con ironía —O abris la cuenta u os vais, estoy grabando todo esto para enseñárselo a tu hijo, debe ser bochornoso cuando lo oiga — me encogí de hombros mientras las dos miraban a todos lados para ver donde estaba grabando.

—Te quedaste sin cliente —dijo levantándose enfadada.

—Y tú sin hijo, ya es mío —le hice un guiño.

Miré a Adara que estaba boquiabierta, se había enterado de todo, así que le hice un resumen rápido y la puse al día de todo, me desahogué por completo y ella no paraba de reírse, decía que la próxima vez que viniera Rosario o Martina, intervendría ella.

Salí de allí y me fui a mi casa a cambiarme, había quedado con Inés en irnos a la playa del pueblo, a la zona de un bar donde solíamos comer muchas veces, así que me di el encuentro con ella.

Comimos mientras la puse al día de todo, estaba alucinando en colores, no se lo podía creer, hasta decía que le iba a hacer una putada a la bruja.

Pasamos la tarde en la playa, recibí algún que otro mensaje de Hugo preguntando como estaba y yo le mandaba alguna que otra foto, me contestaba que disfrutara y que le daba envidia, ni media de preguntarme nada de la madre.

Después de la playa donde nos tomamos un tinto de verano y tomamos todo el sol habido y por haber, nos fuimos a mi casa a hacer una pizza, vimos una peli y luego se fue a su casa, quedamos en vernos otro día.

El miércoles por la mañana mi sorpresa fue mayúscula cuando esta vez no era Rosario la que entraba por el banco, era Hugo, sobre las diez de la mañana, ya había salido de su guardia y fue a su casa a cambiarse.

—Buenos días —me sonrojé y vi a Ariadna mirando, entendiendo que se trataba de él.

—Buenos días. ¿Puedes tomar un café?

—Claro, vamos —sonreí.

Estaba guapísimo con esos jeans cortos ajustados, sonriente, con esa cara de felicidad que siempre me llevaba.

—Tengo que hablar contigo... —dijo mientras nos sentábamos en la terraza del bar, pensé que se trataba de lo de la madre.

—¿Pasó algo?

—Sí, verás, el lunes sale la fragata a una navegación y yo no estaba en ella, pero hubo dos bajas de dos oficiales y me tengo que ir...

Aquello me sentó como un jarro de agua fría, me encogió el corazón y comencé a imaginar en unos segundos miles de cosas trágicas como, por ejemplo, que lo nuestro terminaba ahí.

—Vaya, no me lo esperaba —murmuré casi sin fuerzas.

—Estaré fuera dos semanas, solo te pido que me esperes —eso me alivió algo, aunque lo de catorce días me dejó con una tristeza increíble.

—Claro, es solo que no me lo esperaba...

—Me gustaría que el viernes te vinieras de nuevo a mi casa y pasáramos el fin de semana juntos.

—Pensaba irme de todas formas —reí.

—Gracias —sonrió con un poco de tristeza, notaba en ese momento que algo le pasaba.

—¿Te pasa algo?

—No, es un poco de incertidumbre, no me esperaba salir a navegar, ahora no —noté que con ese ahora, se refería a mí, ahora que estaba pasando algo bonito entre nosotros.

—Bueno, te vendrá bien despejarte un poco.

—No, ahora solo me viene bien estar contigo —me hizo un guiño.

—El fin de semana lo aprovecharemos bastante.

—Claro —sonreía con una ligera tristeza en su rostro.

—Y Rosario, ¿qué tal? —pregunté haciéndome la sueca y sin soltar detalle.

—Mi madre está para que la encierren, te juro que no para, ayer la tuve con ella, me parece que le está dando por inventarse cosas, ya no solo lo del embarazo, dice que ayer te encontró por la calle y le hiciste un feo.

—¿Por la calle?

—Eso dijo —soltó una leve risa resignado por la que estaba liando y eso que no sabía de la misa la mitad.

—Nada, no te preocupes más que por tu navegación, ya sabes cómo son las madres.

—Ya, pero no le voy a permitir que vaya por ahí.

—Bueno, ahora sí que me tengo que ir —puse la taza sobre la mesa.

—Esta tarde tengo que ir a un trámite y mañana tengo guardia de nuevo y preparación de navegación ¿Te recojo aquí el viernes cuando salgas?

—Claro, yo vengo con mi bolsa preparada —le di un beso en los labios.

Me despedí de él contenta y triste a la vez, no me esperaba eso de tener que irse dos semanas, pero era militar y era una de las cosas que tenía que empezar a asimilar de su vida, es a lo que me debía de preparar si la historia seguía hacia adelante.

Esa tarde aproveché para limpiar, el jueves después del trabajo me fui a casa de mi madre, comí con ella, pasé la tarde allí y me despedí hasta el lunes, ya la tenía al tanto de todo y aunque no le gustaba que estuviera tantos días sin verla, entendía que yo tenía mi vida.

Preparé la bolsa con las cosas pensando que, poco a poco, debería de dejar cosas en casa de Hugo, pero claro, me parecía un atrevimiento por mi parte y eso tenía de salir de él, era quien me tenía que decir si hacerlo o no.

Me extrañaba que tanto ayer como hoy la bruja no hubiera aparecido por la sucursal, no sé si por la conversación que tuvo con el hijo o porque estaba preparando una de las suyas, lo que estaba claro es que, por lo poco que la conocía no iba a

parar tan fácil, pero yo tampoco iba a caer rendida, no nací para ser pisoteada y mucho menos para permitirle a nadie que se metiera en mi vida como si de la suya se tratara.

Capítulo 15: Hugo



Salí de trabajar temprano por la guardia, así que me fui a mi casa, me cambié y me dirigí al mercado a comprar algo para prepararlo para el mediodía.

Pasé a ver a mi madre y despedirme de ella hasta la vuelta de la navegación, estaba insoportable, me estaba volviendo loco contándome cosas de Carolina, que estaba claro que eran puras mentiras, no me podía entrar en la cabeza que fuera tan descerebrada y, mucho menos, que la tratara como ella decía, así que le pedí por favor que la ignorara, que no me hablara de ella ni para bien ni para mal. Yo quería estar junto a esa mujer y le pedí que no me pusiera las cosas difíciles, menos aún, que me hablara de Martina, no estaba dispuesto a aguantar aquello.

Mi madre no quitaba su cara de enfado, de desacuerdo, pero es lo que había y no iba a ceder en sus cosas.

Me despedí y me fui hacia el mercado, había pensado hacer unos chuletones de retinto con unas patatas panaderas.

Dejé todo en casa planteado y me fui a recoger a Carolina, me ilusionaba saber que sería mía hasta el domingo por la noche.

Su sonrisa era la razón de la mía y es que cuando la vi aparecer, se me cayó el mundo a los pies, esa mujer había aparecido en mi vida como un imán que te atrae y del que no te puedes despegar.

Se montó en el coche y nos dirigimos hacia mi casa, iba feliz, estaba muy graciosa contándome el lío que se traía el director de la oficina con Adara, una de sus empleadas.

Llegamos a casa y mientras ella se cambiaba, puse la carne a hacer con las patatas, aquello olía que alimentaba, además bien hecha por fuera y por dentro a medio hacer, me había

salido buenísima y buena prueba de ello, eran los gemidos de placer de Carolina con cada bocado que daba. No dejaba de halagarme con el tema diciendo, que era buen cocinero. Aquello en el fondo me hacía sentir orgulloso.

Este viernes no salimos para nada, estuvimos en casa relajadamente en el salón haciendo un maratón de una serie, palomitas y chuches incluidas y algún que otro escarceo sexual de esos que me elevaban a la máxima potencia, el contacto con su piel me hacía rendirme profundamente a sus pies.

Esa noche me costó mucho coger el sueño, eso de irme a navegar me había sentado como si me hubieran tirado un cubo de hielo por encima, amaba mi trabajo y nunca me costó ir de misión o a las navegaciones que surgían, pero ahora me dolía, me dolía en el alma separarme de Carolina.

El sábado por la mañana fui a la cocina para prepararle un desayuno en el jardín, como ella se merecía, me encantaba cuidarla y mimarla, que supiera que lo que sentía por ella no era algo pasajero. La verdad es que por ella me lanzaría al vacío sin pensarlo, era la primera vez que quería compartir mi vida con alguien sin dudarlo ni un momento.

Preparé unas crepes para untarle *Nutella* o mantequilla, me gustaba hacerlas desde que me enseñó a prepararlas hacía años mi amigo Lorenzo, ese que estaba ahora perdido en su historia con Inés. Quién nos lo iba a decir, dos amigos para dos amigas.

Cuando Carolina se despertó me encantó ese aire dormilón con el que venía, frotándose los ojos y bostezando mientras se preparaba para estirar sus brazos provocándome una sonrisa y que fuera a abrazarla con todas mis fuerzas.

—¿Hambrienta?

—Y con sueño —me besó sonriente.

—¿No dormiste bien?

—Sí, pero soy dormilona por naturaleza, todo el tiempo que duerma me parece poco.

—Bueno, siempre podemos echar una siesta...

—Tranquilo, una vez me meta el café en vena, volveré a ser persona —dijo mientras se sentaba.

—¿Y ahora qué eres?

—Ahora la hija de Satanás —dijo provocándome una carcajada—. Por cierto, crepes, me has ganado del todo —cogió uno y no dudó en echarle la crema de *Nutella*.

Estaba preciosa, era una muñeca de esas que daban ganas de abrazar y no soltarla ¿Cómo se podía ser tan bonita?

El día había amanecido espectacular, estábamos felizmente en el jardín cuando sonó el timbre exterior y me temí lo peor, mis peores presagios se cumplieron, ahí estaba mi madre.

Entró con esa cara que no me gustaba, odiaba no verla sonreír, no empatizar con lo más mínimo, pero ella era así.

Le preparé un café, me molestó que saludara muy secamente a Carolina, pero bueno, ella ya sabía cómo era el carácter de mi madre.

—Hijo, me ha dicho Martina que también va a navegar, así que el lunes antes de salir se pasará por mi casa para darle una tortilla de patatas de las que tanto os gusta a ustedes, para que comencéis la navegación con el estómago lleno y os hagáis unos buenos bocadillos —la cara de Carolina sufrió un cambio brutal, pero es que ni yo sabía que Martina iba a navegar. Todo me pasaba a mí y mi madre, acababa de liar la de Dios.

—Mamá, te voy a decir una cosa, aunque no sea el mejor momento, ya que tú tampoco has tenido ni el más mínimo tacto, ni se te ocurra darle la tortilla a Martina, ni se te ocurra hacer lo más mínimo. Empieza a asimilar que ella es pasado y Carolina presente, además, también será futuro. No sabía que Martina también iba, pero créeme que no sé quién me da más vergüenza ajena ahora mismo, si ella o tú, que no tienes el más mínimo tacto y parece que lo estás haciendo con maldad.

—¡Hijo! ¿Cómo puedes decir eso? Sabes que quiero mucho a Martina.

—Sí, y veo que te importó una mierda todo lo que me hizo.

—Se arrepintió...

—No, no se arrepintió y te voy a decir una cosa mamá... Si vuelves a nombrar a Martina, te prometo que voy a tener que hacer algo que no quiero, pero ve eligiendo entre tu hijo o ella. No vuelvas a decir nada que le pueda hacer daño a Carolina, ni delante, ni a espaldas mías.

—Por mí no te preocupes, te puedo enseñar un video de lo que me hizo ella y tu ex, días atrás en el banco, algo que no te dije, pero para que tu madre —la señaló—vea que la única que mete mierda es ella. Demasiado estoy aguantando y no —se levantó tiró la servilleta sobre la mesa—, no voy a aguantar más.

—Eres mala, muy mala —dijo mi madre y la miré enfurecido.

—¡Mamá! Cállate, más vale que te calles —le advertí entrando a buscar a Carolina, que estaba llorando en la habitación.

Intenté consolarla, pero ella pensaba que yo sabía lo de Martina, estaba rota de dolor. Me contó que mi madre y mi ex, fueron a provocarla al banco, pero nada, por más que le decía, no había manera de que me escuchara. Cogió sus cosas y se fue, pasando por delante de mi madre y diciéndole que le deseaba mucha suerte, que con su forma de ser y egoísmo, la vida no le traería nada bueno.

Le pedí a mi madre que se marchara, no quería tenerla ahí, sentí asco por lo que había hecho y lo peor de todo es que lo hizo con muy mala intención, sin pensar en mí, ni en mis sentimientos, sin pensar en el daño que le estaba haciendo a Carolina, la mujer que quería en mi vida.

La llamé ese día mil veces, le mandé mil mensajes que no leyó, los ignoró por completo, lo mismo que el domingo, cuando fui a su casa, pero nadie contestaba, me pasé el día abajo, puse hasta música a todo volumen, le traje a los mariachis en un intento de que se asomara, pero nada, no hubo

forma. Cayó la noche y con ella saber que partiría al día siguiente a una navegación que me separaría aún más de ella.

Capítulo 16: Carolina



Fingí un cólico nefrítico por el cual me gané un pinchazo en el culo de los que dolía para sus castas y dos horas de gotero, luego me mandaron con un justificante para mi casa, es lo que quería, no trabajar ese día, así que, una vez conseguido había merecido la pena.

Me encerré de nuevo en casa como llevaba desde el sábado, llorando como una niña pequeña, obviando las llamadas y los mensajes de Hugo, aguantando que pasara todo el domingo debajo de mi ventana con la música a todo volumen y unos mariachis que vinieron a cantar una canción de Luis Miguel, pero no, no me asome, me sentía humillada.

¿Cómo podía ser tan descarado diciendo, que no sabía que iba Martina? ¡Venga hombre...! Qué se lo dijera a la bruja de su madre, pero a mí no...

Esa mujer había agotado toda mi paciencia. Salí de casa de Hugo, por no romperle el plato de las crepes en la cabeza y la tortilla que les quería hacer, se la habría metido por el culo a la muy bruja.

Mi madre apareció después del trabajo, la había puesto la noche anterior al tanto de todo, así que, más le valía a Rosario no encontrársela pues de lo contrario, iba a querer que la tierra se la tragara.

—Hija, ¿cómo estás del cólico? —A ella le tuve que mentir porque si se entera que me dejé medicar así por no ir a trabajar, me mataba.

—Mucho mejor, mañana estaré nueva.

—No te quiero ver así por un “marinerito de mierda”.
¿Entendido?

—No es ningún “marinerito de mierda” mamá, pero ya no quiero saber nada de él.

—Qué se quede con su madre.

—Y con la ex si quiere, conmigo no va a tener nada más.

—Sinvergüenza niño, además, es capaz de no haberle tocado esa navegación y haberla pedido voluntariamente para irse con ella —ya lo que me faltaba por escuchar...

—Pues que le vaya bonito y como dice la canción, mis mejores deseos, pero deja de insultarlo, mamá.

—Seguro que estaba liado con las dos a la vez.

—No lo creo, me defendió en la playa delante de ella, estuvo conmigo en sus momentos libres, pero vamos, que no descarto que lo sabía todo y que no sé qué cojones pasa ahí. Entre la madre, la ex y ahora esto, le pueden dar por saco a todos, yo solo quiero retomar mi vida normal como la tenía antes, el trabajo, el pueblo y poco más.

—Pues eso tienes que hacer, porque te juro que voy y agarro al niño ese por los pelos y lo revoleo por toda la base y a la madre por el pueblo. Esa vende hasta la casa, te lo digo yo...

—Mamá, no quiero problemas. ¿Entendido?

—Bueno, pues come esto que te traje, que no quiero verte sufrir por ningún gilipollas.

—Tranquila, no lo haré —resoplé agobiada.

Comimos juntas y luego se marchó, me pasé la tarde en el sofá, no habría los mensajes desde el sábado, ni los pensaba abrir.

Por la noche me entró un mensaje de él, pero como todos los anteriores lo obvié, es que no quería escuchar nada, es más, todo me iba a sonar a excusa barata, así que fuera noticias, que siguiera navegando con Martina, viento en popa y a toda vela, que yo no quería saber nada.

El martes por la mañana no podía continuar con las excusas y fui a trabajar, llevaba una cara que despedía gente, hasta Adara me preguntó que me pasaba, por lo que salí a tomar un café con ella y le conté.

Ese día fui a comer a casa de mi madre y por la noche a cenar con Inés, que defendía desmesuradamente a Hugo. Me criticaba que después de cómo era conmigo, no le hubiese dado la oportunidad de hablar antes de irse, pero bueno, la que estaba viviendo la historia era yo, así que yo era la que podía decidir cómo actuar en cada momento. Lo que estaba claro es que ya me había cansado de tanta ex y tanta bruja, no me merecía enterarme de aquella manera que ella fuera en el mismo barco.

Esa noche entré a los mensajes, los marqué todos a la vez y los eliminé, estaba claro que no quería leerlos y mantenerlos ahí, me ponía nerviosa así que fuera todo lo que tuviera que ver con él, bastante daño me había hecho yo sola con aguantar lo que no debí desde el primer momento, a su pu... madre.

El miércoles y jueves no recibí ningún mensaje de él. Sabía que estaba navegando y en algunos momentos no tendría cobertura, pero es que me estaba volviendo loca, no tener una notificación me jodía y tenerla, también. El caso es que me estaba quedando tonta con tanta bipolaridad por mi parte.

El viernes fue ya el colmo de los colmos, cuando vi entrar a Rosario por la puerta, ya llevaba cinco días de llanto y lo que menos necesitaba era aguantar a esa mujer ahí.

Con una sonrisa de lo más falsa, pues no se le quitaba esa cara de agría, se sentó en la mesa de Adara, ni hizo el amago de sentarse en la mía, ¡gracias a Dios! Venía para un trámite de la cuenta y comenzó a decirle a mi compañera que su hijo estaba feliz de la vida con su novia en una navegación, a lo que Adara contestó, si no tenía más nada en lo que le pudiera ayudar... O sea, que cogiera la puerta y se fuera, le cortó rápido lo del hijo y tuve que aguantar la risa.

Al irse pasó por mi mesa e hizo un gesto de alteza con su cabeza, me eché a reír mirando a Adara, aquella mujer era

patética, en fin... Se pensaba que su hijo estaba de luna de miel. ¡Anda y que les dieran a todos por donde más le doliesen!

El fin de semana me llegaron un montón de mensajes de Hugo, seguía sin abrirlos, me negaba, dijera lo que dijera, no me lo iba a creer. En el fondo reconozco que saber que me llegaban esos mensajes, me sacaban una sonrisa.

No salí en todo el fin de semana, el viernes compré de todo para atrincherarme en mi casa, ni playa, ni nada de nada, un maratón de series bajo mi aire acondicionado y desconectada del mundo. Eso es lo único que hice.

Lloraba, reía, me emocionaba, tenía los sentimientos a flor de piel, pero también tenía claro que él, por mucho que me dijera, estaba con esa niñata, en el mismo barco y durante dos semanas, además que yo tenía muy claro eso que se decía en el pueblo que “donde hubo fuego, quedaban brasas”. Así que, si les pillaban un calentón, anda que no iban a desfogar, en fin... Que disfrutaran, aunque yo me estaba muriendo por dentro.

Capítulo 17: Hugo



Una semana llevaba en el barco y aún me quedaba otra...

Me moría de la pena, sentía impotencia, rabia, dolor, un sinfín de sensaciones que me ahogaban y no me dejaban ni respirar.

No había forma de que me cogiera el teléfono, ni que leyera mis mensajes. No me daba ni el más mínimo lugar a poder hablar con ella, a explicarle mis sentimientos, mi dolor y a hacerle entender que ahora mismo dejaría toda mi vida por irme a vivir con ella, a casarme o a lo que me pidiera. Mis sentimientos eran verdaderos y aunque hacía relativamente poco que la conocía, no me hacía falta nada más para saber que era todo aquello que siempre había buscado.

A Martina le monté un pollo el primer día en el barco cuando intentó acercarse, desde entonces le quedó muy claro que lo mejor que podía hacer era evitarme, por su bien. No le iba a dejar de pasar ni una.

Con mi madre hice lo mismo, cuando me llamó por teléfono le dije que lo más mínimo que intentara, me iba a perder. Por muy duro que pareciera, no iba a permitir que manejara mi vida a su antojo y menos con esa mala fe que tenía claro que tuvo con Carolina.

Una puta semana me quedaba para tocar tierra y comenzar mi mes de vacaciones en el que me centraría en intentar recuperarla, de todas formas, ella también cogía vacaciones ese mismo lunes, así que la iba a convencer de irnos los dos solos a alguna parte del mundo.

No quería ni pensar en la idea de no volverla a tener entre mis brazos, cada mañana me asomaba a mirar el mar mientras tomaba un café apoyado en la barandilla de estribor y más de

una vez se me cayeron los lagrimones, sentía un dolor desgarrador.

Aquellos días fueron infernales, esa última semana me estaba costando la vida respirar, mantenerme concentrado y ser capaz de cundir. La verdad es que estaba hecho una mierda y solo tenía ganas de bajarme del puto barco.

Cada vez que me cruzaba con Martina, me ponía peor. Me enrabiaba y me daban ganas de partir algo contra el suelo, tenía los nervios a flor de piel, aquello me estaba ahogando, jamás tuve tantas ganas de pisar tierra como en esos momentos.

El domingo fue el peor día, cada vez que miraba el reloj no habían pasado ni cinco minutos, me estaba desesperando, estábamos acercándonos a la base, pero parecía que nunca íbamos a llegar, hasta que a las siete de esa mañana llegamos, ni que decir tiene que fui uno de los primeros en bajar del barco.

Llegué a mi casa, puse toda la ropa a lavar, me duché, desayuné, luego tendí la ropa y me fui a la calle a eso de las once de la mañana, directo a casa de Carolina, esta vez me iba a abrir sí o sí, lo tenía todo preparado.

Aparqué por los alrededores y esperé a que un vecino abriera, así que entré y subí directo hasta la puerta de su casa, llamé al timbre y me eché hacia un lado para que no me viera por la mirilla si se asomaba, pero no, abrió sin pensarlo. Por la cara que puso, al último que esperaba ver allí era a mí.

Entré sin dejar lugar a que lo pensara y cerré la puerta.

—Me invitas a un café y vamos a hablar relajadamente — dije juntando mis manos e implorándole que así fuera.

Se giró a la cocina y la seguí, se puso a servir los dos cafés. Estaba preciosa con ese mono suelto y corto en blanco, con esos finos tirantes que dejaban entrever esos hombros tostados por el sol, solo me daban ganas abrazarla con todas mis fuerzas.

—Dime —puso mi taza delante de mí, su gesto era serio, de enfado, me daba mucha pena verla así.

—Te he echado mucho de menos...

—¿Y? —Se cruzó de brazos y se apoyó sobre la encimera.

—Se que no te mereces como se comportó mi madre contigo, sé que no te crees que yo no sabía que Martina iba en el barco, con la que solo crucé palabras el primer día para advertirle de que como se acercara a mí, iba a por ella y se iba a arrepentir. Yo no tenía la lista con los compañeros que subían al barco y lo último que se me pasó por la cabeza fue que ella también navegara.

—¿Y?

—Quiero que te vengas conmigo de viaje, quiero que me conozcas, que veas como soy, que sientas que estoy por encima del mal, que solo quiero estar contigo y que no me imagino una vida sin ti —dije acercándome y cogiéndole la mano, pero la retiró rápidamente—. Carolina, por favor, vente conmigo y a la vuelta decides, pero déjame demostrarte mi verdad.

—Yo contigo no voy ni a la esquina, que lo sepas —respondió con rotundidad.

—Te lo suplico —solo me faltó llorar, pero mi voz lo decía todo.

—No voy a ir a ninguna parte y ahora te pido, por favor... —Me señaló hacia la puerta.

—No, no me voy a ir y menos sabiendo que, aunque pueda tirar el edificio abajo, no me volverás a abrir la puerta. No me quiero ir, quiero que me dejes quererte, que me dejes demostrarte lo que significas para mí y que entiendas que lo primero que quería hacer nada más bajarme del barco, era estar contigo.

—No tengo todo el día para escucharte.

—No lo llevas teniendo desde hace dos semanas, pero no me voy a ir, quiero que hagas la maleta y te vengas conmigo a

cualquier lugar del mundo, hoy comienzan las vacaciones de los dos. Déjame quererte, Carolina.

—De verdad, no estoy en un buen momento para ir a ningún sitio.

—Déjate llevar, por favor... —Le volví a agarrar las manos y no las separó esta vez, aunque mantenía las distancias.

—¿Qué quieres hacer? —aquella pregunta me abrió un poco la esperanza.

—Irnos donde sea, coger un avión y perdernos por el mundo.

—Yo no pienso pagar nada, tengo la paga de verano guardada para otra cosa y mis pocos ahorros, son para una urgencia —dijo como si fuera una niña.

—No quiero que pagues nada, yo lo pagaré todo, solo quiero que nos vayamos cuanto antes. ¿Nos vamos?

—No lo sé... —Me gustaba que comenzara a dudar.

—¿Qué lugar te gustaría conocer?

—No sé, en mi vida he salido de España —dijo mirando esta vez al suelo.

—¿Europa? ¿América? ¿Asia? ¿África? ¿Australia?

—¿Tú crees que me voy a subir en un avión más de tres horas?

—¿Y por qué no?

—Porque no me he montado en mi vida —se rio levemente.

—¿Me dejas sorprenderte?

—Haz lo que quieras...

Y eso hice, coger mi móvil, entrar en una aplicación de vuelos y, ¡bingo! A las ocho de la tarde salía uno para Florencia y de allí, a recorrer La Toscana.

—Vida, ¿puedes decirme el número de tu DNI?

Me lo dijo con desgana, pero me lo dijo, su fecha de nacimiento la sabía, su nombre completo y listo.

—Haz las maletas y mete un poco de todo... —hice un carraspeo mirándola fijamente.

—¿Hoy?

—Ajá, ahora nos vamos a mi casa a hacer la mía, comemos allí y luego salimos hacia el aeropuerto.

—Pero... ¿Hoy? —volvió a preguntar sin casi moverse, desganada, pero sin negarse.

—Sí, hoy —sonreí levemente mirándola, con ganas de besarla y quitarle ese mal humor y mal rollo que tenía encima.

—¿Meto bañadores? —preguntó sin mirarme.

—Claro —sonreí viendo cómo se iba a su cuarto y me quedé apoyado con los brazos cruzados sobre la encimera.

Luego me senté e hice algo con el móvil que necesitaba, ya que solo teníamos los vuelos, ahora faltaba el alojamiento, así que quería algo con lo que movernos por toda La Toscana, sin necesidad de ir cambiando de hoteles. Lo tuve claro, una autocaravana era lo que necesitábamos y eso alquilé.

Ni diez, ni veinte, ni treinta minutos, salió a los cuarenta. Al verla no sabía si reír, llorar, echarle una foto o aplaudirla.

Lo explico. Poneros en situación... Esa chiquilla con una pamea blanca que era preciosa, las cosas como son, además tan guapa con su melena morena dejada caer por su pecho, hasta ahí bien. Ahora los zapatos. Eran muy bonitos, en blanco de caña de esparto, abrochados a los tobillos y que le hacían unas piernas espectaculares, pero claro, ahora llegaba un vestido tipo camiseta, en gris, de manga corta y hasta la rodilla, con una frase en el pecho dentro de una exclamación que decía... ¡Hasta el mismo y más allá!

Tuve que echarme a reír.

—¿No pudiste comprarte el vestido con otro mensaje? — Me puse la mano en la boca evitando reír, pero era imposible.

—No, este quería ¿No me queda mono? —Jalaba de su maleta y fui a cogerla.

—Te queda genial, pero la frase para el viaje, como que me choca.

—Qué quieres que ponga, ¿qué voy “to” feliz?

—Deberías —arqueé la ceja mientras salíamos de su casa.

Fuimos a la mía. No me hablaba, por el camino puso la música en el coche y se dedicó a mirar por la ventanilla.

Al entrar en mi casa se sentó en la cocina con el móvil y le puse un refresco mientras preparaba un poco de pasta que era lo más rápido y siempre salvaba la situación.

Ella estaba callada y yo la observaba, era orgullosa, pero a mí me volvía loco, estaba deseando verla sonreír y abrazándome. Ella no tenía ni idea de cuanto la había echado de menos.

Durante la comida estaba callada, le hablaba, pero me ignoraba completamente. En el fondo me hacía gracia y, sobre todo, me emocionaba que enfadada o no, estuviese ahí conmigo y comenzáramos juntos un viaje.

Tras la comida se fue al sofá y yo me puse a preparar mi maleta, estaba de lo más emocionado por irme ella, había llamado a mi madre para avisarla de que estaría unos días ausente, no le dije nada más, no pensaba darle explicaciones...

Capítulo 18: Carolina



Ahí estaba, sentada en el avión, descubriendo un rato antes que me iba a Italia. Hugo había esperado hasta facturar para que conociera el destino, yo estaba de lo más emocionada, eso sí, aún no le mostraba ni un ápice de mi felicidad, estaba muy enfadada todavía y me tenía que dar muchas explicaciones, pero el detalle de venir por mí y llevarme con él de vacaciones, como que le hizo ganar muchos puntos.

El comandante dijo que nos prepararíamos para el despegue y yo me agarré a los reposabrazos con todas las fuerzas, eso de salir disparada me asustaba mucho, jamás había volado y ese momento estaba de lo más nerviosa.

Hugo me miró sonriente y puso su mano sobre la mía para tranquilizarme, aquel gesto me causó un cosquilleo, pero yo estaba más tensa que todas las cosas, no quería ni que me hablaran, ese aparato estaba cogiendo velocidad y ...

—¡Me muero! —grité no muy fuerte, pero lo suficiente para que Hugo se riera mientras acariciaba mi mano.

—Nadie se va a morir. ¿Sabes que es el transporte más seguro del mundo?

—Yo quiero que se ponga plano —murmuré acongojada con la tensión que se me estaba poniendo por los suelos.

Hugo intentaba calmarme, pero hasta que ese aparato no se puso recto, no respiré con facilidad. Qué momento más malito había pasado, no entendía cómo la gente podía decir que era bonito volar, yo prefería conducir tres días en coche, que a aguantar ese despegue.

Me estaba acordando cuando estaba en la cocina de Hugo y le puse un mensaje a mi madre diciendo que me iba por ahí unos días con él, la de audios que me puso advirtiéndome de

todo, tuve que ponerme los cascos para escucharlos y aguantar la risa.

No quería ni hablar durante el vuelo, solo recordaba mientras la mano de Hugo acariciaba la mía, pero yo seguía muy tensa, aquel habitáculo me tenía atacada y eso que el vuelo no había hecho más que comenzar...

Miraba a las azafatas que se iban acercando con los carritos repartiendo zumos, refrescos o vinos, además de varias cosas que podías adquirir. Estaba alucinando, a mi edad y jamás me vi en un avión, si es que más triste mi vida y no se cuenta...

—¿Qué piensas? —preguntó, mirándome fijamente.

—Pues en qué hago aquí, contigo y de camino a Italia.

—¿Crees que podrías estar en mejor lugar o mejor compañía?

—Bueno, mejor que volar con tu madre es, pero bueno, obviemos eso que no me puedo creer que la hayas dejado en el pueblo.

—Nunca tuve intención de traerla —hizo un carraspeo.

—Ya lo que me faltaba, vamos, para terminar, haciendo boxeo —resoplé negando.

—¿Y por qué no te olvidas de ella y comienzas a disfrutar del viaje?

—¿De ella nada más? —pregunté con ironía.

—De ella, de la otra y de todo, estás conmigo y yo solo deseaba estar contigo...

—Para, no me comas la cabeza, que aún estoy muy disgustada.

—Pero injustamente...

—No me hagas hablar Hugo, que se entera todo el avión como yo empiece a escupir.

—No hace falta que lo tenga que escuchar nadie, pero nosotros podríamos hablar.

—Ya tendremos tiempo de hacerlo en el hotel, comiendo o donde sea, ahora no me apetece.

—¿Y quién te dijo que íbamos a un hotel?

—Bueno, o a un hostel o una tienda de campaña —resoplé.

—Me alegra saber que te adaptas a todo.

—¿Aún no lo sabías? —Volteé los ojos.

—Bueno, sí, después de que aceptaras dormir bajo las estrellas conmigo... —me recordó sacándome la primera sonrisa y aflojando la tensión que tenía por ese primer vuelo.

No le contesté, pero me sacudió con eso, me recordó esos momentos tan bonitos que me había hecho vivir y con los que me fue ganando a pasos agigantados.

Después de casi tres horas de vuelo aterrizamos en Florencia, era de noche, aunque estaba perfecta. Hugo me dejó a un lado con las maletas mientras iba por las llaves del coche que había alquilado y cuál fue mi sorpresa que al ir junto a él a recogerlas era... ¡Una auto caravana!

Comencé a reírme incrédula, lo último que me hubiese esperado en el mundo, era pasar unas vacaciones metida en una, pero me hacía una ilusión enorme.

Era bonita, nueva, tenía todas las comodidades, no le faltaba detalle y la veía una opción de lo más aventurera.

—¿Sorprendida? —dijo mientras metía las maletas y yo iba observando todo por dentro.

—Totalmente, la verdad es que sí —sonreía sin poder dejar de mirar la cocina, salón, baño y dormitorio ¡Tenía de todo!

Salimos de allí con dirección a, ni idea, pero él se veía que lo tenía todo controlado y yo solo podía alucinar con aquella sorpresa, no tardó en parar en un autoservicio donde había algo de comida y bebidas para echar mientras al día siguiente íbamos a un supermercado, así podíamos apañar algo para cenar y desayunar.

Fue directo para un club donde había más autocaravanas, nos dieron una parcela para nosotros a las afueras de Florencia, donde ya era de noche, preparamos unos sándwiches para cenar, colocamos todo lo de las maletas y nos tiramos en el sofá que había a charlar mientras cenábamos.

Hugo era todo un señor, lo que pasa es que estaba rodeado de muy mala gente, pero yo lo amaba, a mí me había ganado por completo, pero no podía quitarme la rabia de saber que navegó con ella y me lo ocultó, además de todo lo que la madre me estaba haciendo y él, por mucho que le dijera, no la frenaba.

A veces pensaba que era injusta, otras que no me merecía lo que había aguantado y otras que no debería estar con él, pero el lado que me ganaba era el de pensar que me estaba demostrando que le importaba y que debía plantarle cara al mundo, cogerlo de la mano y luchar por eso tan bonito que sentíamos el uno por el otro.

Lo que más me dolía pensar, es que estuviese intentando olvidar a Martina conmigo, pero bueno, eso no lo sabría, solo esperaba que no.

Abrimos la bolsa donde venían al vacío todas las sábanas de la tintorería además de toallas. Hicimos la cama y nos metimos en ella después de cada uno haberse duchado por separado, me lanzó una indirecta con la mirada, pero no se la acepté, aunque estaba deseosa de que me apapuchara en sus brazos.

Y eso hizo, sin previo aviso se acercó y me rodeó con su brazo, mirándome fijamente ante la luz de la vela que había encendido, encima era romántico el jodido, si es que me hacía caer rendida de nuevo a sus pies...

Nos fundimos en un abrazo y un precioso beso, de esos dulces, con cariño, de los que te llegan al alma, de esos que me hacían sentir que estaba con la persona que mi corazón necesitaba.

Así fue como nos quedamos dormidos, abrazados el uno al otro....

Capítulo 19: Hugo



¿Y si pudiéramos parar el tiempo en un momento en concreto y con la duración que quisiéramos? Yo pararía este, sin duda, el tenerla frente a mí, durmiendo, pudiendo estar en contacto con su piel. Daría lo que fuera por retenerla eternamente a mi lado.

La abracé para despertarla y la besé mientras se estiraba de mil maneras para deshacerse de mí, pero me encantaba, lo hacía para buscarme y a mí eso me volvía loco.

—Voy a preparar el desayuno, te espero ahí —la besé en los labios y me levanté mientras la miraba sonriente.

—Tengo mucha hambre —murmuró casi gimiendo, mientras seguía estirándose.

Fui a la nevera y saqué un poco de mantequilla que había comprado más unas lonchas de jamón de pavo, pan tostado integral y café que hice en la cafetera que había en la cocina, ya sabía que tenían de capsulas por eso las traje en la maleta desde España.

Nos sentamos en el salón comedor que había en la cocina y ella estaba de lo más risueña, se había levantado que parecía otra, no la chica que estaba llena de dolor y reproches, pues eso era lo que le pasaba, la rabia e impotencia de no saber qué estaba pasando, de no llegar a confiar en mí y eso es lo que me partía el alma.

—¿Y con la autocaravana no nos podemos mover por la ciudad?

—No, ahora la dejamos aquí, en la recepción nos llaman un taxi y nos vamos a ver la ciudad, los demás días serán diferentes.

—¿Cómo de diferentes? —decía mientras se chupaba el dedo con el que había movido el café, ni cuchara ni hostias, así era ella y por eso me volvía loco.

—Pues diferente, hoy te enseñaré Florencia y a partir de mañana, nos moveremos por La Toscana en un tipo de viaje que creo que te gustará— le hice un guiño.

—Eres “don misterio”, te gusta prepararlo todo y no hacerme participe, yo también quiero saber —protestó, mientras sostenía la taza de café.

—Es una sorpresa... —sonreí observando cómo no se quedaba conforme con la respuesta.

—Todo contigo es una sorpresa —soltó una sonrisa de lo más irónica, pero a mí me encantaba.

—Así nunca dejaré de sorprenderte —arqueé la ceja.

Tras el desayuno nos cambiamos y fuimos a pedir un taxi, que no tardó ni cinco minutos en llegar y nos llevó hasta el centro de Florencia, justo al lado del Ponte Vecchio, ese que dejó boquiabierto a Carolina, mientras yo la miraba sonriendo de felicidad por verla así.

—Muero de amor por tirarme una foto ahí y tú desde aquí debajo la haces, ¿vale? —decía alejándose para ir hacia el puente y salir por la mitad para que le tirara la foto.

Se puso poniendo los dedos en “v” y la lengua a la vez, le tiré unas cuantas que quedaron de lo más graciosa, luego fui hasta ella y tiré varios selfis de los dos, beso incluido que aproveché para dejar plasmado.

Se la veía feliz recorriendo ese puente hasta que la llevé directa a la plaza más emblemática de la ciudad, la de La Señoría.

—Esto es un museo al aire libre —miraba hacia todos lados y lo dejaba todo plasmado en su móvil con decenas de fotografías.

Le hizo mucha gracia el David de Miguel Ángel, se tiró varias fotografías con él de fondo.

La plaza estaba llena de vida, como siempre, no era la primera, ni segunda vez que venía, me encantaba Italia y había recorrido varias veces sus rincones.

Todo era como un escenario y ella estaba fascinada mirando a todos partes, mientras tomábamos una cerveza en una de sus muchas terrazas.

—No he visto tanta gente junta desde que fui a un concierto de Malú —dijo sin dejar de mirar hacia todos lados.

—Ni yo tanta belleza aquí como hoy —le tiré la indirecta mientras la miraba con media sonrisa.

—No te pongas zalamero que te conozco... —Me hizo una mueca causándome una leve carcajada.

—Estoy zalamero desde que te conocí, pero tú no me haces caso, no te das cuenta que solo tengo ojos para ti.

—Para mí, para la otra...

—No —me puse serio y haciendo la negativa con el dedo—. No vayas por ahí, no seas injusta, no puedes echarme la culpa de todo lo que pasa, ni yo sabía que pidió traslado de destino en la base, ni mucho menos que iba a navegar —me daba rabia que no comprendiera que solo quería estar con ella.

—Lo que tú digas...

—No, Carolina, lo que yo diga no. Es la realidad ¿Qué más tengo que hacer para demostrarte que solo me importas tú?

—Poner en *Wallapop* a tu madre y a la Martina, de paso... —dijo provocándome una carcajada.

—A Martina no hace falta, no pertenece a mi vida y no voy a perder ni un segundo con ella y, ¿a mi madre? Mujer, es mi madre... —reí mordiéndome el labio y moviendo mi cabeza.

—Te voy a decir una cosa Hugo... Tu madre tiene muy mala leche y tú no te das cuenta, que esa bruja va a por mí —soltó sin reparos, natural como ella era.

—Déjame a mí, la estoy poniendo en su sitio, pero mujer que es mi madre... —reí.

—Vaya lotería te tocó —decía sin dejar de mirar para todos lados y haciéndose la indiferente.

—¿Nos olvidamos de ella y disfrutamos de las vacaciones?

—No es fácil, la bruja deja un trauma de dos pares.

—Bueno, no será tanto...

—¿No será tanto? En el banco se echan a temblar hasta mis compis cuando entra, esa mujer va con un arma en las manos disparando para todos lados y encima, los otros días con Martina, diciendo que le iba a abrir una cuenta a su nuera que se iba a casar con el hijo, o sea, contigo. O esa mujer es una bruja o tú un mentiroso, así que, acláramelo...

—En la vida te he mentado en nada, en la vida, solo te oculté dos días, creo recordar, que Martina estaba en la base, para no causarte malestar.

—Pues si no eres un mentiroso, tenemos a la bruja claramente.

—Se pasó, pero no hace falta que la llares así.

—Pues ya sabes, no me hables, pero para mí es la bruja ahora, mañana y siempre.

—Sí hombre, después de lo que me costó volver a hablar contigo, te voy a dejar de hablar... Ni mijita, me gustas así, hasta cuando te pones tonta.

—Tonta no, pero aguantar una bruja no es plato de buen gusto y si encima viene con la vomitiva de Martina...

—Bueno, vamos a ver cosas —me levanté y le puse mis manos para que se levantara.

—¡Quita! Que tú, me quieres dar ahora coba.

—No, sabes que no —reí y la acerqué a mí para darle un beso.

—Que suerte tienes —negó riendo.

—Pues sí, lo reconozco —le eché la mano por el hombro y comenzamos a caminar.

Entramos luego a la Galería Uffizi, ella quería conocerla y yo estaba encantado de explicarle un poco lo que ya había descubierto sobre ella, entre muchas cosas, que era la que tenía una de las colecciones de arte más importantes del mundo.

De allí nos fuimos al Jardín de Boboli, un lugar idóneo para pasear y desconectar de todo lo que se movía en plan turístico en la ciudad.

Comimos una pizza en un puesto callejero como a ella le había apetecido, yo me sentía pletórico de verla disfrutar tanto, descubriendo esa ciudad que ella bautizó como la más bonita que habían visto sus ojos, tampoco es que hubiese visto mucho pues por lo que sabía era su primer viaje fuera de España, pero sí era verdad que Florencia impactaba, y más en un primer viaje.

Por la tarde cuando ya estábamos agotados de andar de un lado a otro, entramos a un supermercado, compramos de todo, bebidas, comida, helados, llenamos un carro hasta arriba y luego cogimos un taxi y regresamos a la caravana.

Ella entró a ducharse y yo me puse a colocarlo todo, bolsas y bolsas, Carolina me dio a entender que ahí me quedaba, que lo colocara todo yo solo, hasta para eso tenía cara, pero a mí no me importaba. Podía tenerme toda la vida de mozo, que yo a su lado era feliz, aunque eso lo hizo para la gracia, ella era predispuesta.

Salió un rato después, preciosa, con ese pelo húmedo cayendo sobre su cara y exigiéndome que fuera a ducharme cuando ya hubiese guardado todo, yo le robé un beso y me fui feliz de la vida.

Salí de la ducha y estaba preparando la cena, una ensalada de pasta y unos Nuggets que estaba friendo.

—Eso es comida muy pesada para cenar— murmuré en su oído mientras la agarraba por detrás.

—Más pesada es tu madre y aquí estoy, aguantando el tipo.

—Ella no está ahora —le mordisqueé la oreja.

—Lo que me faltaba, que apareciera por la puerta de la caravana, es cuando directamente cojo la manguera de la ducha y me la lío al cuello.

—Pensé que ibas a decir que se la liarías a ella —reí.

—Ah no, la bruja es ella, no yo —dijo en tono chulesco mientras sacaba los Nuggets de la sartén.

—Bueno, vamos a quitar la negatividad —me puse a preparar la ensalada ya que la pasta se había cocido.

—Entonces, mañana nos vamos de aquí, ¿no?

—Ajá. Nos vamos a otro lugar.

—Este no es que este mal, pero es raro el sitio.

—Lo primero que pillé, lo siguiente lo tengo estudiado —le di en el culo un manotazo.

—¡Auch! Qué bruto eres —resopló exagerando, no había hecho ni fuerza.

—Dime una cosa Carolina ¿Cuánto fue la relación que más te duró? —pregunté mientras ponía las cosas sobre la mesa para sentarnos.

—¿Estás en plan cotilla?

—Digamos que tengo curiosidad por saber un poco más de ti —le di un toque en la nariz cuando me fui a sentar.

—Pues duré ocho meses, creo, no llegué al parto —sonrió mientras abría la lata y salía espuma para todos lados — ¡Joder! Se levantó corriendo para llevarla al fregadero, pero puso un reguero de refresco por el suelo y me tuve que echar a reír.

Me levanté por el cubo y la fregona, un poco de lejía, friegasuelos y todo como nuevo, ella no paraba de resoplar secando la mesa y yo no podía parar de reír, cosa que la ponía de peor humor.

Nos volvimos a sentar y le abrí la lata yo, menos mal que no salió disparada.

—Entonces duraste ocho meses... ¿Quién lo dejó?

—Digamos que lo tuvimos que dejar, yo cogí mi plaza fija en el pueblo, él cogió su plaza fija de pediatra a cien kilómetros y para colmo ya me había comprado mi pisito. Era imposible llevar aquella relación en la distancia, cuando nuestros trabajos no nos iban a permitir vivir juntos, e irnos a cincuenta kilómetros para estar a mitad de camino, aparte de sacrificado por todos los días en coche, nos pillaba en un lugar que ni él ni yo queríamos vivir. Por lo tanto, nos fuimos enfriando cuando se fue, hasta que nos dejamos de hablar, ni nos despedimos, simplemente nos fuimos alejando.

—¿Qué fuerte no?

—¿Me ves algún trauma? —Sonrió.

—No —reí.

—Pues pronto me lo verás por culpa de la bruja de tu madre —dijo señalándome con el tenedor.

—Vaya, mucho tardaba en volver a salir —voltee los ojos riendo y resoplando, no era para menos—. Te voy a decir una cosa...

—No, no —me interrumpió hasta dándome golpes con su mano en las mías que las tenía sobre la mesa— Te la voy a decir yo. Hasta que tu madre no se olvide de mí y no me haga ni una visita más, la voy a estar nombrando cada vez que me dé la gana.

—No sé qué hice yo para merecer esto... —Pasé mi mano por la cara.

—¿Serás hipócrita? Será que hice yo, para tener que aguantar a la bruja ¡Vamos, encima!

—Vale ya —estiré las manos—. Dejemos a la bruja, al brujo y centremos la mente en nosotros, aquí y ahora.

—Lo intentaré, pero no te lo prometo —dijo a modo de advertencia, pero le salía muy cómico.

—Bueno, pero inténtalo —dije señalándola con el dedo.

—Quita ese dedo, que te lo comes.

—A ti sí que te voy a comer yo hoy.

—Ah no, tú estás muy equivocado, no creas que te voy a abrir mis piernas y corazón como antes, ahora te lo vas a tener que ganar, que aún no has hecho ningún mérito —decía con toda su poca vergüenza, causándome un ataque de risa.

Encima hasta ella decía convencida eso de que, no había hecho nada, vivía en los mundos de Yupi o algo raro le pasaba, solo me faltó ponerle una pancarta debajo de su casa con el mensaje “vuelve conmigo, por favor”.

Tras la cena nos acostamos y abrazamos, yo hacía como si le fuese a quitar la camiseta y ella me pegaba tortas en la mano para que ni se me ocurriera, entre broma y broma nos quedamos dormidos, pegados, como yo la necesitaba.

Capítulo 20: Carolina



Podía escucharlo en la cocina, no es que estuviera lejos, allí todo estaba en abierto menos el baño, pero yo aún no había abierto los ojos...

El día anterior me lo había pasado bomba en Florencia, él había estado como es, todo un señor, aunque me empeñara en hacerle creer lo contrario, pero ese hombre era una joya, simpático, cariñoso, educado, correcto, guapo y sensual... ¿Se nota que me gusta mucho? Pues eso, pero claro, luego me acordaba de Martina y de la bruja y se me cambiaba el humor y lo veía del lado oscuro, como si me fuese a fallar por culpa de los demás, como si aceptara todo por el simple hecho de que era la madre y que quizás, él aún seguía sintiendo por ella, pero lo tapaba intentando olvidarla ¡Ya me estaba comiendo la cabeza de nuevo!

Me levanté y me fui directa en la ducha, él había salido para coger algo, así que aproveché para ducharme y cuando salí ahí estaba terminando de preparar el desayuno mientras me sonreía con esa cara de felicidad y se acercaba a besarme.

—Vamos a desayunar fuera, saqué la mesa y las sillas del maletero, sabía que las tenía en alguna parte —salió con un plato con tostadas y los cafés. Yo cogí las demás cosas.

Nos sentamos afuera, era una sensación chulísima, ahí en ese lugar tan verde y bonito.

Hugo no paraba de sonreír, me miraba como queriendo decir algo, en plan misterioso, o como que tenía preparada alguna sorpresa, vete tú a saber, con la hermeticidad que tenía ese hombre.

Esa mañana me había puesto una camiseta suelta de manga corta y un vaquero corto, en plan cómoda y una coleta bien

alta, el calor se empezaba a notar cuando comenzamos a recoger las cosas para salir con destino a... ¡Ni idea!

Todo a nuestro paso por La Toscana era una estampa de bellezas naturales infinitas, me moría de amor por aquellos lugares que no dejábamos de atravesar en la caravana, no paraba de fotografiarlos, estaba como una niña pequeña en un día de excursión.

Llegamos a un lugar increíble, era como un castillo con terrazas fuera, bar, lugar para la caravana y todo rodeado de viñedos.

—Bienvenida a la primera estancia de la ruta de los viñedos, este viaje será para catar los buenos vinos que hay en esta región, con la comodidad de que vamos con la casa a cuesta y si se bebe más de la cuenta, no tienes que moverte de aquí —me hizo un guiño y nos bajamos.

Me moría de la felicidad, un viñedo como en las novelas. Anda que no había leído sobre ellos y visto películas, pero en directo y encima con un castillo, era para morirse del gusto.

Aparcamos en una zona que nos indicó un chico de la finca, la verdad es que era un lugar tranquilo con las vistas más espectaculares.

Hugo preparó fuera de la caravana la mesa y las sillas, echó el techado haciendo así un porche con terraza, mejor imposible, lo mejor de todo es que aquella finca tenía hasta piscina con terraza de restaurante. Vamos, que no le faltaba ni un detalle al lugar.

Fuimos a la terraza donde estaba la piscina de piedra, preciosa, como todo el lugar, había un sobre techo exterior rodeando el castillo por detrás donde estaban las barras y restaurantes, con esos racimos colgando, era una pasada, fotos y fotos que tenía aquello.

Me había puesto mi bañador rosa pálido, con una palabra en todo el centro en color gris plata de purpurina, “Kiss me” podía leerse cuando me despojé de la camiseta y Hugo se mordisqueó el labio riéndose.

—Todos menos tú —le advertí bromeando.

El camarero nos trajo una botella de vino que había pedido Hugo y unas tapas, especialidad de la casa. Mordisqueé un pan crujiente con tomate y queso que estaba delicioso, luego me fui a la piscina con la copa, la puse en el borde y me metí en ella. Había muy pocas personas, así que aquello parecía nuestro.

Hugo se quedó en la mesa hablando por teléfono con su madre, que lo había llamado y yo lo miraba desde la piscina con la copa haciéndole muecas y burlas por lo de la madre, él sonreía mientras la escuchaba, pero era por mí, que no se pensara la bruja que era la culpable de las sonrisas de su hijo, que esa era yo. Punto a mi favor.

El vino estaba mortalmente bueno, tenía un sabor que dejaba el paladar fresco y burbujeante. ¡Pues sí que había tenido tino el hijo de la Rosario!

Me lo bebí de un sorbo y le hice señas mientras seguía hablando con su madre para que viniera a rellenarme la copa, vino con esa preciosa sonrisa y guiñándome un ojo para luego volver a la silla y seguir hablando.

Ay si no fuera por su madre, era el hombre perfecto, lo tenía claro, pero vaya premio traía el muchacho. Desde luego que no había nadie perfecto sobre la faz de la tierra.

Me hice unos selfis con mi móvil que estaba al lado de la copa, a lo lejos vi como él colocaba sus dedos en plan “v” para salir al fondo de la foto ¿Podía ser más mono? Sí, si colgara ya esa maldita llamada que nos estaba jodiendo un rato de nuestras vacaciones.

Y otra copa que me bebí y volví a llamarlo para que me la rellenara, sonreí, pero me hizo un gesto como de riña para que no bebiera tan rápido, pero es que me daba igual, si me emborrachaba tenía la cama a pocos metros en la caravana, fíjate tú que problema más grande.

Un rato después como catorce horas parecía que hubiesen pasados, vino junto a mí, se metió en la piscina y se puso apoyado en el borde a mi lado, mirando hacia afuera con los brazos cruzados y sin quitarme ojo.

—¿Qué tal está Doña Rosario?

—Carolina... —Hizo un gesto de resignación provocándome una carcajada.

—Encima que la llamo de doña y no bruja. Desde luego hijo, no hay quién te entienda...

—Sí que me entiendes, no te hagas la tonta.

Ni le contesté, lo miré aguantando la sonrisa mientras veía que él, no dejaba de clavar su mirada en mí.

Parecía un niño dentro del cuerpo de un hombre, esa mirada era la más dulce que había visto en mi vida, me sacaba la sonrisa. Hugo no tenía ni idea de lo que significaba para mí, yo quería mi mundo con el de él, si la bruja nos dejaba, obvio, pero algo me decía que valía la pena, que eso nos llevaría a un bonito final.

Me notaba muy cerca de la victoria, aunque estaba llena de dudas y algo no me hacía confiar totalmente en él ¿Y si luego me dejaba cuando ya me hubiera usado? ¿Y si volvía con ella? ¿Y si...?

Eso es lo que no me dejaba ser feliz, todas las preguntas que se forjaban en mi cabeza y no me dejaban avanzar.

Vino hacia mí y me pegó fuertemente contra él, comenzó a mordisquear mis labios de forma juguetona mientras me sacaba de la piscina.

—Que no quiero salir, que quiero agua —dije riendo.

—Vas a comer algo y luego más tarde te vuelves a meter.

—¿Para qué se me corte la digestión? ¡Ni de coña! Me solté y volví hacia dentro.

Pero nada, agarró mi pierna y volvió a jalarme hacia él.

—Vamos a comer, una siesta y luego nos venimos más tarde a la piscina.

—¿Has fumado algo que yo no sepa?

—Carolina... —rio negando mientras me sacaba de la mano.

Pasó por el filo y cogió mi móvil y las copas, con una mano, con la otra no me soltó hasta asegurarse que me había sentado.

En ese momento él hizo algo en su móvil y comenzó a sonar una canción de *Luis Fonsi*.

Comenzó a cantármela jugueteando con su copa, en voz baja sonriente.

—Te he bajado la luna...— cantaba tarareando, mientras yo reía nerviosa.

—No, por favor —solté una carcajada y él seguía cantando, mirándome.

—Mi mundo se dio vuelta y no lo ves —se metía en la canción—. Tanto he dado que lastima, mi vida...

—¡Para! —Me levante doblándome de la risa —A mí no me cantes que me pongo muy nerviosa.

—Cuánto cuesta tu alegría —seguía con la dichosa canción, menos mal que no había mucha gente a nuestro alrededor, por no decir ninguna, estaban ocupadas unas mesas, pero mucho más lejos.

—Bueno vale —salí corriendo y me tiré a la piscina y ahí lo dejé cantando.

Y lo más gracioso es que rellenó las copas y volvió a sentarse al borde con los pies para el agua que es donde yo estaba.

—No quieres escuchar esa letra porque dice la verdad —dijo señalándome con el dedo.

—¿Qué dices?

—Sí, habla de lo que me está pasando, que me pregunto qué quieres de mí si todo te lo di —seguía buscándome con la dichosa canción.

—¿Qué me has dado tú, aparte de una casi suegra que va en escoba y una ex que parece la hija favorita de tu madre?

—¿Lo ves? No eres capaz de ver lo que hago por ti y no por que deba de hacer algo ni que me debas nada, sino que lo hago por esto, por lo nuestro. Solo te fijas en todo aquello que no puedo controlar en cierto modo, pero yo por ti me desvivo, no hay momento que no quiera pasarlo a tu lado ¿Por qué no empiezas a confiar en mí?

—Ahora mismo me salgo y nos comemos lo que quieras —salí como una bala para evitar contestar nada, llegué a la silla en tres segundos.

—Estás esquivándome —dijo sentándose, riendo y cogiendo la carta para pedir los platos.

—Yo tengo algo claro —me bebí de un trago la otra copa —. Hoy muero bebiendo, no quiero saber nada del mundo.

—¿Estás segura? —carraspeó.

—Lléname la copa, por favor.

—Mañana te vas a querer arrancar la cabeza...

—Hay tantas cosas que quiero arrancar —dije en tono achispado, como ya estaba indudablemente.

Hugo me miraba resignado, pero el pobre sabía que dijera lo que dijera, yo iba a hacer lo que me diera la gana, eran vacaciones, ¿no?, pues eso. Ese día necesitaba emborracharme y perder el norte.

Y eso pasó, tras la comida pasamos a las copas, una llevo a la otra, la otra a la otra y así toda la tarde, hasta que...

Capítulo 21: Hugo



Me levanté con cuidado, no la quería ni mover, el día anterior había sido un caos cuando ella perdió el norte, comenzó a vomitar por todas partes, a mandarme a callar, intentaba bailar una rumba en la puerta de la autocaravana, la tuve que meter en la ducha y limpiar todo lo que se le había derramado por lo alto de sus continuos vómitos, menos mal que una vez que la duché y la metí en la cama, cayó en un sueño profundo.

¿Quién no había cogido una borrachera así alguna vez en su vida? Lo que me daba pena es como se iba a levantar, como ya le dije se iba a querer arrancar la cabeza.

La caravana la limpié con lejía por la noche, así que estaba todo en orden y la ropa de ella limpiita. Algo me decía que cuando se levantara no se iba a acordar de nada, era muy gorda la que había pillado.

Me preparé un café y me senté en el escalón de la puerta de entrada, era una maravilla amanecer en un lugar así, con ella, todo sea dicho. Me sentía especialmente afortunado.

El día anterior lo pasé mal y tuve que disimular con una eterna sonrisa, la llamada de mi madre me había causado muchos estragos y para no joder las vacaciones disimulé, pero era para haberme puesto como un energúmeno y haberle dicho cuatro cosas. No iba a permitir que se metiera en mi vida, me había dicho que se había enterado de que estaba con ella y que esa mujer, tal, tal, y tal. Dijo de todo, menos bonita.

Lo que más me jodió de mi madre es que sabía y se estaba dando cuenta de que no podía hablar y peor lo hacía, se aprovechaba de eso para desahogarse de lo lindo.

Después de tomar el café entré a prepararme otro y me aseguré de que seguía respirando, sí, estaba plácidamente durmiendo.

Cuando despertara tenía la intención de movernos a otro viñedo, quería hacer una ruta inolvidable, lo malo es que en la primera parada se había bebido hasta el agua de la piscina, no quería imaginar que en cada parada hiciera lo mismo.

La una de la tarde y ahí seguida jugando con ella misma a mundo inmóvil, ni se movía, yo ya tenía preparada la pastilla para la resaca, el zumo natural de naranja y su café.

Me dediqué a cocinar unos solomillos al roquefort, incluso dejé una tortilla de patatas hecha, eso para cualquier momento de hambre era genial, en bocadillo o sola, pero echaba un cable en cualquier momento.

Estaba feliz, aunque mi madre me había dejado un poco de mal rollo en el cuerpo, me quedé con las ganas de decirle unas cuantas cosas, pero bueno, lo dejaría para la vuelta y hablaría con ella muy seriamente.

Y por fin la bella durmiente comenzó a estirarse sin abrir los ojos, me encantaba. Me acerqué a ella y me senté a un lado de la cama tocándole la barriga.

—Quiero sacarme la cabeza —murmuró poniendo su mano sobre su cara.

—Espera —reí y fui corriendo a exprimir las naranjas y le llevé el zumo con la pastilla.

Se incorporó sin abrir los ojos, le metí la pastilla en la boca y puse el vaso sobre su boca.

—¿Puedo dormir un rato más? —preguntó volviéndose a agachar.

—¿Y si comes y luego te vuelves a echar?

—He tenido una pesadilla terrible con la bruja —dijo en un intento de abrir los ojos mientras a mí se me escapaba una risa.

—Vaya por Dios, veo que la tienes muy presente.

—No, yo a ella no, ella que se mete hasta en mis sueños — se tiró a mis brazos y la abracé.

—Vamos a comer un poco y luego te acuestas, ¿vale?

—Yo quiero que quemem a la bruja —dijo ya ocasionándome una carcajada que no podía con ella, obvio que a mi madre no la tocarían, pero es que la comprendía y me hacía gracia.

—Bueno, ella está en España y tú tienes por delante unas preciosas vacaciones, así que no pienses en eso —le acariciaba el pelo.

—¿Qué vamos a comer?

—Unos solomillos al roquefort, también hay tortilla de patatas.

—Yo quiero una hamburguesa del McDonald's —protestó.

—Bueno, pues tenemos la opción de ir a buscar por donde puede haber uno.

—Es broma, me muero por esa tortilla y ese solomillo —se ahuecó en mi cuello.

—¡Vamos! —La ayudé a levantarse y la senté en el salón, afuera hacia demasiado calor.

Era bonita hasta con ese tono de piel pálido por el malestar que tenía, además, era muy graciosa, se mortificaba mucho con lo de mi madre, pero tenía su punto, sabía cómo soltar las cosas a veces, otras dolían, era la verdad de lo que sentía, pero a mí me hacían daño.

—Esto está de muerte —decía con su rostro de no poder ni con su vida.

—Hoy había pensado que fuéramos a otros viñedos, pero estoy pensando que será mejor que lo hagamos mañana y no movernos de aquí.

—Sí, por favor. Como muevas el cacharro este, soy capaz hasta de echar la primera papilla y para colmo, no me acuerdo de nada de ayer...

—Nada, bebiste un poco más de lo normal, volvimos, una ducha y dormiste plácidamente —quise ahorrarle detalles que la hicieran sentir vergüenza, aunque tampoco hizo más que un poco de locura descontrolada.

—¿No vomité ni nada?

—¿Te digo la verdad?

—Déjalo, no me lo quiero ni imaginar... —rio volteando los ojos.

—Ahora cuando te acuestes iré a darme un baño a la piscina, llevaré el móvil, cualquier cosa, me llamas.

—Pues me parece que me voy a ir contigo, me doy un baño y me tiro en una hamaca de las que están a la sombra.

—Perfecto —sonreí al ver que estaba volviendo a la vida.

Terminamos de comer y ella se cambió, nos fuimos a la piscina, estaba preciosa con un bañador de crochet que le hacía una silueta de vértigo. Se había puesto unas gafas negras grandes y una pamelita que le quedaba de muerte, esa mujer era de lo más bonita. Se pusiera lo que se pusiera, le quedaba de muerte.

Nos pusimos en dos hamacas que tenían a cada lado una mesita, así que pedí unos cafés mientras ella se daba un chapuzón que no se pensó.

—Qué bien me he quedado —dijo exprimiéndose la melena hacia un lado para luego sentarse mirando hacia mí.

—¿Mejor entonces?

—Mucho mejor, preparada para que me cuentes la que lie ayer, conociéndome a mí misma, sé que algo pasaría —cogió el café que había traído el camarero.

—Bueno, pues nada más allá aparte de beber y beber, además de tener muy presente a mi madre —hice un carraspeo.

—Esa mujer me tiene envenenada —me señaló con el dedo muy convencida, pero por supuesto, con su pizca de bromeo—. Creo que está preparando un plan para matarme, yo lo dejo caer y recógelo sí me pasa algo —ladeó la cabeza.

—No mujer —reí—. No seas bestia.

—Yo te lo aviso, luego no me vengas a la tumba llorando...

—Ay, Dios, eres un poco exagerada, ¿no?

—No me toques la moral que estoy de resaca, me puede subir la sangre a la cabeza y dejar de ser persona —advertido queda—. Ni se te ocurra defender a la bruja.

—Dios me libre... —Me santigüé, ocasionándole una risa.

Pasamos la tarde en las hamacas, yo me bebí algún que otro vino, ella a base de refrescos y zumos como era normal, el día anterior se había bebido lo de ese día y lo de hoy.

Cenamos en el restaurante de los viñedos y esa noche nos acostamos temprano, al día siguiente salíamos hacia otro lugar.

Capítulo 22: Carolina



Madre mía, que peso tenía de conciencia con el día anterior, el pobre Hugo se encargó de todo, al igual que la noche anterior cuando tuvo que cargar conmigo por la borrachera que había pillado, que no recordaba mucho, pero gorda como la vida misma tuvo que ser.

Escuché a Hugo en la ducha, así que hoy prepararía yo el café y las tostadas, se lo merecía por el aguante que tenía ese hombre, parecía de otro planeta, me tenía babeando a pesar de que disimulaba, pero estaba comportándose como todo un campeón.

Qué bonito era levantarse sin dolor de cabeza, nueva y con ganas de disfrutar del mundo, sobre todo, en ese rincón de La Toscana.

Lo terminé de preparar todo y lo saqué a la mesa de fuera, no tardó en salir aquel galán que olía a ese perfume fresco que tanto me gustaba, le abracé dándole los buenos días mientras él me rodeaba con sus brazos y su eterna sonrisa.

—¿Qué tal dormiste?

—Bueno, de lujo, como una bebé y no soñé con la señora bruja.

—Vaya, que bien... —vi como aguantaba la risa mientras se sentaba —Qué pinta tiene todo, gracias.

—No tienes que darlas, por norma general es lo que haces conmigo casi siempre —volteé los ojos.

—Y siempre que me dejes, lo seguiré haciendo.

¿No era mono? A mí me encantaba, lástima que venía con una mochila a cuestas y era su puñetera madre, pero por lo demás, era un encanto, un hombre de esos que están pendiente

a todo, aunque aún había algo que me descuadraba con lo de la ex, pero no quería que eso me jodiera las vacaciones, así que, lo echada para un lado y a disfrutar de un nuevo día.

Tras el desayuno pusimos rumbo hacia otro lugar que, si increíble fue el recorrido hasta llegar a él, el sitio era de esos que te enamoraban el alma.

Aquello era más colorido, una mezcla de construcción antigua y moderna, era como dos arquitecturas mezcladas formando un maravilloso lugar en medio de todos los viñedos.

—¡Wow! —dije conforme íbamos llegando al lugar que nos habían marcado para aparcar la autocaravana, al otro lado de los que iban a la bodega solo a conocerla.

—Se ve espectacular, nena —la aparcó.

—¿Y hasta cuando dices que nos quedamos aquí? —pregunté mirando a un lugar que tenía una piscina mejor que la del día anterior y una zona ajardinada que me llamaba a gritos.

—Pues verás ahora la zona de bodegas para comer, desayunar y cenar, es una recreación en el restaurante brutal, lo vi en internet, además se debe estar de lo más fresquito ahí.

—Pues ahora mismo vamos y nos tomamos unos vinos —dije viendo como él ponía cara de terror.

—Eso me suena a que mañana repetimos el día de ayer, nos quedaremos aquí y tu tendrás una resaca monumental.

—Si ya me conoces... ¿Cómo se te ocurre traerme a un viaje de ruta de vinos? —Volteé los ojos mientras me iba andando para ver eso que decía, pero antes me topé con una barra exterior que oye, ahí me veía bebiéndome más de una.

—Desde luego, pero vamos, te has superado —rio siguiéndome con esos andares que solo él sabía tener. Para clase la de mi chico.

Nos pedimos unos vinos y nos sentamos en la terraza de ese mismo lugar. No era donde las comidas, era una barra exterior con mesas y sillas de lo más cómodas al otro lado de la piscina, menos mal que esta observé que tenía otro bar, yo es

que ese viaje pensaba lucirme, lo tenía claro, iba a catar todo lo que hubiera.

Luego estuvimos comiendo en la zona del restaurante, aquello era una pasada, sí señor, parecía que estábamos en una cueva, pero todo decorado como una bodega, que, por cierto, sus auténticas bodegas estaban al otro lado que es donde había una tienda para llevar los productos de esa empresa.

Durante la comida probamos un vino de esos que superan a todas las madres de los vinos y eso que yo no entendía, pero estaba de muerte y era de los que no podías dejar de beber.

Hugo me hacía gestos que yo entendía a la perfección, me intentaba decir con la mirada que no bebiera tan rápido y que, por favor, disfrutara de la copa sin absorberla sin ni siquiera olerla, más o menos, pero el ritmo lo iba a marcar yo.

Tras la comida nos fuimos a la zona de la piscina, nos echamos un rato a reposar la comida disfrutando de un café y luego nos dimos un baño, la tarde estaba de lo más calurosa y a mí me faltaba hasta el aire. Al final terminamos en la caravana con el aire acondicionado mientras descansábamos en la cama, me estaba comportando, ese día no me iba a acostar borracha, aunque aún faltaba la cena, otra prueba de fuego.

Hugo me miraba con un brillo especial, me sentía totalmente la causa de la felicidad de él, no era una creída, ni mucho menos, pero es que cuando yo hablaba se le formaba una sonrisa en los labios con mucha rapidez, incluso cuando le soltaba una de las mías.

Empezó a jugar con mis labios y sus manos comenzaron a recobrar vida. Me encantaba como me tocaba, acariciaba y el control que ejercía sobre mí, en esos momentos me ponía como una moto en cero, coma un segundo.

El sexo con él era la felicidad de mi cuerpo por muchos momentos, jamás había disfrutado tanto con nadie como con

Hugo y es que era un volcán de pasión y erotismo, mezclado con la generosidad que me hacía recibir.

Esa noche tuvimos una cena preciosa, la verdad es que el lugar tenía un encanto especial. Hugo estaba guapísimo y yo estaba pletórica de felicidad, sentía que mi mundo junto al suyo podía tener un poco de futuro a pesar de mis dudas y a sabiendas de saber que quisiera o no, la señora bruja estaría presente siempre en nuestras vidas.

Capítulo 23: Hugo



Me sentía feliz con este viaje que estaba haciendo con Carolina, pero tenía claro algo, quería sacar de ello el volver los dos más reconfortados, más unidos y con una visión de futuro en común, es lo que deseaba con toda mi alma.

Esa mañana me desperté sin hacer ruido y salí afuera, había encargado un desayuno del lugar, que nos trajeron hasta la mesa del exterior de la caravana, un delicioso pastel en forma de corazón y dos palabras que decían “te amo”, además de tostadas. El café lo preparé yo cuando oí que se levantaba.

Cuando salió y vio el pastel se emocionó, sus manos en la boca y su cara de asombro lo decían todo.

—¿Esto es que me vas a pedir matrimonio? —preguntó provocándome una carcajada.

—No lo descarto —hice un carraspeo.

—Bueno, me vas a tener que hacer como el Grey, un contrato lleno de estipulaciones, pero en vez de cosas para lo sexual, de brujas y ex bien lejos, ahí bien firmadito.

—Ya rompiste el momento romántico —reí.

—Bueno vale, solo era una apreciación —decía tirando una foto a la mesa.

—Ah, sí solo era eso... —seguí riendo, en el fondo me hacía gracia, aunque me daba rabia que las tuviera tan presente, sobre todo a mi madre que, aunque tenía tela, era mi madre.

—Hugo, no me busques la lengua... —advirtió riendo.

—¿Yo? ¡Dios me libre!

—Qué Dios te libre, de ellas, sí —volvió a dar a la yugular ¡Que cruz me había caído! Pero es que la adoraba pese a todo eso.

Tras el desayuno con la deslenguada de la que quería creer que era mi novia, recogimos todo y nos pusimos rumbo al siguiente viñedo.

Carolina iba cantando todo el camino por Rosalía, lo que me faltaba por oír, pero a ella le encantaba y a mí me hacía muy feliz verla disfrutar a ritmo de aquella chica que estaba arrasando mundialmente. Por muy mal que me cayera había que reconocer que lo estaba petando.

Tenía la sensación de que llevaba con ella toda la vida, de que todo se estaba forjando a nuestro alrededor, solo me faltaba volver y dar un último toque más serio aún a mi madre, para que parara, no podía seguir en esa línea y estropear lo que yo tanto amaba.

Paramos en medio de la nada, pero con un paisaje de lo más bonito, nos tiramos fotos, nos tomamos otro café y continuamos la ruta, esta era un poco más larga, pero el camino merecía la pena siempre por aquel lugar de Italia.

Llegamos a los nuevos viñedos y aquello era una pasada, yo había escogido todos los que tenían piscina y áreas para disfrutar, de lo contrario no tenía sentido.

Estos eran muy acogedores, no tan grandes, pero con ese encanto que tenía cada uno de ellos.

Carolina se fue a inspeccionar mientras yo preparaba la terraza exterior de la caravana y, además, quería preparar otra tortilla de patatas que me había pedido.

La veía hacerse selfis a lo lejos y poner morritos, a mí se me caía constantemente la baba, es que era una preciosidad...

En ese preciso momento en el que la miraba mientras freía las patatas me entró una llamada de mi madre, menos mal que Carolina estaba lejos.

—Hola, mamá.

—Hijo, ¿cuándo vuelves?

—En breve mamá. ¿Qué pasa?

—Quiero preparar una comida para que la hagamos con Martina.

—¡Mamá! ¿Qué parte de no quiero saber nada de ella no entiendes?

—Esa con la que estás es una mujer de nivel medio bajo.

—No puedo crearme que digas esas cosas. ¿En qué se diferencia de nosotros? Tiene un buen puesto en un banco ¿Eso es nivel medio bajo? Y si lo fuera, ¿qué? ¿Crees que voy buscando algo especial y sorprendente académicamente en una mujer? Y siendo así, Martina es suboficial, así que no me calientes.

—Su madre es limpiadora del hospital.

—¿Y? ¿En qué trabajaste tú? Al menos esa mujer se buscó sola su sueldo.

—Yo era la señora de papá...

—Mira mamá, déjalo porque me estoy encendiendo, cuando vaya hablaremos seriamente pero no te creas que te voy a dejar pasar esos límites y si sigues con esas cosas con Martina, me vas a perder.

—¿Me estás amenazando?

—Te lo estoy advirtiéndote —colgué la llamada y resoplé, me envenenaba.

De verdad, amaba a mi madre con toda mi alma, me había dado la vida y una buena niñez junto a mi padre, pero desde que murió este, su forma de ser cambió drásticamente.

Además, quería por encima de todo como mi mujer a Martina, mi madre era de las que pensaban que pasara lo que pasara en las relaciones, había que aguantar hasta el final y no entendía que yo no pertenecía a esa época, que ante todo lo que yo quería era mi felicidad y ahora mismo solo la veía al lado de Carolina. Si le gustaba bien, y si no, también.

Ya me dejó de mal rollo con la buena onda que me había levantado y lo bien que estaba ese día.

Necesitaba todo aquello que me trajera paz y no guerra, deseaba vivir mi historia sin intervención de los demás, con nuestras risas y riñas. ¿Por qué no? Pero todo de nuestra mano, nada que tuviera que ver con el exterior, es la rabia que me daba, que tuviéramos que pasar malos momentos por culpa de personas que no debían intervenir en nuestras vidas.

Carolina apareció emocionada, le había encantado el lugar, aunque venía quejándose de que solo nos quedaba este día y el siguiente, ya que al otro nos íbamos, me encantaba que se le estuviera haciendo corto, era señal de que estaba disfrutando de este viaje que tanto soñé en el barco en realizar con ella, me daba igual el destino, solo estar con ella.

Ese día estuvimos relajados, comimos en la terraza de la caravana a pesar del calor que hacía, pero a ella le apetecía mucho.

Luego nos echamos un rato la siesta y a disfrutar de la piscina, la verdad es que el lugar enamoraba.

Carolina estaba ese día más relajada, de esos que piensas que no podía ser posible, pero lo era, parecía que estaba de un buen rollo absoluto, muy mimosa, casi no nombraba a mi madre ni a mi ex, cosa que me gustaba esa tregua que me daba.

Por la tarde hicimos un poco de cata antes y durante la cena y nos volvimos rápido, casi terminamos haciéndolo en la puerta de la caravana, pero la cogí en brazos y la llevé a la cama a terminar lo que habíamos empezado.

Capítulo 24: Carolina



He dormido del tirón, como un bebé dentro de su bolsa. Hacía años que no dormía así, casi siglos, pero es que Hugo tiene ese poder sobre mí, hace que me relaje por completo, como un bálsamo de marihuana, que te deja nueva.

Salí de la caravana al ver que dentro no se encontraba Hugo. ¿Dónde estaría?

Un olor dulce me azota el rostro en el buen sentido. Se me hace la boca agua, no nos vamos a engañar. Veo que Hugo está preparando la mesa de camping.

—¡Qué bien huele! ¿Tú también formas parte del desayuno?

—No, yo soy el postre —me contesta y aguanto la risa.

Nos sentamos en la mesa, tomo un sorbo del vaso de zumo y me preparo una tostada con mermelada. La verdad es que estamos muy callados esta mañana, pero es que a veces el silencio esconde muchas palabras.

Ambos miramos el horizonte. Debo reconocer que los paisajes de La Toscana son de los mejores que he visto jamás. Miro a Hugo y estoy segura de que él, completa el paisaje tan idílico.

Me permito comerme dos cruasanes mientras tomo un café. Me estoy pasando de la raya. A la mierda la dieta, ¿no? Prefiero la del cucurucho con Hugo. La verdad es que me están entrando unas ganas de comérmelo... y eso solo me pasa con el chocolate. ¿Será Hugo mi nueva adicción? Quién sabe...

—¿Sabes una cosa Hugo?

—Dime, Carol.

—Me he quedado con hambre.

—¿Quieres que te prepare otra tostada?

—No es este tipo de hambre —le guiño un ojo para que lo pille.

—Ah, ya entiendo.... Qué te parece si...

No le dejo continuar hablando. Me abalanzo sobre su cuerpo con demasiada fuerza y eso hace que vuelque en la silla y caigamos los dos al verde suelo.

Reímos como dos colegiales mientras nuestras manos reconocen cada centímetro de la piel del otro.

Nos besamos con ansia, con deseo, mientras nos vamos arrancando la ropa. Nos tenemos tantas ganas, que no podemos esperar. Los preliminares deberán ser para otro día, hoy estamos demasiado cachondos.

Me coloco debajo mientras siento la erección de Hugo contra mi pierna. La verdad es que estoy algo incómoda, sobre todo, porque me estoy clavando varias piedras en el culo. Hugo lo nota y alarga la mano hacia una de las mantas que tenemos para cubrirnos cuando estamos fuera y la coloca en el suelo, para que nos pongamos encima.

Mucho mejor, más comodidad. Le quito la poca ropa que le queda y él hace lo mismo con la mía entre besos. Su mano baja hasta mi sexo y lo pellizca y acaricia con pericia, haciendo que me lubrique como si fuera una esponja empapada.

Mis manos acarician su pecho mientras lo beso y bajan a su entrepierna, para masajearle la zona con brío y esta se endurece por momentos. Aumento la velocidad y confirmo satisfecha como ahoga jadeos apenas contenidos.

—Joder, Carolina...

—Ya sabes lo que dice la canción: “trátame bien o al final te tendré que comer”.

Me gira, colocándome encima y muerdo su labio antes de pasar mi lengua por su cuello y bajar por su pecho, deleitándome con su delicioso sabor, sintiendo como su corazón palpita desbocado.

Mi lengua sigue su camino hasta llegar a su entrepierna. Me lo como entero, disfrutándolo como nunca lo he hecho con ningún hombre y gimiendo con su pene en mi boca mientras él, se retuerce de placer y susurrándome que no pare.

Sonrío y aumento el ritmo al tiempo que veo cómo sus manos se convierten en puños. Cuando observo que está a punto de correrse, muerdo la punta de su pene levemente antes de sacarlo de entre mis labios y lo miro con deseo.

—Quiero que te corras dentro de mí —le digo al tiempo que saca un preservativo que sé que siempre lleva en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Lo estoy deseando... —me responde.

Entra dentro de mí con un golpe seco y empieza a moverse de manera rápida y acompasada. Yo me derrito y se me ponen hasta los ojos en blanco del placer. No sé cómo lo hace, debe ser que su pene tiene esa curvatura que dicen las chicas que toca el punto G.

Quizá es uno de esos míticos hombres que la tienen así, la verdad es que como no me he encontrado antes en esta situación, no puedo comparar, aunque dicen las chicas que, si encuentras uno es como encontrar el billete dorado de Willie Wonka, que no lo dejes escapar.

Me corro de una manera tan salvaje, que no creí que fuera posible, y él no te digo nada... Tengo las piernas que parecen que acabo de meterme debajo de las Cataratas del Niágara; empapadas a un nivel extremo.

Nos recomponemos como podemos y después de diez minutos tumbados en la manta y mirando el cielo azul, nuestros cuerpos se van relajando y las respiraciones acompasando con el bombeo del corazón. Nos damos una ducha; él primero y después yo.

Me pongo un vestido de flores precioso de color amarillo. La verdad es que me sienta de maravilla y me mimetiza con el paisaje y con La Toscana perfectamente. Parece que esté hecho para este momento junto con Hugo.

Hemos decidido hacer una visita a otro viñedo. La verdad es que son de las cosas más hermosas que he podido contemplar y quiero verlos todos antes de regresar a España. Este tiene tantas hectáreas, que mis ojos no llegan a ver el final del terreno. Es como el paraíso de la vid. El dueño debe de tener más ceros en su cuenta, que yo pelos en la cabeza.

Entramos por la puerta y buscamos al responsable. Hemos concertado una cata y una visita guiada por veinte euros por cabeza. De ahí la tarjeta Black del dueño. Esto debe de ser un sobresueldo para él o ella.

Nos acomodamos en unas mesas antes de que nos llamen para realizar el tour. Todo está muy calmado y tengo la ligera sensación de que estamos más solos que la una. Aunque mejor, así todo es más personalizado.

No tardan mucho en venir a atendernos y cuando lo hacen me quedo un poco parada, aunque disimulo frente a Hugo. Un pedazo de dios nórdico nos da la bienvenida con esa melena a lo Sofía Vergara en el anuncio de L'Oreal.

Me muerdo la lengua para no soltarle: “Porque tú lo vales, nene”, pero no sería apropiado, además está el tema de que tengo a Hugo a escasos centímetros.

Quizá, si no hubiera conocido a Hugo, este italiano que parece un Highlander... Vamos, ni me lo pensaba un segundo.

—Buenos días, soy Mássimo y voy a ser su guía —sin duda, estás bueno al Mássimo, hijo...

—Hola, yo soy Hugo —le dice Hugo, antes de extender su mano para que ambos se la estrechen.

Madre mía, lo que podrían estrecharme los dos en una cama... ¿Para cuándo hacemos un sándwich? Yo me apunto hasta en medio de las viñas si hace falta, aunque me pinche ramas en el culo, hago el esfuerzo.

—Hola, yo soy Carolina —le voy a dar la mano, pero me planta dos besos en la mejilla y noto como Hugo se tensa por momentos.

A ver, está exagerando. Solo son unos inocentes besos, no hace falta que se meta el palo por el culo para ponerse tenso por esa tontería. Por amor de dios, ¿a dónde vamos a llegar sino?

Nos encaminamos en primer lugar al recorrido por las viñas, mientras Máximo nos va explicando cada uno de los tipos, lo que se hace con ella, el proceso que sigue la uva hasta convertirse en un delicioso vino añejo.

Escuchamos atentos y nos hacemos a su acento, que en ocasiones modifica un poco las palabras españolas, pero a él, se le perdona todo. Incluso nos ha soltado algún que otro insulto confundiendo con la lengua, pero pobre, encima que se está esforzando por hablar nuestra lengua...

Se me enreda en el pie una de las ramas, raíz, o vete tú a saber el qué y me meto un guantazo de boca, que he comido tierra para abonar un par de geranios. Hugo corre a ayudarme, pero Máximo es más rápido, también porque estaba más cerca. Eso ayuda.

—¿Estás bien, Carolina? —asiento levantándome y sacudiéndome el vestido y las rodillas antes que llegue Hugo, que se había alejado para mear.

—Sí, gracias por la ayuda.

—De nada —sonríe.

—Carol, ¿estás bien? —desvió la mirada hacia Hugo y asiento.

—No te preocupes, estoy bien.

Tras ese tropiezo, continuamos con la visita. Tenía las rodillas más raspadas que las de un niño a la hora del recreo. En fin, tocará cuidarlas y mucha crema hidratante si quiero volver a tenerlas perfectas.

Dos horas después, finalizamos la visita y Máximo, que nos ha dicho que es el hijo del dueño, nos deja en un barril a modo de mesa con un par de sillas de barra para hacer las degustaciones de vino.

La verdad es que adoro el vino y me encantan las catas. El vino italiano no es que sea el brebaje de los dioses, donde esté el español que se quiten los demás, pero no están del todo mal.

Máximo empieza a traernos diferentes copas y en muchas decanta el vino frente a nosotros para que veamos cómo se hace, como si fuéramos tontos.

Yo ya no sé cuántas copas llevo bebidas, pero el puntillo se acerca peligrosamente al borde, para aparecer cuando menos me lo espere.

—Esta tarde hacemos una fiesta en el viñedo. Estáis invitados.

—Genial, por supuesto que vendremos —digo enseguida, antes de mirar a Hugo. Parece que, a él, no le hace tanta gracia como a mí.

—Sí —dice a regañadientes.

—Perfecto entonces. Os espero a las ocho. La cena corre por cortesía del viñedo.

—¡Genial! Nos vemos a las ocho.

—Lamentablemente, la experiencia en el viñedo y la bodega ha finalizado. Espero que la hayáis disfrutado y que volváis pronto.

—Claro que sí. Lo haremos —le contesto antes de levantarme de la mesa.

Nos vamos del lugar muy satisfechos en todos los sentidos, al menos yo...

Hemos conseguido cena gratis, fiesta y una buena compañía. ¿Qué más se puede pedir? Aunque parece que soy yo la que está entusiasmada por los dos.

Decidimos dar un paseo más relajado por un pueblo cercano y es ahora cuando Hugo se relaja. Me toma de la mano y caminamos por las calles floreadas de Italia. La verdad es que es un sitio para recordar. Adoro que esté todo tan colorido, con tanta vida.

Me besa la mano, a lo príncipe de cuento y yo sonrío ilusionada. No me importaría para nada quedarme a vivir aquí con Hugo, que es todo un caballero, un príncipe azul, aunque yo los prefiero desteñidos, antes que los azules, que ya están pasados de moda.

Caminamos en busca de un restaurante donde comer algo. Yo busco, por supuesto, un restaurante donde me den una buena pasta, de las dos a poder ser y no solo de la comestible, aunque me conformo con que sea de la primera y esté “al dente”.

No tardamos mucho en comer. La verdad es que la idea de este viaje es poder ver lo más posible y disfrutar de los paisajes, la historia, la cultura, las gentes, la decoración... Lo que no podemos permitirnos es dedicar tres horas a comer y luego que se nos eche el día y la noche encima.

—¿Te gustaría dar un paseo en caballo?

—Me encantaría.

—He visto en Internet que aquí cerca hay una hípica.

—Adoro los caballos y no veo el momento de ir.

—Podemos coger el autobús, porque está en la zona más rural y luego volver para la fiesta de tu amiguito —pongo los ojos en blanco cuando escucho lo de, “tu amiguito”. Celos en modo “on”.

Tardamos aproximadamente cuarenta y cinco minutos en llegar al lugar, porque el autobús es más lento que el caballo del malo y además solo pasa uno cada hora. No sé cómo todavía no han matado al Ministro de Transporte.

—Huele mucho a choto, Hugo —le digo mientras me tapo disimuladamente las fosas nasales.

—Sí, huele entre sobado y pescado podrido. Solo piensa que estamos en el campo, rodeados de aire puro e intenta contener un poco la respiración.

—Lo intentaré, pero no creo que los trucos psicológicos funcionen. Mi cerebro es demasiado listo.

Una vez bajamos del autobús, inspiro profundamente el aire puro, pero no es suficiente. El pestazo se me ha impregnado en la ropa, la nariz y casi que el alma, pero eso no va a amargarme el día. Estoy deseando subirme a un caballo y trotar por donde me apetezca.

Hugo paga la sesión de hípica de ambos mientras yo me acerco a la zona donde tienen los caballos, para acariciarlos y darles alguna que otra zanahoria que encuentro en un cuenco. Puede que esté haciendo mal, porque ni he pedido permiso, pero es que yo soy rebelde, porque el mundo me hizo así...

—Disculpe, no puede estar aquí.

Me giro y veo a un hombre mayor y robusto, el típico Ovejas de la serie El pueblo. Quizá no se conoce, porque sinceramente, no es que sea una de las series top del mundo. Digamos que es el típico gordito con pinta de analfabeto al que se le ve el cartón y que lleva la espiga en la boca.

Me hago la tonta para que no me echen de la zona de los caballos y le doy palique en lo que vuelve Hugo, así lo puedo usar de excusa para salir de allí sin que piensen que soy una infiltrada, aunque sinceramente, me da un poco igual lo que el gordito piense.

—Me temo que voy a tener que llamar a la policía, esto es allanamiento de morada —me dice en lo que parece un italiano españolizado, ya que se ha dado cuenta de que yo de italiana solo tengo la pasta de mi despensa.

—No es necesario, estaba aquí haciendo tiempo con los caballos porque mi novio ha ido a hacer la reserva para montar. Soy clienta —le digo pronunciando clienta muy

lentamente cara que me vea como un billete y no como una allanadora de moradas.

—Ah, reserva, sí, sí —conseguido, ya me ve como un billete.

Hugo llega entonces, justo a tiempo y me mira antes de desviar la cara hacia el gordito de pueblo, que se saca la espiga un momento de la boca antes de volverse a ponérsela.

—Oh, tú eres el novio.

Bueno, no es mi novio, lo dije para salir del paso, pero Hugo solo asiente sonriente. Tengo la ligera sensación de que le encanta esa etiqueta.

—Parece que sí —sonríe guiñándole el ojo.

—Buen partido, buen partido.

—Ya te digo...

—Hola, estoy aquí —les hago saber a ambos, que hablan de mí como si no estuviese aquí, como si fuera un trofeo.

Nos vamos a la zona del paseo mientras un mozo trae a un par de caballos. Uno de ellos es blanco y el otro marrón. Por supuesto, escojo el caballo blanco porque me encanta. Le dejo a Hugo el marrón, por si se caga de miedo, que no se note el color.

La verdad es que, todo sea dicho, no es ni mucho menos la primera vez que monto a caballo. De pequeña mi madre me llevaba a hípicas cada dos por tres. Era una manera de tenerme entretenida mientras ella se iba a pasear por el pueblo dejándome en esa parte del campo con esos cursos.

Me subo a Blanqui, que así voy a llamar a mi caballo, y cojo las riendas mientras Hugo hace lo mismo. Se lo ve seguro y algo chulito. Se va a enterar ahora de lo que vale un peine...

Empiezo a cabalgar rauda, alzando una de las manos como si esto fuera un rodeo; me encanta. Él me mira sorprendido

soltando alguna que otra carcajada. Adoro cuando se ríe, es música para mis oídos.

—Vaya, vaya, eres una caja de sorpresas...

—Me encanta cabalgar. Lo llevo haciendo desde pequeña. Era una sorpresa.

—Nunca dejas de sorprenderme, Carol.

Nos pasamos la tarde cabalgando por prados, trotando, saltando obstáculos, paseando a los caballos, dándoles de comer, todo por el increíble precio que aparece en pantalla, bueno no hay pantalla, pero qué más da, ¿a quién le importa? Cincuenta euros cabeza, eso sí me importa.

La verdad es que Hugo se lo está currando. A veces me planteo muchas cosas, pero el hecho de tener que soportar por toda la eternidad a la bruja de su madre en la familia, no acabo yo de verlo, no sé por qué.

Una vez acabamos nuestra rural aventura, volvemos a la parada del autobús con una sonrisa en los labios. Ha sido una experiencia maravillosa y me alegra haberla vivido a su lado.

Me toma de la mano durante todo el trayecto en autobús, sin hablar, más que nada, porque cuanto más oxígeno ahorremos, menos oleremos a sobaco, entre otros olores nauseabundos que hay en el autobús.

Tres cuartos de hora después, nos encontramos frente a la puerta del viñedo para asistir a la fiesta a la que nos invitó Máximo. La verdad es que no vamos muy acordes con la vestimenta del resto de los asistentes según estoy viendo.

—Hola, chicos, habéis venido —nos dice Máximo, cuando se acerca a nosotros.

—Pues claro, teníamos muchas ganas, ¿verdad Hugo? —le pregunto.

—Sí —y otra vez lo noto un poco tenso, como si se hubiese vuelto a meter de nuevo el palo en el culo.

—Pasad y poneos cómodos. Pronto sacaremos las bandejas con los canapés para que podáis tomar algo de cena.

—Perfecto. Gracias Máximo.

Entramos a la zona de la fiesta, donde más de cincuenta personas disfrutan de sus copas y sus pequeños bocaditos para que no les suba demasiado rápido el vino. La verdad es que la mayoría son parejas jóvenes y atractivas que van a bailar, disfrutar de la vida y del placer del vino y la comida.

Todos van con ropas elegantes, casi podría decir que son de etiqueta, como se dice en la alta sociedad. El problema viene cuando nosotros somos de la plebe y llevamos ropa de pasar el día, nada de vestidos de mil euros.

¡Bah!, a quien no le guste, que no mire. Eso lo dice siempre mi madre y es una de mis filosofías. He aprendido a que me importe una mierda lo que piense el resto del mundo de mí, con mi opinión tengo más que suficiente, es la que me vale.

Cojo unos pequeños bocaditos de hojaldre que tienen una pinta increíble. Tomo una copa de cava para empezar, no me quiero poner contentilla nada más llegar, además, no me conviene convertirme en el payaso de turno de estas personas con quienes no tengo confianza y a las que ni siquiera conozco.

Me como varios de esos canapés. Están deliciosos. Hugo no está bebiendo tanto como yo, uno de los dos tiene que ser el responsable ¡Já!, pero se está poniendo fino en el buffet, solo le falta comerse las bandejas.

Al menos lo hace con disimulo, aunque la verdad es que el resto de las personas ya no tienen nada que llevarse a la boca. Como no haya segunda ronda de comida, lo llevan crudo.

Y entonces empiezo a ponerme roja, no es que me vea, es que siento cómo me arde la cara y me suda la fiesta. Paro a uno de los camareros para preguntarle si alguno de los tentempiés que hay en la mesa está relleno de tomate natural y me confirma que sí, un par.

¡Mierda!, soy alérgica al tomate natural y sin procesar, me produce unas “cagarrinas” alucinantes. Vamos, que me voy por la pata abajo o, como se dice en otras zonas, por la patilla. No sé cómo lo dirán en Italia.

—¿El baño, por favor?

—Tienen un par de prefabricados en la parte trasera de la casa.

—Gracias.

Me encamino a la zona con las piernas y las nalgas apretadas, a lo Lina Morgan. Siento que si me relajo me voy a cagar encima y voy a necesitar el caballo marrón para salir de aquí, sin pasar más vergüenza de la que ya estoy pasando.

Pero llego, vamos que, si llego, por encima del cadáver y de todos los de la fiesta si hace falta, aunque me tenga que arrastrar como un gusano de seda mientras tiran del hilo de mi culo, bueno, en este caso, de mis bragas.

Por fin llego y descargo todo lo que llevo dentro, por decirlo de una manera fina. Vuelvo a la fiesta, donde Hugo se me acerca muy preocupado. Supongo que me ha estado buscando y al no encontrarse, se ha asustado o ha pensado que me he ido sola.

—¿Dónde estabas? Llego quince minutos buscándote.

—Estaba en el baño. Me dio una reacción alérgica al tomate y llevo un cuarto de hora en el baño, digamos que, purificando mi cuerpo.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Ahora me cogeré una buena cogorza y me olvidaré del mar rato que he pasado —veo que ríe negando y voy a coger una copa de, vete a saber qué. Es como un cóctel verde. ¿Absentá?

Me bebo cuatro o cinco de esos, más la cata de los diferentes vinos y añadas que presenta la bodega. Acabo más pedo que Pocholo en una discoteca. La verdad es que siento

como el suelo se mueve bajo mis pies y cada vez se me hace más difícil mantenerme erguida.

Sigo porque la verdad es que esta sensación de hormigueo por todo el cuerpo me da un gustito fuera de lo normal y quiero mucho más gustito.

Me bebo hasta el agua de las fuentes y acabo con un ciego de tres pares de narices. Entonces veo a Hugo hablar por teléfono. Seguro que está hablando con la perra de su ex. La odio, odio a Martina con toda mi alma. Estaba claro que, seguro que era con la madre, pero a mí el drama me iba.

—¿Quién era? —le pregunto a Hugo cuando este, cuelga el teléfono.

—Era mi madre para ver cómo nos iba el viaje, preguntar cómo estábamos y demás.

—Dudo mucho que te haya preguntado cómo estaba yo. A esa bruja solo le interesa su querida Martina. A ver si abres de una vez los ojos y te das cuenta de que tu madre es un lobo con piel de cordero que se pone contigo, pero debajo se esconde una bruja con escoba entre las piernas.

—Carol, será mejor que bajes el tono, nos estás dejando en ridículo. Y no digas esas cosas de mi madre, lo único que consigues es que me cabree más todavía.

—¿Te duele la verdad, Hugo? Nadie se atreve a decirte las cosas y abrirte los ojos, pero yo sí.

—Basta Carolina, nos vamos a la caravana. Ya has llamado suficiente la atención por hoy.

—¿Ocurre algo? —viene Máximo a preguntar.

—Máximo, ¿te he dicho que estás muy guapo esta noche? ¿Te apetece bailar?

—Claro —dice él, con una sonrisa en los labios.

La música, que ya sonaba de fondo, se ha puesto más intensa y alguno de los invitados ya mueven el esqueleto a su

son. Aprovecho para bailar, perrear, mover las caderas y poner celoso a Hugo.

Él se lo ha ganado a pulso. Quería ponerme celoso con su ex, y ahora yo voy a hacerle lo mismo con Máximo. Apenas lo conozco y lo estoy utilizando, me sabe mal por él, pero es lo único que tengo a mano en este momento para cumplir mi propósito.

Bailamos durante casi media hora ante la atenta mirada de Hugo, que no pierde detalle, aunque no se levante para separarnos, porque es demasiado caballero como para montar un pollo en medio de una fiesta.

A veces me gustaría que no fuera tan correcto, que se quitara el palo del culo y se dejara llevar por lo que le pide el cuerpo. En fin... No se puede tener todo en la vida.

Y justo cuando digo eso, veo cómo se levanta, toma mi brazo y me aleja de Máximo llevándome fuera de la fiesta, fuera de la finca y fuera de todo. Me lleva a un rincón más apartado donde nadie pueda vernos y explota.

—Ya no puedo más, Carolina. ¡Ya no puedo más, joder!

—¿De qué estás hablando?

—Te estoy hablando de que llevo intentando que esto funcione desde que te conocí. Que no te he mentado ninguna vez desde entonces, que estoy luchando todos los días desde que te vi, desde que te conocí. Te estoy diciendo que ya no sé qué coño hacer para enamorarte y que te enamores de mí.

Entonces cojo su rostro y lo beso con toda la ternura que siento hacia él. Sí que estoy enamorada de él, desde que lo vi y todo lo que nos ha sucedido me ha hecho darme cuenta de que tenemos algo especial.

No quiero que se rompa o que se acabe nunca, pero tengo dudas, por su madre, por su exnovia, por mí misma, porque no vaya a funcionar, por abrir mi corazón para que me lo destrocen en mil pedazos.

Él responde a mi beso y me aprieta más contra su cuerpo, deseando que no me suelte jamás y que nos convirtamos en una sola persona y sé por qué lo hace, no quiere que me aleje para que acabe en brazos de otro.

No quiere que un Máximo cualquiera, toque mi cuerpo con el que sueña cada noche, lo sé porque a mí me pasa exactamente lo mismo. Tan solo imaginarme que la maldita Martina pueda rozar su piel, besarlo, hacerle el amor, me pone mala. Si hasta nuestros nombres acaban ambos en “ina”. ¡Qué asco!

—Sé todo lo que haces por nosotros. No te creas que no me doy cuenta. Estoy sintiendo cosas que hasta ahora habían permanecido en silencio en mi interior y no quiero que dejes de intentarlo, no quiero que te alejes de mí.

Lo veo nuevamente, hasta que debo apartarme para correr a vomitar en una esquina. Demasiado alcohol en sangre. La verdad es que necesito descansar, mañana tenemos que madrugar para entregar la caravana y tomar un avión para volver a la realidad.

Me limpio los labios con el dorso de la mano, cuando termino de sacarlo solo. Hugo sostiene mi pelo para que no me manche. Al acabar me mira con ojos preocupados y me toma en brazos.

—Vamos a descansar. Mañana nos espera un día largo y tú llevas una papa de mil demonios.

No recuerdo bien qué ha pasado ni cómo he llegado a la caravana, pero los rayos de luz me despiertan, al igual que el traqueteo de la autocaravana. Hugo está yendo a Florencia a devolverla. Apenas quedan unos kilómetros para llegar. Parece que ha madrugado para aprovechar y yo no me he enterado, estaba demasiado cansada.

Me duele bastante la cabeza, estoy segura de que es producto de la resaca. Me tomo una aspirina, que tengo en el bolso y me acerco a la zona del piloto y copiloto para darle los buenos días.

—Buenos días precioso.

—Hola bella durmiente. ¿Has dormido bien?

—Como un lirón, aunque tengo un dolor de cabeza...

—No me extraña, aunque eso te servirá de advertencia para no beber tanto.

—Siento mucho lo de ayer Hugo, no era...yo.

—Lo sé, no te preocupes. Haremos borrón y cuenta nueva. Tenemos el vuelo en dos horas y queda media para llegar y dejar la autocaravana, así que vamos algo justos de tiempo — le doy un rápido beso de buenos días.

—¿Quieres que lo vaya recogiendo todo y haciendo la cama mientras llegamos?

—Es una fantástica idea.

Y eso me dedico a hacer durante la media hora que queda de trayecto. Lo recojo todo, dejo la autocaravana como una patena. Se puede comer en todas las superficies de esta. Hago por último la cama y me siento en el asiento del copiloto.

—Todo listo.

—Qué eficiente...

—Lo soy.

—Hemos llegado. ¿Te parece si voy gestionando el papeleo mientras sacas nuestras cosas y llamas un taxi para que nos lleve al aeropuerto? —asiento poniéndome las gafas de sol para no quedarme ciega.

Llamo a un taxi y en lo que viene, voy sacando todos los bultos que hay dentro de la caravana y que tenemos que llevar de vuelta a España. El sueño se acaba y la verdad es que no quiero, ha sido demasiado bonito como para dejarlo pasar.

Ojalá se parara el tiempo y pudiéramos quedarnos aquí un poco más. Con un par de añitos me conformo, lo prometo, pero con Hugo, está claro, aunque no puedo ser, la sociedad consumista nos obliga a volver al mundo real y a trabajar para

poder vivir. Ahora la moda no es trabajar para vivir, sino vivir para trabajar.

El taxi llega y entre el taxista y yo, ponemos las maletas en el maletero. Le digo cuál es el destino y espero en la parte trasera del coche a que Hugo vuelva de hacer el papeleo.

Está tardando un poco y el taxi ha llegado demasiado pronto. Debe ser que estaba aquí al lado. Yo lo llamé pronto antes de hacer nada porque sabía que iba a tardar e íbamos justos de tiempo...

Hugo sale poco después y se sube al taxi con cara de pocos amigos. Algo debe de haber pasado. Normalmente está siempre contento, pero ahora parece cabreado, bastante, además.

—¿Qué ha pasado?

—Me han cobrado un día más por llegar un minuto más tarde los cabrones. He intentado hablar con ellos para que entraran en razón, pero los italianos son muy cabezones. Bueno, ya está, no quiero que eso nos fastidie el día —el taxi arranca con una señal de Hugo y conduce rumbo al aeropuerto.

Coloco la cabeza en su pecho. Ya nos hemos subido al avión, pero por los pelos. Estaban a punto de cerrar las puertas y el avión ya había arrancado. Menos mal que la azafata se ha compadecido de nosotros, sobre todo, porque el “pibón” de Hugo le ha hecho ojitos y ella se ha derretido con solo mirarlo.

El avión despegamos y nos tomamos de la mano con tristeza por dejar un mundo paradisiaco, pero con la certeza de que no será la última vez que disfrutemos de sus vistas, de sus paisajes, de su gastronomía y de sus gentes.

Capítulo 25: Hugo



Aterrizamos en España, finalizando así nuestro gran viaje por La Toscana.

Intenté convencer a Carolina de que se viniera a mi casa, pero decía que quería lavar la ropa, limpiar la casa y ver a su madre, así que quedamos en que la recogería al día siguiente por la mañana.

Eran apenas las cuatro de la tarde, así que la iba a echar mucho de menos ese día, después de haber pasado tantos con ella.

Llegué a mi casa y se me cayó el mundo encima, puse rápidamente música y a lavar ropa, mi madre no tardó en aparecer dos horas después y hubiese sido mejor que no lo hubiera hecho...

—No quiero ni pensar que de verdad vayas a seguir con ella —dijo entrando precipitadamente en la cocina con un táper en las manos.

—Mamá te voy a hablar bien claro, tú te casaste con quién quisiste y yo lo haré con quién me dé la gana.

—Él era tu padre —dijo en tono enfadado.

—Y ella posiblemente será la madre de mis hijos ¿No lo entiendes?

—Ni lo entenderé, nunca la aceptaré.

—Pues tienes entonces un problema bien grande mamá, te puedo garantizar que no te dejaré que te metas en nuestras vidas.

—Yo no quiero meterme en nada, a ella la quiero solo lejos.

—Pues ya sabes, cuando esté con ella ni aparezcas, si es eso lo que quieres, adelante, luego no vendas la moto de que ella te separó de tu hijo, lo harás tú sola.

—¡A mí no me hables así!

—Demasiado bien te estoy hablando mamá, créeme, demasiado bien para ese veneno que sueltas hablando de ella.

—Tú tenías una vida con Martina, ella te separó.

—Pero, ¿qué estás inventando ahora? Hacía mucho que no estaba con ella, abrí los ojos y me di cuenta lo manipulado que estaba ¿Qué cojones estás diciendo?

—No la aceptaré, métetelo en la cabeza, a ella no la aceptaré.

—Y tú metete en la cabeza que no te estoy pidiendo permiso para estar con ella, es mi decisión y es lo que haré, te guste o no.

—Si sigues con ella, te desheredaré.

—Mamá le puedes dar mi parte de la herencia a Cáritas, a cualquier ONG, pero déjame vivir mi vida, entiende ya de una vez que soy mayorcito para decidir por mí.

—Se la daré a Martina —dijo enfadada y saliendo hacia el jardín para irse.

—Se la puedes dar a ella —murmuré asqueado.

Rabia, dolor, asco, de todo sentía en esos momentos, me jodía mucho ver como mi madre intentaba dirigir mi vida. ¿Cómo me podía decir esas cosas que solo ella sabía decir, con tanto odio dentro cuando Carolina no le había hecho absolutamente nada? ¿Cómo podía ser así y encima llevarlo a esa clase de convencimiento?

Diez minutos después volvió a llamarme por teléfono para decirme que había tomado la decisión de que mientras estuviera con “esa”, así la llamó, que no le volviera a hablar que renegaba de su hijo.

¿Cómo una madre podía decir algo así? ¿Cómo podía interponer el amor de madre para defender a una mujer que tanto daño le hizo a su hijo y juzgar a otra que lo hacía completamente feliz?

Si eso era lo que quería, yo no iba a mendigar por algo que no debía, siempre la había cuidado y tratado con todo el cariño del mundo, para que ahora me tratara como a un despojo, como un animal que puede manejar a su antojo.

Lloré de rabia, no lo voy a negar, me parecía tan lamentable aquella situación que me partía el alma, pero yo no iba a obviar mi felicidad por complacerla a ella, tenía el mismo derecho a elegir con quién hacer mi vida.

La rabia que me daba es que Carolina no veía lo que yo sí luchaba, que yo no escondía nada, que la amaba y le estaba dando su lugar, pero no lo veía y eso también me partía el alma. Me jodía mucho que me viera como el culpable de aquella situación.

Esa tarde le puse a Caro varios audios de voz, nunca solía hacerlo, me daba mucho palo, pero me decidí a que me sintiera más cercano, así que me animé y se vio que le gustó pues me puso un gif desmayándose y cosas así. Me moría de amor cuando ella sonreía y estaba de buen humor.

Por la noche la llamé mientras cenaba con el altavoz puesto, necesitaba sentirla cerca, era muy fría esa cena sin ella después de los días que habíamos vivido.

Le pedí que se viniera a mi casa el resto de las vacaciones, aún quedaban veinte días por delante y los quería pasar con ella, así que se lo propuse y aceptó, al día siguiente la recogería y se vendría conmigo a la casa.

No le comenté nada de lo de mi madre, al día siguiente se lo explicaría, pero es que no quería que durmiera mal, mucho menos, que tuviera pesadillas y menos aún, que se sintiera culpable de lo que estaba sucediendo.

Antes de acostarme hablé con Lorenzo, yo sabía que durante el viaje Carolina había hablado con Inés y que entre

ellos iba todo viento en popa, la verdad es que me alegraba mucho por ambos, sobre todo por mi amigo, que lo adoraba.

Lorenzo estaba contentísimo y quedamos en que en esos días comeríamos todos juntos en mi casa, me apetecía preparar algo, así que aquello le pareció una idea fantástica y yo, por supuesto, me iba a poner manos a la obra.

Esa noche me costó demasiado dormir, no dejaba de moverme para un lado y para otro, estaba de lo más inquieto y solo tenía ganas de tenerla cerca, me parecía demasiado frío todo. La necesitaba a mi lado como la había tenido hasta ahora, menos mal que al día siguiente la raptaría y me la traería conmigo.

Capítulo 26: Carolina



La tarde anterior no podía haber ido peor, no le quise contar nada a Hugo para no ponerle mal cuerpo, pero mi madre me había contado que se topó con la bruja y tuvieron un cruce de palabras muy fuertes.

La madre de Hugo le había dicho a mi madre que por nada del mundo iba a aceptar nuestra relación y que antes teníamos que pasar por encima de su cadáver, algo que me dejó a cuadros. Era increíble con la facilidad que esa mujer actuaba con tanta malicia, lo bueno es que topó con mi madre, que la puso fina, filipina, así que, si quería gambas, mi madre le había dado langostinos, para chula ella.

Me acosté con rabia, con dolor, pero me había prometido a mí misma vivir mi relación con Hugo, sin intentar complacer a nadie, era nuestra historia, nuestra relación ¿Quién era nadie para juzgar si debíamos estar juntos o no?

Me preparé un café para volver a ser persona, me había levantado con esos recuerdos con los que me había acostado, luego me pondría a preparar una maleta para irme a casa de Hugo. Me ilusionaba que siguiera siendo su opción para pasar con él, el resto de las vacaciones.

Cogí un poco de todo, además de mis productos personales, al final me iba a terminar llevando media casa, necesité dos buenas maletas.

A media mañana me mandó un mensaje diciendo que estaba abajo, así que salí con esos dos bártulos y al verme sonrío, no tardó en venir a mi rescate.

—¿Te vienes a vivir conmigo? —preguntó bromeando.

—Por supuesto, a la mierda el pisito, yo nací para vivir en algo mejor —le di un beso.

—Así me gusta —dijo sonriente, cerrando el maletero donde había puesto mis cosas.

—¿Qué tal dormiste sin mí?

—Pues la verdad es que no muy bien —arqueó la ceja.

—Ya lo sabía yo, si dejo huella por donde quiera que paso.

—De verdad que sí —rio arrancando el coche.

Llegamos a su casa y me dio una parte del armario para que pusiera mis cosas, las coloqué como si me fuera a quedar allí a vivir, estaba de lo más feliz y emocionada.

Volví a la cocina y abrió una botella de vino, estaba sonriente y se le veía feliz, pero le notaba un cierto rostro de tristeza que parecía que quería ocultar y como las mujeres tenemos un sexto sentido, aproveché para coger la copa y usar mis artimañas para averiguar que le pasaba.

—Te noto un tono serio...

—¿Un tono?

—Sí, un tono —le saqué la lengua—. No estás triste, pero tienes un ápice de ello.

—¿Un ápice?

—¡Joder! —resoplé —Escupe que algo te pasó, seguro.

—Nada, tranquila —me agarró la mano y pegó contra él.

—No te voy a volver a ocultar nada, jamás lo hice, me refiero a que quiero ser claro contigo y no te enteres por terceras personas de nada.

Y comenzó a contarme...

Me contó lo de su madre, lo que había sucedido y yo, yo le conté lo de la mía y el encontronazo con la bruja, si es que no se le podía apodar de otro modo, era una tremenda bruja.

Aunque no me sorprendía, me dolía ser yo la causa de ese enfrentamiento y distanciamiento con su madre, me dolía en el

alma, con todo mi corazón, pero yo no iba a renunciar a él por esa mujer, ni mucho menos, dejar de luchar por él, ese regalo que la vida había puesto en mi camino.

Lo abracé y le transmití eso que sentía dentro de mí y no era más que el amor tan grande que sentía por él, se nos saltaron las lágrimas a los dos y nos fundimos en un precioso beso.

Nos pusimos a preparar la comida, yo puse música en el móvil para animar un poco aquel velatorio, así que, la sonrisa se volvió a dibujar en nuestras caras y cocinamos de lo más divertido, además de acaramelados.

Tras la comida nos fuimos un rato a la playa del pueblo, estábamos deseosos de mar, era lo único que nos había faltado en el viaje, ya me podría haber llevado al Caribe y a Italia en invierno, pero bueno, eso lo pensaba en broma, habría pasado las vacaciones hasta debajo de un puente con él.

Hacia un calor de esos de temblar, nos sentamos cerca de la orilla y ahí plantamos la sombrilla, ese día íbamos a lo normal, nada de alquilar tumbonas.

—Qué bien os veo —dijo una voz femenina, doblamos el cuello hacia arriba y ahí estaba la puñetera ex con su bañador rojo a lo vigilante de la playa, pero sin tetas.

—Continua —Hugo, le señaló el camino de la orilla.

—A mi tú no me vas a decir por donde continuar o no, querido.

—Te lo voy a decir yo —me levanté como una leona—. Mira, gilipollas, te voy a hablar claro, en castellano tirando para andaluz, que veo que tú de cultura tienes menos que un niño de tres años. Ni tú, ni la bruja de su madre —me salió del alma, luego me arrepentí, pero ya lo había dicho—, me vais a separar de él, que os quede claro, venimos de un fantástico viaje y hoy nos hemos idos a vivir a la unifamiliar, así que meteros esto en la cabeza. ¡No nos vais a joder!

—Vida, ni le des cuenta a esta, no merece la pena responderla —dijo mirándola con cara de asco y agarrándome

del brazo para ir al agua.

—Ni un mes os doy... —dijo riendo y continuando.

—Un mes llevamos y me ha hecho más feliz que tú en todo el tiempo —le hizo un guiño y se giró para adentrarnos en el mar.

—Te juro que me han dado ganas de cogerla por el moño y meterla hacia el fondo para ahogarla —resoplé mientras él me abrazaba por detrás.

—Ya se aburrirá, es mejor ignorarla, tiene un ataque de cuernos.

—¡Qué cruz de mujeres! Con lo tranquilo que había estado el pueblo antes.

—No te envenenes, por favor, no lo hagas, no rompas lo bonito que hay entre nosotros.

—No voy a romper nada.

—No me refería literal —lo sentí reír en mi oído mientras me giraba para abrazarme.

Desde luego que me daban ganas de hacer las maletas y ahora ser yo quién me lo llevara de viaje el resto de las vacaciones, aunque fuese a un camping en una sierra de Andalucía.

Me iba a encontrar cada dos por tres a las dos desagradables esas, desde luego, vaya asquito le iba a comenzar a coger al pueblo.

Ese día intentamos quitarnos de la cabeza lo sucedido, si queríamos ser felices debíamos de obviar esas gilipolleces, pero es que me enfermaba.

Fueron preciosos esos primeros días en la unifamiliar, cada día salíamos a desayunar, un rato a la playa, comíamos en la casa o en cualquier chiringuito, salíamos a cenar, nos dábamos algún que otro revolcón donde nos pillaba y es que si algo tenía claro es que entre nosotros siempre había una gran tensión sexual.

Capítulo 27: Hugo



Diez días hacía que vinimos de aquel viaje, en el que me había sentido el hombre más feliz del mundo y donde lo seguí siendo hasta ahora, donde la vida de los dos juntos era algo muy especial.

Había recibido un par de llamadas de mi madre en esos días siguiendo en su tónica de siempre, advirtiéndome de que no iba a dejarme herencia, como si yo quisiera eso. Para mí había cosas que estaban por encima del dinero, ese que sí yo quería me lo curraba como lo venía haciendo desde hacía mucho.

A mí me daba igual, me partía el alma porque era mi madre, pero como tal, no debía tratarme así y menos por un capricho suyo y una causa injustificada. Carolina, era una gran persona para mí y la mujer con la que soñaba, esperaba y deseaba pasar el resto de mi vida.

Ese día habíamos quedado para comer en casa con Lorenzo e Inés, así que salimos a comprar las cosas y prepararlas para cuando ellos llegaran, la bruta de mi chica cogió dos cajas de veinticuatro cervezas cada una el día anterior y ya tenía una bien fría en el frigorífico. Miedo me daba que cogiera una de las suyas como hizo en La Toscana...

Preparamos una barbacoa en el jardín, además de una ensaladilla rusa que había hecho Carolina y que tenía una pinta magnífica, estaba para hincarle el diente y no escatimar en comerla entera.

A la una de la tarde aparecieron Lorenzo e Inés, las chicas se abrazaron como si no hubiera un mañana, para eso eran de lo más peliculeras, pero a mí me gustaba verlas así de felices.

Lorenzo tenía un brillo especial en su cara, se notaba que estaba en un muy buen momento y eso me alegraba

muchísimo, si había algún amigo a quién quisiera de corazón, ese era él, te daba lo que necesitaras sin pensarlo, era una de las pocas personas a la que le daría un riñón si le hiciera falta.

Inés y Carolina se pusieron a un lado a tomar cervezas y charlar, a contarse como habían pasado los últimos días. Lorenzo y yo, nos pusimos a charlar y le conté lo que estaba sucediendo con mi madre, algo sabía por Inés, pero yo se lo conté con detalles, le pareció lamentable la actuación de ella, siendo mi madre y sabiendo como había sido yo, no me merecía lo que me estaba haciendo y menos defendiendo a Martina, poniéndola por delante. Nadie mejor que Lorenzo sabía lo que me había hecho esa mujer.

Comimos juntos y la tarde fue muy divertida, cerveza en mano, a las chicas se las veía felices juntas, estaba siendo una tarde de lo más agradable.

—Propongo algo... —dijo Inés, poniéndose de pie y alzando la cerveza mientras Lorenzo y yo, ya estábamos liado con la barbacoa de la cena.

—A ver, miedo me das... —respondió Lorenzo.

—¿Y si nos vamos el fin de semana a un hotel “todo incluido”?

—Pues yo lo veo una idea genial —dije con rotundidad, me apetecía ir con ellos a pasar un fin de semana de desmadre.

—Yo me apunto —dijo Carolina, muerta de risa.

—Pues, ¡vámonos!

—Pero hay que ir buscándolo ya, es pasado mañana y ahora está todo hasta la bola —advertí.

Lorenzo no tardó en sacar el móvil y ver en una aplicación los hoteles “todo incluido”, que hubiera a una distancia no mayor de doscientos kilómetros y, ¡bingo! Nos pusimos todos de acuerdo en el mismo, era uno del que hablaban muy bien y que, por suerte, tenía dos habitaciones disponibles, así que reservamos del tirón.

Las chicas comenzaron a hablar de lo que se iban a llevar, estaban de lo más emocionadas, la mirada de Carolina era un cúmulo de felicidad, me sonreía con cara de tener un poco más de ingesta de cerveza de la cuenta, pero estaba emocionadísima con aquella escapada inesperada que se le había ocurrido a Inés, que recién comenzaba sus vacaciones.

Esa noche se fueron bien tarde y a la mañana siguiente nos levantamos cerca del mediodía y que le entró una prisa tremenda por ir a comprar un bañador a un centro comercial de la ciudad, así que allí fuimos con el coche a comer y de tiendas.

Carolina iba como loca por todo el centro, a mí me tenía como el que iba para sujetar las bolsas, pero con verla feliz, yo lo era más.

Sin exagerar, entramos ahí a las dos de la tarde, lo primero que hicimos es comer y salimos del centro a las ocho de la tarde, brutal. De tienda en tienda y tiro porque me toca.

Llegamos a casa con unos menús del McDonald's que habíamos pillado y luego se puso a preparar su bolsa para el fin de semana, eso sí, lo iba a estrenar todo, se había enganchado a las rebajas y traía para estrenar un mes.

Esa noche nos acostamos tarde con los nervios de la niña, venga a dar vueltas por toda la casa probándose modelitos y yo tirándole fotos, ordenado por ella, por supuesto.

La tuve que llevar a rastras a la cama, no hubo otra manera...

Capítulo 28: Carolina



Y llegó el gran día, estaba que rebosaba de alegría con eso de irnos a un “todo incluido” los cuatro, no había estado con una pulserita en mi vida y me iba a beber hasta el agua de los cantaros que hacían cascadas sobre la piscina, que lo había visto yo en las fotos.

Me puse uno de los bikinis que me compré el día anterior, al igual que el vestido que había escogido para ese día, suelto y corto, los largos me incomodaban mucho y no eran una opción.

Hugo estaba en la cocina preparando el desayuno, primero me dio un amanecer de película, me puso mirando para la base, directamente. Eso era un buen despertar y lo demás eran tonterías.

Llegué allí y me planté ante la puerta haciendo una pose de modelo.

—¡Wow...! ¡Vivan las mujeres bonitas! —Se acercó y me pegó contra él que estaba sin camiseta, con aquel pecho definido, que me ponía de lo más cachonda.

—Quita, que no quiero mirar para la base de nuevo, que el hotel nos espera —me despegué y me senté en la mesa donde ya estaba el desayuno.

—¿En el hotel también me vas a quitar así?

—Según...

—Según, ¿qué?

—Según, dónde, cómo, cuando...

—Vale, es bueno ir sabiéndolo.

—Claro, para ti lo de saber, de puta madre, pero luego para el misterio y el suspense eres el número uno.

—Digamos que esa es mi arma —me hizo un guiño.

—Pues si yo te dijera cual es la mía... —Hice un gesto de afirmación mientras le respondía.

—Ya falta muy poco para la vuelta al trabajo...

—¿Y? ¿Me vas a dejar? —pregunté con chulería mientras sujetaba la taza.

—Jamás, no te voy a dejar ir jamás.

—¡Ah no!, especifica eso, que yo antes de comenzar a trabajar, me vuelvo a mi pisito.

—¿Me vas a abandonar?

—Y, ¿qué hago?

—Quedarte conmigo a vivir aquí.

—Escucha, déjame desayunar que ya me está doliendo la barriga —reí intentando obviar eso que había dicho.

—¿Cómo quieres que te lo pida?

—¿A mí?, con un anillo que no cueste menos de mil quinientos euros, de esos que, si me va mal en la vida lo pueda empeñar —reí bromeando—. Anda, vamos a desayunar que tengo muchas ganas de irme.

Hugo se reía, me miraba con esa sonrisa que no podía aguantar y que se le escapaba continuamente, yo babeada de verlo así y encima diciéndome que me quedara a vivir con él, eso lo firmaba ya, pero como no sabía si bromeaba o no, me tenía que hacer la chula.

El timbre de la puerta sonó y era Lorenzo con mi amiga que ya estaban listos para recogernos, íbamos en un mismo coche ya que el hotel estaba a una hora y pico, así que nos montamos y cogimos carretera y manta.

Inés y yo íbamos en el asiento de atrás cantando y casi bailando a ritmo de música latina, los chicos iban delante

charlando, nosotras disfrutando del momento, camino de pasarlo en grande.

Por fin llegamos a aquel impresionante resort que, para mí, era como ir a Las Vegas, vamos, que yo le estaba haciendo fotos hasta al “bombonazo” de seguridad de la puerta.

Llegamos a recepción y después de ponernos las pulseras, llevaron nuestras maletas a las habitaciones, que eran contiguas y nos mostraron todo, hasta minibar tenían y unas terrazas al jardín chulísimas, por las que podíamos acceder de una habitación a otra.

Soltamos todo y nos fuimos a esa piscina que todo el mundo quiere ir, pues tiene una barra acuática, allí nos pusimos a empinar el codo mientras nos refrescábamos.

Yo no podía parar quieta, en una mano la caipiriña y mi cuerpo moviéndose a ritmo de Carlos Vives. Inés me seguía el ritmo como siempre. Aquí, de dos en dos, como las natillas...

—Killa —me dijo Inés al oído—, estos dos están mirando a esas dos postizas de las hamacas.

—Pues yo me cago en todo, para capullos estos y para japutas, nosotras. Verás, ahora los vamos a ignorar.

—Pues las de las hamacas lo están haciendo peor, mira posan y todo las plastificadas.

—Escucha. Como estos dos tontos se pasen un pelo, se la liamos como tú y yo sabemos.

—Está claro, al cuello de los dos y no como quisieran —nos echamos a reír.

Desde ese momento los tuvimos más vigilados que un cangrejo en un cubo, no era para menos. Cuando nos pillaban mirándolos, disimulaban del carajo, pero que estaban mirando, lo estaban y esas la iban a pagar...

El camarero de ese bar acuático era cubano, así que me lo puso a huevo.

Nos apoyamos de nuevo sobre la barra donde estaban los chicos, pero a un lado, como pasando de ellos y me dije que esa era la mía...

—“Mi amol” ¿Nos puedes servir dos caipiriñas más, tan ricas como las que nos pusiste antes? —dije en tono sensual y poniendo las tetas sobre la barra como la que no quería la cosa.

—Claro que sí, ahorita mismo —respondió tan simpático el guapísimo cubano.

Miré a Hugo, que me observaba de forma un poco seria ¿Qué le pasaba? ¿Ahora no miraba a las de plásticos? Le hice un guiño e Inés que se estaba percatando aguantó la risa, ella sí que no miraba a Lorenzo, o explotaría de risa.

El cubano nos dio las caipiriñas y nos volvimos a apartar de la barra, el agua nos llegaba por las caderas y podíamos seguir bailando, además de pasar de ellos que se la habían buscado por mirones.

Un rato después nos fuimos al restaurante libre, a comer todo lo que nos diera la gana, los chicos estaba más callados que en misa, sabían que los habíamos pillado y era mejor que no dijeran ni “pío”, o comenzaríamos a cantar y no habría Dios que nos callara.

Mi amiga y yo nos dedicamos a ignorarlos durante la comida hasta que la gracia se hizo forma de karma, las dos chicas llegaron y se pusieron dos mesas más allá que la nuestra, pues justo la de al lado estaba ocupada que, si no, se sientan ahí. Estaban provocando y ellos no sabían dónde meterse.

Inés y yo nos hicimos las tontas, más que nada porque no le íbamos a dar el placer a esas dos postizas de que nos vieran cabreadas o alerta por ellas, ya quisieran, así que nos aguantamos el genio. Hablábamos riéndonos, ya luego cuando no la tuviéramos a la vista, otro gallo cantaría...

Cuando terminamos de comer nos fuimos a la piscina de nuevo, teníamos allí reservado nuestros asientos, bueno no, nos lo habíamos apropiado.

Hugo no dejaba de mirarme arqueando la ceja, como esperando a que le soltara algo, pero no, yo le sonreía con ironía que eso jodía más. Lorenzo intentó abrazar a mi amiga y recibió un gesto a modo de dedo a cambio. Empezaba la fiesta y no había nada peor que las dos juntas.

Los chicos comenzaron a beber chupitos, yo nunca los había visto así, nosotras íbamos de cocteles, así que no nos estaba haciendo muchos estragos, pero el volumen de Lorenzo y Hugo chocando la mano cada dos por tres, me hizo presagiar que ya la estaban cogiendo a cuadros.

—Estos dos la van a coger a cuadros, Carolina.

—Pues muy bien, eso nos vendrá como anillo al dedo.

—¿Por?

—Por nada, por nada, tú espérate.

Y otra vez las dos de plásticos con sus gafas de sol extragrandes,

aparecieron por allí, pero esta vez se pusieron junto a ellos, que se echaron los dos una mirada que me encabronó mucho.

Nos pegamos a ellos sonriendo con ironía cuando una de las chicas habló al camarero.

—Perdone, dos cubatas bien cargados por aquí —dijo con una voz de hombre, dejándonos ver que se trataban de dos travestis, además de esos gestos exagerados.

Inés y yo nos miramos sin gesticular, queríamos estallar en risas, sí, pero las caras de Lorenzo y Hugo no tenían precio. Se acababan de comer una hostia sin manos, lo que me iba a reír los próximos días iba a ser mucho.

Le hice señas a mi amiga que solo ella entendería, me conocía de toda la vida y ya teníamos códigos secretos que solo nosotras podíamos descifrar.

Así que, ahora que se habían comido una hostia nos tocaba a nosotras putearlos, por insensatos, mirones y juguetones.

Nos pusimos a un lado de la barra cuando se fueron las chicas que, oye, si querían ser chicas eso lo respetábamos, cada cual que hiciera con su cuerpo lo que quisiera. No había nada mejor en la vida que ser libres, pero para que nos vamos a mentir, sabíamos que cuando las escucharon se les quitó a nuestros chicos, toda la gracia que tenían en el cuerpo.

Nos pusimos a tontear con el camarero cubano, que nos miraba sin saber si estábamos con los chicos o no, estaba un poco extrañado, pero nosotras fingíamos ir por libre.

A las ocho de la tarde estábamos en el chiringuito de fuera de la piscina. Hugo y Lorenzo... Bueno, a esos dos jamás los había visto así, tenían una borrachera de dos pares de cojones, estaban discutiendo sobre política mientras nosotras los ignorábamos por completo.

Qué borrachera no tendrían, que en el momento que estaban discutiendo, llamó la bruja al móvil, él miró la pantalla y me lo dio a mí ¡A mí!

—Cariño dile que no puedo atenderla, que la llamaré en otro momento —Así de borracho estaba para poner esa bomba atómica en mis manos.

Inés me miró negando lentamente para que no lo hiciera.

Pero nada, me aparté con ella y lo puse en manos libres.

—¿Sí, dígame? —dije con voz tierna.

—¿Qué haces con el teléfono de mi hijo? —preguntó bordemente mientras Inés se ponía las manos en la boca aguantando la risa.

—Mi futuro esposo me dijo que cogiera la llamada, ya que está ocupado y no la puede atender en estos momentos.

—¡Una mierda, tú futuro esposo, niñaata! —Colgó.

Nos echamos a reír Inés y yo, volví junto a los chicos y le puse el teléfono en la mano.

—Dice que tranquilo, que ya la llames mañana o pasado — le hice un guiño que él me devolvió y siguió hablando con Lorenzo.

Tuvimos que aguantar la risa, jamás había visto a Hugo así y en el fondo me hacía gracia, ahora le tocaba a él, ser el borracho y el ligón de plásticos. ¡Sí es que...!

Esa noche nos saltamos la cena, nos quedamos allí tomando copas y a la vez tapeamos algunas de las cosas que había, pero nada de comidas copiosas ni sentarnos en plan cena, estuvimos todo el tiempo de copas mi amiga y yo descojonadas con los dos y ellos a su bola discutiendo de política.

Capítulo 29: Hugo



Esta mañana me tenía merecido el dolor de cabeza, me había pasado dos pueblos y Carolina me había dejado sobre la almohada una nota en la que me decía que estaría por cualquier zona del resort ¡Joder! Eran la una de la tarde ¿Cómo había llegado a esto? Bueno, obvio, por la borrachera tan grande que había pillado el día anterior.

Escribí un mensaje a Carolina y me mandó la ubicación hasta la que fui con los ojos como dos garbanzos, me tuve que poner las gafas de sol para disimular.

Estaban en una de las barras del jardín cerca de la piscina principal, las chicas me miraron riendo y la cara de Lorenzo, me advertía que estaba como yo y aguantando el chaparrón de ellas.

Carolina aguantaba la risa, le di un beso y me miró como diciendo que, ahora me había tocado a mí eso de la resaca. Inés bromeó diciendo que las dos chicas del día anterior nos andaban buscando, cosa que volteé los ojos recordándolo, necesitaba urgentemente un café y quitarme esta resaca maldita que no me dejaba ni abrir los ojos por debajo de las gafas.

Dos cafés sobre la barra e intentando no escuchar a estas petardas que iban a diestro y siniestro contra Lorenzo, contra mí y listo para intentar disfrutar de ese día.

Nos fuimos al buffet a comer, me acordé de que el día anterior me había llamado mi madre y gilipollas de mí le di el teléfono a Carolina, ni preguntar quería sobre qué se dijeron, pero si algo tenía claro, es que de aquella conversación no podía haber salido nada bueno.

Me comí todo lo que pude y más, pero necesitaba sentir mi estómago lleno, no aquel vacío que tenía desde que me levanté, ni contestaba a la conversación que tenían las chicas en la mesa y es que estaban de lo más animadas, además de hirientes. Iban lanzando dardos envenenados contra nosotros dos, pero claro, nosotros nos mirábamos de reojo y sabíamos que lo mejor de todo era no entrar a sus provocaciones.

Notaba a Carolina muy de indirectas, pero yo las esquivaba haciendo oídos sordos, me daba a mí que el día anterior me había pasado tres pueblos, así que ahora tocaba seguro, un chaparrón.

Tras la comida nos fuimos a la piscina de la barra acuática, lo peor de mí era que me recuperaba rápido una vez lleno el estómago y me daba a mí que lo mejor era coger otra borrachera e ignorar todo, pues ya iba conociendo a Carolina y ese día tenía ganas de guerra.

Observé a las dos chicas del día anterior en las hamacas y las risitas de Carolina e Inés al verlas, claro, en plan... ¡Os la metieron a ti y a Lorenzo dobladas! En fin, más tontos y no nacemos.

—Cuatro chupitos de Ron, cuatro Gin Tonic's y un piropo para estas dos chicas para ver si se les cambia la cara —solté sin pensarlo, pero yo ya tenía que estar a la defensiva.

El camarero se echó a reír y negó, parecía que me había entendido, de todas formas, era el cubano del día anterior y se dice que ellos casi tienen nuestro mismo carácter y gracia.

—¿Te levantaste gracioso? —preguntó Carolina, poniéndose las manos en la cintura en tono indignado...

—Vida, me levanté bien, te hablé con cariño, eres tú la que me buscas.

—¿Yo? ¡No te dije nada!

—No, tu no dices nada, pero las lanzas a la yugular —me defendí porque sabía lo que iba a pasar—. No empecemos, no

me busques que estaba muy tranquilito... —advertí aguantando la risa.

Me sacó el dedo y se giró para mirar a Inés, las dos apoyadas también sobre la barra, Lorenzo miraba hacia el agua sin querer levantar la vista ni para coger las copas.

Veía como Carolina murmuraba al oído de Inés, la cual afirmaba con su cabeza, nos debían de estar poniendo guapos.

—¿Tanto liamos ayer? —pregunté en voz baja a Lorenzo, mientras me bebía el chupito.

—Calla, calla, que lo último que hiciste fue echar el brazo por el hombro a una trabajadora del hotel y besarle la mejilla pensando que era Carolina.

—¿¡No me jodas!?

—Ajá, bien jodido —rio.

—Normal que tengan esas caritas...

—Pues eso, así que, tú a callar y a portarte como un señor hoy, que de lo de ayer no nos libramos un año en que se les olvide.

—¿Pero tú que hiciste?

—Yo mear en la cubitera del hielo pensando que era el wáter —apretó los dientes.

—Qué bruto —negué sabiendo que la llevábamos clara ese día.

—¿Y qué dijo Carolina cuando agarré a la otra chica?

—Qué os deseaba lo mejor y se fue directa al cuarto.

—¿En serio?

—Y no te abría la puerta, me senté contigo hasta que te abrió, yo tenía las llaves de mi habitación, cuando volvió sucedió lo del accidente del pipí.

—Joder, joder, hoy vamos a tener el día complicado...

—Intentemos solucionarlo, aunque después de todo lo que liamos ayer...

—¿Hubo más?

—Sí, hiciste un striptease en el jardín...

—¡No!

—Y otra chica espontanea, creo que era alemana te acompañó...

—¿En serio? —Me puse las manos en la cara.

—Es broma todo chaval, nos portamos como campeones, a nuestra bola charlando, pero bien, son estas dos que se buscan los problemas solas —rio y yo lo quise matar.

—Eres un...

—Anda un poco de humor, que parece esto un funeral... — Me dio dos tortas cariñosas en la cara y yo me aguanté el puño por no estamparlo contra la barra.

Se me había subido la sangre a la cabeza, esa era la verdad, no me circulaba el riego sanguíneo, pedí más chupitos, necesitaba emborracharme de nuevo.

Un rato después me acerqué por detrás de Carolina, pero se despojó rápido de mí, encima me echó una mirada de esas que te cagas, de, “échate a temblar que la niña la va a liar”.

—Lo tenemos hoy complicado —me murmuró riendo Lorenzo.

—Tenemos que urdir un plan.

—Pues no sé, ahora lo tienen todo, la pulserita, sol, piscina y la playa que aún ni pisamos. ¿Crees que le vamos a dar coba tan fácil?

—No lo sé, pero pensemos... —Arqueé la ceja.

—Nada que nos cueste el dinero —me advirtió con el dedo, riendo.

—Mejor, que me he dejado un riñón en Italia.

—Yo, desde que volvimos a liarnos —rio.

—No sé... ¿Y si reservamos una cena a la luz de la luna, con velitas en la parte esa reservada de la playa?

—Lo que yo diga, me adviertes y ahora hablas de algo que no bajaré de los doscientos o trescientos euros por pareja, cuando tenemos el resto del resort gratis para comer —reí.

—Pues nos vamos al buffet montamos bocadillos y nos la llevamos a la luz de la zona en las hamacas gratis del hotel.

—Sí, con bocadillos las quieres sorprender teniendo ellas el buffet y los restaurantes por la cara.

—Pues mira, bebamos, nos emborrachamos y que se aguanten otro día, así tienen una razón más fuerte para el enfado.

—Pues eso —brindamos con las copas y nos echamos a reír.

Y claro llegaron los de animación para bailar bailes latinos con la clientela alrededor de la piscina y ahí fueron nuestras chicas como unas campeonas, eso sí, al lado del mulato de cuerpo fibroso que las sacaba una sonrisa de esas que bueno, teníamos que aguantar...

—A qué voy y me pongo en medio de las dos —dijo Lorenzo, riendo.

—¡Vamos!

Ni me lo pensé cuando me puse entre el mulato y mi chica, lo mismo que hizo Lorenzo, dejándolas así aisladas del pecado.

Carolina me miraba enrabiada mientras bailaba, con esa mirada intensa que me decía que me podía ir un poquito a la mierda, pero es que a mí me gustaba con todos sus estados de humor, así que ahí me quedé sonriendo como un campeón, pero asegurándome de que el mulato no se acercara a ella.

Cuando terminó todo el espectáculo y esas clases latinas donde todos acabamos sudando la gota gorda, las chicas se precipitaron para la barra, en corrillo y eso que eran dos, dispuestas a ponernos verde por lo que habíamos hecho.

—¡Ole que bien bailan nuestras niñas! —dije en tono alto, haciendo señas al camarero para que nos pusiera otra ronda.

—Huguito ¿Te puedes ir a tomar por culito, un ratito? —preguntó en tono borde.

—Claro que sí, mi vida, en cuando me tome un par de rondas, todo sea por complacerte —dije con ironía, menos mal que un poco achispado estaba.

Carolina resopló mirando a Inés, que aguantaba la risa.

—Cada día me recuerda más a la madre... —dijo mi chica a Inés, pero para que yo me enterara.

—¡Ay, mi madre!, hoy no la llamé —bromeé, haciéndome el preocupado.

—Pues cuando la llames, le dices de mi parte que le devuelvo a su niño con moñita y todo.

—¿Serás borde...?

—Hugo, no me toques la moral que me estás calentando y mucho...

—¿Cómo de caliente? —pregunté acercándome a su oído y ella me metió un empujón para que me separara.

—Te lo voy a decir una sola vez, para mí por ahora, tú estás de más —dijo en un tono no muy creíble.

—¡Ajá! ¿Cómo de más? Para saber que limites puedo sobrepasar —sonreí con ironía.

—Por mí te puedes tirar a todo el hotel —gritó.

—A mí no, lo advierto... —dijo el camarero, causándonos una carcajada.

—Dios mío, que habré hecho para merecer esto... — Carolina se puso la mano en la cara como agobiada.

—Pues eso, no tratarme con cariño.

—Déjala ya que la estás cabreando —dijo Lorenzo, apartándome para que me apoyara junto a él en la barra.

Aproveché y me bebí otro chupito del tirón.

—Pues nada, ella se lo pierde —hice un peo con la boca.

Lorenzo negaba al verme en esa actitud, no había tenido bastante con la que cogí el día anterior, que iba para los penaltis, pero bueno, mal no me porté, que lo otro fue una broma que hizo Lorenzo, así que aún tenía un poco de margen para divertirme.

Las chicas pasaban de nosotros y nosotros charlábamos un poco de todo, mientras tomábamos las copas. De ese lugar no salíamos, nos estábamos quedando arrugados hasta que pedí irnos al chiringuito de la playa.

Fuimos, obvio que ellas nos siguieron, pero ni contestaron, estábamos en crisis sentimental los cuatros. Las chicas no tardaron en sentarse en un rincón con dos copas y nosotros nos quedamos en la barra.

Ahí nos comimos unos perritos calientes, unas alitas a la barbacoa y nos quedamos hasta altas horas charloteando, eso sí, las niñas por su lado y los chicos por el nuestro, hasta en ese momento que imagino que llegamos a la habitación...

Capítulo 30: Carolina



Hugo estaba en el baño, yo me reía sin que me escuchara desde la cama recordando el día anterior, casi lo tengo que traer a cuestras. Todo el camino iba pidiéndome matrimonio y diciendo que era la mujer de su vida, de todo lo más romántico que le podía salir por su boca y si a eso le añadíamos el dicho de que los borrachos siempre decían la verdad, este había hecho una plena declaración de amor, pero eso sí, yo le reñía y le decía que mentira todo, así que él se ponía más serio aún y profundizaba más las frases en un intento de convencimiento.

Aunque estaba enfada con él, pues no me había gustado mucho su actitud ese fin de semana, así que me mantendría en mi lugar y no le sonreiría tan fácilmente.

La verdad es que me lo había pasado genial y más con Inés, mi cómplice, mi amiga, la hermana que nunca tuve.

Desayunamos con ellos que seguían serios, pues sabían que cualquier cosa que dijeran la podríamos utilizar en su contra.

Luego recogimos las cosas y volvimos de regreso para el pueblo, cuando llegamos nos dejaron en mi casa y quedamos en vernos de nuevo los cuatro en breve.

Aún nos quedaba esa semana libre, poco a poco, me fue ganando y cambiando el humor, era mi vida, me había enamorado totalmente de aquel chico y al final todo se me terminaba pasando, no podía estar ni un momento mal con él.

Cuando finalizó la semana me dijo que no quería que me fuera, quería que me quedara más, así que acepté, pero sin poner tiempo, en cualquier momento me volvería a mi casa, ¿o no?

Esa semana su madre le hizo un par de llamadas y comprobé como él, la ponía en su sitio, como hacía por no

permitirle traspasar la barrera, como conseguía que, poco a poco, ella fuera aceptando que él iba a hacer lo que le diera la gana.

Y llegó el lunes en el que él volvía al trabajo y yo también, primero me dejó a mí y luego se fue para la base, tan guapo con ese uniforme y tan cariñoso como siempre.

Esa mañana me sentía muy mal, por horas sentía unas nauseas que me estaban matando, al final decidí salir del banco y acercarme al centro de salud que estaba en la otra calle y claro...

Después de varias pruebas, estuvieron los resultados ¡Estaba embarazada!

Salí de allí en shock, llamé a Hugo que me recogió en otra calle y se asustó al verme tan pálida y llorando como una Madalena.

Fuimos a su casa que teníamos la comida del día anterior y nos sentamos, él quería saber que me pasaba y se lo solté así.

—¡Estoy preñada!

—¿¡Cómo!? —Se quitó de su silla y se puso en cuclillas frente a mí.

—La hemos liado... —Rompí a llorar más.

—¿Es eso cierto?

—¡Sí, joder, estoy embarazada!

—Y, ¿por qué tienes ese drama? —Sujetó mis manos sonriendo.

—Porque no lo esperaba, no lo hemos buscado...

—Pero hemos jugado con fuego.

—Yo me quiero morir.

—¡No! —rio —Aquí nadie se va a morir, aquí va a llegar una personita que la vamos a recibir con todo el cariño del mundo.

—Pero si no llevamos ni dos meses...

—¿Y? ¿Acaso mucha gente que esperaron diez años eso les garantizó una unión?

—¡Joder, que estoy preñada...! —repetí en shock.

—Eso significa que vamos a ser padres ¿Acaso no lo sabremos hacer bien por no haberlo buscado? Nadie está preparado para nada, pero en el ser humano está que sepamos hacerlo lo mejor que podamos y ese bebé va a venir para ser recibido por unas personas que independientemente de lo que pase con nosotros en el tiempo, lo vamos a amar, aunque yo quiero que seamos una familia y lo recibamos con todo el amor del mundo, yo te amo y no me hace falta esperar tres años para saberlo.

—La bruja me va a matar... —dije entre risas y sollozos.

—La bruja se tendrá que aguantar con nuestras cosas, pues es algo tuyo y mío, si lo acepta, bienvenida, si no, no le hará falta ninguna bruja, ya tiene a sus padres.

—Joder, pero es que...

—Es que nada, lo vamos a sacar hacia adelante con todo el amor del mundo.

Bueno lo siguiente fue así: mi madre loca de contenta, la suya diciendo que yo lo había buscado pues se lo había advertido desde el principio, pero Hugo me defendió por encima de todo.

Nos trajimos todo de mi piso y lo puse en alquiler, era obvio que tanto él, como yo queríamos pasar esto juntos y luego continuarlo de la misma manera.

Compramos una preciosa habitación de bebé, estaba de lo más ilusionado y más el día que nos dijeron que era una niña y en el que él me pidió que se llamara Evelin, esa que sería la niña de sus ojos para toda su vida...

Epílogo: Hugo



Sus miedos, sus desconfianzas, todo había cambiado desde ese momento que vio que la iba a proteger a ella y a la bebé, que no la iba a dejar sola en esa aventura, que yo no era así y que la amaba por encima de todo, como ahora amaba a nuestra hija Evelin, que había cumplido tres años.

Ahora lucía preciosa, en la orilla del mar con su bikini blanco, su pabela y su barriga de cinco meses donde aguardaba nuestro pequeño Fran, un precioso bebé que nacería en cuatro meses.

A su lado Evelin jugaba con las olas que llegaban a la orilla, yo las observaba desde la tumbona en la que me estaba tomando una cerveza, moría de amor por ellas.

Mi madre, bueno eso era un caso aparte, amaba a Evelin y estaba loca de contenta con la llegada de Fran, pero con Carolina, nada. Ellas nunca se llegaron a hablar, así que era yo quien le llevaba a la nieta para que la viera y la agasajara con tantos y tantos regalos. Creo que se estaba gastando mi parte de la herencia en la niña, pues era toda una generosidad de detalles.

Aprendí que cuando dos personas no son compatibles, lo mejor es tenerlas separadas, de lo contrario, la tensión trae malos rollos.

En Navidad siempre iba a comer con mi madre y la niña el día anterior al mediodía, por la noche y el día de Navidad lo pasaba con mis dos amores, Carolina y Evelin.

La madre de Carolina siempre estaba dispuesta para todo, era un amor con sus puntos de locura, pero por su nieta se desvivía, la tenía de lo más consentida y muchas veces se la

llevaba el fin de semana para pasarlo de chicas como decía ella.

Lorenzo e Inés vivían su peculiar luna de miel eterna viviendo juntos pero sin niños, Evelin se había convertido en la persona favorita de los dos.

Me acerqué hasta la orilla, aún me faltaba una misión que cumplir...

—Papi ¿Agua?

—Bueno, pero primero tengo que pedirle algo a esta señorita... —Señalé a Carolina, con una sortija en mis manos —. ¿No es hora de que cuando nazca Fran, nos casemos?

Y rompió a llorar abrazada a mí, para luego colocarle esa sortija que era la promesa de unir nuestras vidas de forma más legal, no había ni la más mínima duda de que lo nuestro era de verdad y para siempre.

Pues el amor no llega en forma de tiempo, llega en forma de sentimientos, esos que florecieron el día que nos conocimos...